Dale la vuelta

Gema Samaro

DALE LA VUELTA

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, diciembre 2017
©Todos los derechos reservados
Foto de portada: Fotolia
Diseño portada: AIRG
Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son ficticios, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

ÍNDICE
SINOPSIS
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
EPÍLOGO

SINOPSIS

Después de un año horrible, Patricia decide dejar todo atrás y se sube a un tren dispuesta a empezar de cero y dormir lo que dure el trayecto.

Sin embargo, su compañero de asiento es Leo, con sus ojazos, su sonrisa, su pelo revuelto, su encanto, su cerebro y su todo y Patricia no solo no logra conciliar el sueño, sino que disfruta del mejor viaje de su vida.

Tanto es así que al final del trayecto decide darle el teléfono, porque él se lo pide y porque ella está loca por dárselo.

Pero se lo da mal y así confirma que ese año que está próximo a terminar es un año de mierda en toda regla.

Sin ganas de nada, se dispone a pasar las peores Navidades de su vida. Lo que Patricia ni imagina es que habló tanto durante el viaje que le dio pistas suficientes a Leo para que aparezca al día siguiente en el portal de su casa, con una bola de nieve en la que ha escrito su número de teléfono.

¿Y ahora qué hace? Porque aunque Leo le guste demasiado, con él el desastre puede ser ya total.

El caso es que mientras Patricia se come la cabeza, su padre que necesita un delantero para el partidillo benéfico de todas las Navidades lo tiene clarísimo: qué mejor fichaje que un medio holandés con buenas piernas, que está a punto de darle la vuelta a todo…

_

Capítulo 1

Patricia se sentó en su asiento de ventanilla, después de dejar dos maletones en las estanterías de la entrada del vagón.

A pesar de que el camión de mudanzas se había llevado días antes todo lo acumulado durante tres años de ilusiones, promesas y sueños, todavía le quedaban las cosas que acababa de arrastrar exhausta.

Eran las ocho de la noche, de un jueves 21 de diciembre, y quedaban diez minutos para que el tren partiera hacia su vida sin Carlos, aunque ya llevara un tiempo sin él.

Agotada, cerró los ojos dispuesta a dormir las siguientes dos horas y algo que duraba el trayecto desde Alicante a Madrid en un tren de alta velocidad.

Sin embargo, cuando apenas llevaba unos instantes esperando a que le entrara el sueño, un carraspeo insistente la hizo abrir los ojos:

—Ejem, ejem, ejem…

Patricia abrió un ojo y comprobó que el *carraspeador* era un tío buenorro, moreno, alto, de pelos revueltos y sonrisa encantadora. Una pena que ella solo tuviera ganas de dormir…

—¿Quieres algo? —preguntó con toda la amabilidad de la que pudo hacer acopio, dado el estado de abulia en el que se encontraba.

—Voy a subir la maleta y no quiero que te asustes con el ruido.

—A no ser que lo acompañes con un solo de corneta, creo que lo resistiré. Pero gracias por avisar…

Patricia forzó una sonrisa, se cruzó de brazos y volvió a cerrar los ojos, mientras Leo, porque el *carraspeador* se llamaba Leo, pensaba en la gran suerte que había tenido con su compañera de viaje.

Había reservado la plaza en el último momento y le podía haber tocado el tío

desagradable del bigote que acababa de pisarle el pie con los ruedines de la maleta, si bien el destino le tenía deparado esa chica del flequillo, de ojazos almendrados, boca gruesa y cuello larguísimo, que además olía de maravilla.

—¡Qué bien! ¡Qué delicia! —exclamó en cuanto se sentó a su lado y aspiró ese aroma a mora, margaritas, jazmín, glicinias y más cosas más que todavía no identificaba, pero que le retrotrajeron a las escapadas felices y primaverales, a los jardines de Keukenhof.

Y es que esa chica, pensó, olía a sol, a cielo limpio, a primavera loca…

—¿El qué? —inquirió Patricia, porque no sabía qué tenía de deliciosa esa situación.

El tren se había llenado, la gente parecía amargada y agotada, afuera hacía un frío tremendo, y apenas quedaban unos días para que empezara la temporada de hipocresía, consumo y comilonas.

Leo, aun a riesgo de quedar como un idiota o según él tal vez porque lo era, respondió:

—Todo, así en general.

Patricia por supuesto que ni se molestó en replicar al *carraspeador* entusiasta, tan solo se limitó a apoyar la cabeza sobre el frío cristal y esperar a que el maldito sueño la venciera.

Con todo, el *carraspeador* volvió a la carga:

—Parece que salimos ya.

Patricia medio abrió los ojos y le pidió en un tono que intentaba ser amable, si bien tenía también su punto borde:

—Me gustaría dormir. No te lo tomes como algo personal, pero me importa un bledo si salimos, si empieza la película, si llegamos a Albacete o si el cielo se llena de estrellas.

Leo se quedó mirándola fascinado porque tenía razón, lo único que importaba, lo único que destacaba por encima de todo era ella. Pero no se lo dijo, obviamente…

—Vale, entiendo —musitó.

Y a Patricia esas palabras le sonaron tan dulces y tan tiernas que hasta sintió algo de culpa por haber estado tan cortante. Además, *el chico era tan mono… Qué mono, estaba buenísimo.*

Sin embargo, era lo que había… Era triste, sí, pero no había más... Lo mejor era dormir, claro que llevaba tanta ansiedad y noches en vela encima, que se le había olvidado qué era eso de cerrar los ojos y caer en un profundo sueño, como si acabara de darle la orden un hipnotizador.

Con todo lo intentó, cerró los ojos y se esforzó por no pensar en nada, si bien como siempre la invadió una nube de basura mental que deseó que la empujara hacia un sopor infinito.

No obstante, no pasó nada de eso, porque su cabrona mente nerviosa empezó a enredarse en cientos de absurdidades que cesaron en cuanto escuchó llegar a la azafata con el carrito de la prensa, y no pudo evitar caer en la tentación del Marca.

Le gustaba demasiado el fútbol…

—¿Quiere algún periódico más? Este es el último tren del día y nos han sobrado algunos —le informó la azafata.

—No, gracias, con este está bien… —contestó Patricia, llevándose el periódico al regazo.

Leo que había pedido los tres periódicos nacionales más el económico, le ofreció en cuanto la azafata se marchó:

—Ya sé que quieres dormir, pero si cambias de opinión puedo dejarte alguno…

Patricia en un arranque de sinceridad que definió como de lo más tonto, de repente se vio confesando a ese desconocido:

—No tengo cuerpo para malas noticias.

—Con la prensa deportiva también puedes llevarte disgustos.

—Estos los soporto… —comentó Patricia bajando la bandeja donde dejó el periódico.

Leo sonrió y confesó con los ojos chispeantes:

—De cualquier forma me alegro de que no seas la versión ferroviaria del cuento de *El avión de la bella durmiente*, de García Márquez.

Patricia le miró extrañada y, frunciendo el ceño, repuso:

—No, desde luego que no. Yo más bien soy *La amargada insomne del tren.*

—¿Has leído el cuento? ¿En *Doce cuentos peregrinos*? —Patricia negó con la cabeza y entonces Leo explicó—: cuenta un enamoramiento loco un avión. El protagonista se queda fascinado con una mujer que aparece en el vestíbulo del aeropuerto y luego tiene la suerte de compartir vuelo y asiento con ella. La bella se pasa el viaje durmiendo y él es feliz velando su sueño…

Patricia que era sumamente impaciente cuando escuchaba una historia le interrumpió ansiosa, temiéndose lo peor:

—¿Y cómo acaba mal o remal?

—Se marchan sin despedirse y no vuelven a verse nunca más.

Patricia resopló y luego dijo, encogiéndose de hombros:

—Qué deprimente. Pero así es la realidad.

—A mí me encanta la parte en la que el protagonista pregunta a una empleada del aeropuerto si cree en los amores a primera vista y responde que *claro que sí*, que *los imposibles son los otros.*

—Ahí discrepo, los imposibles son todos. No sé cómo engañan a la gente con esa milonga —replicó Patricia, dando un manotazo al aire.

—Yo lo que siento es que estés tan desencantada.

—Me pillas en un mal momento. Pero quién sabe, a lo mejor dentro de veinte años vuelvo a creer en el cuento.

—¿Veinte años? ¿Tanto? —repuso Leo, sin dar crédito.

—Y me parece que es una cifra optimista. Lo más factible es que sea para cuando cumpla 105 años y me quede gagá.

—Me temo que no, ya verás cómo pasas página pronto —musitó Leo.

—Ya no me duele, ahora lo que quiero es estar tranquila.

—Y dormir —le interrumpió, risueño.

—Como que me vas a dejar…

—Entiende que es mucho más entretenido pasarme el viaje charlando que velando tu sueño.

—Pues no sé qué decirte, porque estoy de un cenizo… No me gustaría tenerme de compañera de viaje.

—¿Qué dices? Imagina si me llega a tocar el tío del bigote con halitosis que además me ha planchado los dedos del pie —comentó Leo, bajando el tono de voz, aunque ese tío estuviera sentando al final del vagón.

—El aliento lo tengo fresco, pero el discurso lo tengo más negro que un cuervo disfrazado de Lagerfeld.

—No me importa. Además es que hueles a…

—*Daisy Dreams* de Marc Jacobs. Supongo que me lo he puesto porque Carlos, mi ex, lo detestaba. Apenas lo he usado un par de veces…

Leo volvió a aspirar ese aroma y confesó:

—A mí tu olor me recuerda a los jardines de Keukenhof.

Patricia no pudo evitar echarse a reír y replicar:

—Los jardines de *Keukekéeeeeeeeeeeeeeeeee*… Jajajajajajaja. Tío, ¡tú estás fatal de lo tuyo!

Capítulo 2

A Leo le encantó arrancarle una carcajada a esa chica de ojos de tristes y luego le preguntó:

—¿Nunca has estado en Ámsterdam?

—No. ¿Tú sí?

—Soy medio holandés.

—Jajajajajaja. Claro, lo dices por tu pelo café oscuro y tus ojos café claro, es tan holandés…

—Que no, que hablo en serio. Mi madre es holandesa, mi padre es español y Keukenhof es el parque de tulipanes más grande de Europa. ¿No te ha salido nunca en el Trivial?

—Pues no. Es que no me suena de nada…

—Yo solía ir con mi abuela todos los años, la segunda quincena de abril, a comprar bulbos, semillas y flores. Ese día no iba a clase y era muy divertido, los jardines están a unos cuarenta y cinco minutos en coche de Ámsterdam y nos pasábamos el trayecto cantando canciones con la música a todo volumen. Luego, una vez allí, nos esperaba el espectáculo increíble del estallido de la primavera, el olor tan embriagador, el colorido de tulipanes, narcisos, jazmines, rosas, orquídeas… Más un *superhotdog* con Coca-Cola gigante y el picnic en el merendero.

—Suena bien…

—Sí, es genial. —Y aun a riesgo de quedar como un cursi de pelotas, añadió —: Y es como tú, tú hueles a todo eso: a fiesta, a luz, a primavera…

—Ya quisiera yo ser un *torbellino de colores* como Lola Flores, pero estoy más marchita que un geranio en un desierto.

Leo la miró de una forma intensa y larga, con una empatía y una compasión como de monje zen, y aseguró:

—Ya florecerás.

—Ojalá…

—Solo espero no estar poniéndome muy pesado con esto de las flores, a lo mejor las detestas.

—Qué va. Mira si me gustan que me tatué en la cara interior del brazo una rosa. O esa fue mi intención porque el artista tatuador acabó estampándome una alcachofa —Leo se echó a reír convencido de que estaba bromeando, pero ella aclaró—: Como te cuento… yo que buscaba un símbolo de amor, de pureza, de eternidad y de miles de cursilerías más: al final acabé con una alcachofa. Debí tomármelo como una señal…

Leo volvió a mirarla de esa manera tan empática y musitó, hablando completamente en serio:

—Lo que sé es que las alcachofas dan mucha suerte.

—¿Estás de broma, no?

—En absoluto. Créeme que es así, tal vez sea una cuestión de relectura. Es decir que lo que tú consideras que es mala suerte en realidad es buena, lo que pasa es que todavía no te has dado cuenta.

—Sí que me he dado, ya tengo más que asumido que mi vida es mejor sin Carlos.

—Lamento que hayas tenido esa mala experiencia…

Patricia pensó que lo había pasado tan mal que ya no tenía ni lágrimas, que después de la pena se había quedado inmersa en un estado letárgico rayano en el tedio más absoluto, del que esperaba salir algún día.

—Lo peor ya pasó —reconoció.

A Leo le entraron unas ganas absurdas de abrazarla, pero en su lugar dijo con una sonrisa enorme:

—Me alegro.

—Estoy seca, porque me siento así, pero fluyo… Como una pequeña hoja que flota sobre un riachuelo.

—Buah, qué dices. Tú eres un pedazo de barco surcando el *Orinoco Flow.*

Patricia percibió tanta comprensión en la mirada de ese chico, que sabía escuchar, que no juzgaba y que además no iba a volver a ver en su vida, que sintió la repentina sensación de abrirse con él, sin temor a la monserga o al consejo barato.

De hecho, desde que le había sucedido lo de Carlos jamás había vuelto a sacar el tema con nadie, ni siquiera con sus amigas o con su madre, porque recordarlo era como volver a revivirlo, sin embargo con ese chico era distinto.

Con él le apetecía soltar lastre y ya está, sin más… Por eso, tras comprobar que los pasajeros de adelante dormían, igual que los de atrás y que el tío de al lado estaba demasiado concentrado peleándose con una hoja de Excel, le soltó a bocajarro:

—Mira, te voy a contar mi historia. Lo siento. Te ha tocado… Y no pienses que soy la típica que va soltando sus rollos a todo el mundo. Al contrario, yo soy de rumiarlo todo, y de quedarme mis mierdas para mí. Pero como tú tienes algo que no sé, invita a…

—¿A vomitarme encima? —replicó con guasa.

—Exacto, pues voy a hacerlo, si por supuesto no tienes inconveniente…

—Claro que no. Al revés qué honor más grande. Gracias por este sueño —bromeó Leo—. Procede por favor…

—Verás, conocí a Carlos hace tres años en Alicante, a los tres meses pedí el traslado en el trabajo y me vine a vivir con él. Tiene un restaurante, es un gran chef, y trabaja muchísimo, sin horarios, así que a mí nunca me extrañó que llegara tarde a casa. Y eso que desde el principio, recibí mensajes de almas caritativas que me advertían de que tenía escarceos con otras, y hasta aseguraban tener pruebas gráficas. Pero yo no hacía ni caso, las bloqueaba convencida de que eran las típicas enredadoras y ya está… Es que Carlos despierta muchas pasiones a pesar de que sea un retaco, idéntico a Eddie Munster.

—Perdona, pero jajajajajajajaja.

—Y te prometo que no exagero, es igual. Pero es que el tío tiene un carisma, una fuerza, una vitalidad, un genio, unas dotes de mando y un poderío, que lo

suyo es llegar y triunfar. Triunfa tanto que un día que visité por trabajo una zona que yo no había frecuentado jamás, me lo encontré besuqueando a una en un portal.

—Vaya —farfulló Leo, que no esperaba tal ataque de sinceridad repentina, pero que a la vez estaba encantado porque significaba que esa chica se encontraba a gusto con él.

—Me dijo que se había equivocado, que no tenía importancia y le creí, aunque yo jamás haya tenido una equivocación como esa. El caso es que todo siguió más o menos igual, o eso pensaba, hasta que hace algo más de tres meses volví un día antes de un viaje y me lo encontré empotrando a otra en la cocina.

—Madre mía…

—Sí, hijo, sí, y eso que llevaba tatuada la alcachofa de la suerte… Por cierto —dijo señalando la pantalla de la televisión porque de repente le sobrevino una vergüenza espantosa—, están poniendo *Guardianes de la Galaxia 2,* y tiene pinta de ser mucho más interesante que mi pequeño drama urbano… Creo que todavía estamos a tiempo de engancharnos.

—Sigue, por favor, vamos, si quieres…

—No sé, tío. Es que ahora viene la parte más *creepy.*

—Sigue. Échalo todo fuera, hasta el final…

Patricia respiró hondo, se mordió los labios, se apartó el flequillo a un lado y repuso:

—Está bien. Tú lo has querido… Pues como en la más barata de las teleseries, tras presenciar la escena, salí corriendo, me caí por las escaleras y me fracturé el pie por tres sitios. A los dos días me operaron, eso sí, el cirujano estaba como un queso, cosa que siempre es un plus.

Leo la miró horrorizado y la regañó, preocupado:

—¿Y cómo es que no has escogido pasillo? ¡Cámbiame ahora mismo el sitio, por favor!

—Porque estoy bien, mira… —aseguró levantando una pierna y moviendo el pie a un lado y a otro.

—Sí, claro, por eso llevas esos zapatos de abuela.

—¡Oye no te pases, son de estilo Oxford, son tendencia total!

—¿Estás segura de que no estás mejor en el pasillo?

—Completamente, estoy lista para taconeármelo todo... Aunque de momento voy plana y más hoy que tenía que arrastrar maletas. A pesar de que lo metí todo en un camión de mudanzas, todavía me quedaban unas cosas… Pero ya está, mi etapa con Carlos se cierra hoy, esta mañana le he entregado las llaves a la casera. Es que, y ya por rematar esta tragedia de saldo, resulta que después del momento empotramiento, Carlos me pidió perdón, me dijo que me quería y posiblemente fuera verdad, pero yo ya no podía compartir mi vida con alguien que se equivoca tanto. Así que le pedí que se fuera y decidí quedarme en Alicante durante mi convalecencia sola, bueno sola no que me cuidó mi vecina Rosa, sus cincos hijos y su perra Miranda… En fin, que esta es mi patética historia, lo que no entiendo es cómo todavía no has fingido una indisposición y has salido huyendo…

Patricia sonrió y sus ojos brillaron de una forma que Leo encontró irresistible, por muy ridícula que pudiese resultar la palabra. Después, él bromeó:

—Es que estoy esperando a que me enseñes la alcachofa…

Capítulo 3

Patricia se echó a reír, mientras se levantaba la manga del jersey negro que llevaba y le mostró aquel horror:

—Aquí la tienes…

Leo se quedó mirando el tatuaje que la chica llevaba en la cara interior del antebrazo y tenía razón, aquella rosa era una auténtica alcachofa.

—Joder —farfulló muy impactado, y no precisamente por la visión de la hortaliza, sino porque le estaban entrando unas ganas tremendas y estúpidas de lamer ese tatuaje con la punta de la lengua.

—Ya, tío, ya. Te puedes imaginar cómo me sentí cuando lo vi por primera vez. Porque según me la iba tatuando no quise mirar, pero cuando lo hice… ¡Ay madre mía! Yo que esperaba encontrarme con mi rosa del amor eterno y descubro que el muy cabrón me ha dibujado una puñetera alcachofa. ¡Con lo que las odio y los gases que me dan! Casi me da algo… Me entraron unas ganas infinitas de tatuarle *cachocabrón* en la frente, pero como mi madre me transmitió una educación y unos valores: terminé dándole las gracias.

—La verdad es que como rosa es una birria, pero como alcachofa la encuentro bonita.

—Sí, preciosa. Y menos mal que no le hice caso, porque el tío quería tatuarme el antebrazo entero de flores alcachofadas. Imagina la tragedia… Tú fíjate si me dejó trauma que desde que me lo hice solo llevo manga larga, así me ase de calor.

Leo pensó que él sí que tenía calor, porque se le estaban viniendo a la cabeza unas ideas tan extrañas, que tuvo que retirar la vista de la alcachofa y decir, mientras se abanicaba con la mano:

—Tampoco lo veo para tanto, mujer. Te repito que como alcachofa está bien… Además es mucho más potente el simbolismo de la alcachofa que el de la rosa.

—¿Ah sí?

—La alcachofa tiene dentro un cáliz, un Santo Grial, una estrella y un corazón. ¿Te acuerdas de lo que decía Amélie de las alcachofas?

—¿También dijo algo de las alcachofas?

—Sí, que *hasta las alcachofas tienen corazón*.

—Pues yo no tengo.

—¿Cómo no vas a tener? Tienes dos, el tuyo y el de alcachofa. Además, es un símbolo de fertilidad, abundancia y prosperidad. Así que deja de lamentarte porque tienes un dos por uno.

—No, si ya me lamento muy poco, después de los tres meses con el pie chungo, como me he aburrido tanto, he acabado cogiéndole hasta cariño de tanto mirarla.

—Es que para cogérselo.

—En serio, que se lo estoy cogiendo. Es más, en cuanto empiece el buen tiempo voy a empezar a descubrirme los brazos. Me importa un bledo lo que los demás piensen de mi tatuaje, si les gusta o no, porque lo importante es la razón por la que lo llevo en la piel y esa solo yo la conozco. Bueno, ahora tú también…

—Pero si realmente no te importara lo que piensen los demás, no perderías el tiempo en decir que no te importa.

Patricia le miró con un gesto de contrariedad y soltó:

—Tío, qué retorcido eres.

—Es la verdad. Yo cuando estampé una alcachofa en mi primer nanosatélite, me dio igual lo que pensaran los demás. Y anda que no se descojonaron de mí, pero ni me excusé ni me justifiqué.

—¿Qué lo estampaste dónde?

Leo pensó que en los labios, que no le importaría estampar un buen beso en los labios de esa chica que le miraba alucinada, y eso que no podía leerle la mente que si no… la cara iba a ser de pánico absoluto.

Porque ¿a cuento de qué quería besarla? No tenía sentido. Ninguno… Por eso

se puso serio y contó:

—En un pequeño satélite *low cost* que lanzamos a órbita terrestre baja y, como quería que fuera el primero de una constelación, le puse la alcachofa por aquello de la fecundidad y la abundancia. Estuve buscando algún símbolo y la alcachofa me sedujo por completo.

—¿Y cómo te fue con el primer lanzamiento? —preguntó temiéndose que hubiera acabado en fracaso absoluto.

Si bien para su asombro, Leo respondió con los ojos brillantes de entusiasmo:

—Fenomenal. Empecé en el Departamento de Aeronáutica y Astronáutica del MIT, pero hace tres años monté mi propia empresa con la ayuda de inversionistas privados.

Patricia pensó que ese tío molaba, que estaba como para casarse con él en ochenta ritos, que era listo, divertido y aguantaba bien las chapas: ¿se podía pedir más? *Bueno, la que lo pidiera porque ella desde luego: no… Pero por charlar un rato no pasaba nada. Por eso, siguió preguntando:*

—¿Y cómo te dio por dedicarte a eso?

—Siempre he querido viajar muy lejos: a la Luna, a Marte, a las estrellas, abandonar el sistema solar, pero como de momento lo tengo complicado, decidí que me fueran abriendo paso mis criaturas.

Pero qué ironía, pensó Leo, *toda la vida obsesionado con las largas distancias y en ese instante lo hubiera dado todo por recorrer el espacio que separaba sus labios de la boca de esa chica.*

—Qué *crack*, yo también he sentido el impulso de viajar lejos, pero a lo máximo a lo que he llegado ha sido a confeccionar birriosos avioncitos de papel. Oye, y perdona mi ignorancia: ¿los minisatélites para qué sirven?

Leo estuvo a punto de responder que para nada, porque para lo que a él le interesaba en ese momento desde luego que no le servían. Pero en su lugar contestó:

—Para la exploración espacial, la observación de la Tierra, la ingeniería biomédica, la bioinformática, la robótica, la biotecnología, la medicina…

—Y entiendo que fabricándolos baratos se pueden asumir más riesgos que con los satélites enormes de toda la vida.

Leo pensó que esa era justamente la cuestión, si asumía o no los riesgos de esa locura repentina. Y lo cierto era que no tenía ni idea de la respuesta, pero en cualquier caso se ciñó al tema:

—Así es, la conquista espacial ya no es competencia únicamente de las grandes superpotencias, ahora hasta mis alcachofas pueden salir a pasearse por el espacio exterior.

—¿Y estás mucho por España?

—Sí, claro…

Patricia sin saber bien por qué sonrió al escuchar esa respuesta. Era absurdo, pero le encantó:

—¡Qué bien! Quiero decir lo de tu empresa y tal… —se justificó no fuera a ser que él pensara que le hacía especial ilusión que estuviera por el país. Aunque se la hacía…

—Tengo suerte, encontré lo que los japoneses llaman el *ikigai* que es aquello para lo que vales, en lo que se te pasa el tiempo volando, lo que hace que te levantes cada mañana sin ganas de mandarlo todo a tomar por saco.

—No me hables, que no veas lo que me costó dar con mi *kikigai*... Uf. Estudié Empresariales, pero he tenido todo tipo de empleos, desde comercial de una empresa de estiércol hasta promotora de una marca de televisores disfrazada de Minnie Mouse. Menos mal que hace tres años conseguí mi trabajo actual en el Departamento de Recursos Humanos de una multinacional de alimentación. Y me encanta lo que hago, y encima han aceptado mi traslado a Madrid sin problemas. Así que no me puedo quejar, la verdad: tengo un *kikigai* precioso.

—*Ikigai.*

—Eso… Tío, es que tío eres un pozo de sabiduría, tú vas a *Saber y Ganar* y lo petas.

—Qué va, esto lo sé porque tuve una novia japonesa, ella fue una de las razones por las que decidí dejar Estados Unidos. Pero ya no me duele…

Esa confesión, desató la vena cotilla de Patricia, pues se sorprendió a sí misma preguntando:

—¿Te sacaste la mancha de la uva negra por una verde o era el refrán al revés?

—No hay moras…

—¡Bien! —exclamó en un tono que ella encontró tan cantarín que explicó, no fuera a ser que ese tío se pensara que lo que la alegraba era que fuera un pájaro libre—: Lo digo por lo que dicen de que más vale solo que mal acompañado.

Leo estuvo tentado de replicar que él lo único que quería era que ese viaje acabara en Siberia y así poder estar con ella muchas horas más.

Pero no dijo nada, además al momento apareció una azafata con las toallitas húmedas para limpiarse las manos, porque estaban a punto de servir la cena, y cambiaron por completo de tema.

Capítulo 4

Patricia cogió la carta del menú que la azafata le acababa de entregar y leyó en voz alta:

—Consomé, ensalada de trigo con manzana verde y frutos secos y ragú con mostaza y miel, acompañado con patatas especiadas…

—¿Vas a cenar?

—Sí, claro. Aunque detesto el consomé…

—Dámelo a mí.

—Qué raro es esto, pero vale —murmuró dejando la carta sobre la bandeja.

—¿Raro por qué? —preguntó Leo, encogiéndose de hombros.

—No, nos conocemos de nada y estamos con estas confianzas…

—Es que nos une la conexión alcachofa.

—Ya, eso lo explica todo —bromeó Patricia.

—Y tú para tener solo ganas de dormir, te encuentro de lo más animada…

—Es por tu culpa que no paras de hablar.

—Mejor di que ha sido culpa del Marca que si no, habrías seguido haciéndote la dormida.

Patricia se echó a reír y luego inquirió, divertida:

—¿Y cómo sabes que no dormía?

—Estabas demasiado rígida, te ha faltado para dar más credibilidad a tu actuación: soltar algún ronquidito, ladear la cabeza, dejar que se te cayera un hilillo de saliva… En fin, esas cosas…

—Perdona, pero yo duermo con total elegancia y sofisticación.

Leo se quedó mirándola con una veta de sorpresa y se percató de repente de algo:

—Tienes como una estrella debajo de la ceja…

—Ah, sí, es una marca de la varicela —dijo sin darle importancia, tocándosela

con el dedo índice.

—¡Me encanta! Me encantan las estrellas, ya sabes, es deformación profesional.

Patricia no pudo replicar nada porque aparecieron las dos azafatas con el carrito de la cena, que disfrutaron junto con los dos *gin-tonics* que se pidieron después.

—Es la primera vez que me pido uno de estos en el tren —confesó Patricia agitando la bebida al aire.

—Y yo, pero había que celebrar lo del Marca con algo más contundente que una Coca-Cola Zero.

—Ah, que vamos a brindar y todo…

Leo levantó su vaso y dijo muy serio:

—Sí, por el Marca…

—Jajajajajajajaja.

Patricia brindó por el Marca muerta de risa, bebieron y Leo comentó:

—Reconoce que esto es mucho mejor que pasarte las dos horas y pico de trayecto haciéndote la momia.

—*Psssss*. No te creas que hacerse la momia también tiene su punto, la mente se te empieza a llenar de basura tóxica y te entra una ansiedad bien simpática.

—Deja, deja… Cuéntame mejor lo del Marca. ¿De dónde te viene la afición?

Patricia se retiró el flequillo a un lado y, tras removerse en el asiento, relató:

—La culpa la tiene mi padre…

—Chica, qué obsesión tienes con buscar culpables para todo.

—Pero es que es verdad. Mi padre fundó un equipo de fútbol, cuando a mis hermanos mayores no les admitieron en las pruebas de acceso del Real Madrid. Los pobres se quedaron tan afectados, que en el viaje de regreso a casa mi padre les prometió jamás iban a rechazarlos en ninguna otra parte, porque él iba a crear un equipo de fútbol en el que siempre serían titulares indiscutibles. A la semana fundó Los chicos de Bruselas.

—¿Eso está por el Parque de las Avenidas?

—Sí, vivimos ahí pero el nombre no es por la avenida.

—Ah, tu padre es belga.

—No, es nuestro apellido, de Bruselas, que es bastante conflictivo por cierto.

—Sobre todo si el amor de tu vida se apellida Col…

Patricia dio un buen sorbo al *gin-tonic* y después se arrancó con otra confesión:

—Pues casi, de hecho me enamoré hasta las trancas de un alguien, un tiarrón, morenazo, atractivo y misterioso, que solo tenía un problema: se llamaba Ernesto Gordo, se llama que está entre los vivos… y él también estaba enamoradísimo de mí, pero lo nuestro no pudo ser. Se me quitaron las ganas de todo solo de pensar en las mofas que iba a tener que soportar nuestro pobre hijo futuro. ¿Te imaginas? Eh, tíos, abrid paso, por ahí viene Gordo de Bruselas…

—Jajajajajajajajajaja.

—Tú ríete, pero me quedé sin vivir esa historia con la tontería y quién sabe si hubiese sido importante, tal vez hasta la definitiva.

—Creo que no, el amor lo puede todo.

—Pues no sé qué decirte, hay cosas que son inasumibles.

Leo pensó que lo que era inaceptable era que a esa chica le dejaran de brillar de los ojos como lo estaban haciendo en ese momento, por eso decidió encenderlos más todavía:

—Pues yo me apellido Feito…

Patricia puso los ojos como platos y solo pudo farfullar:

—¿Es broma, no?

—Es una pena, con la bonita conexión alcachofa que teníamos, el momento Marca, la ofrenda del consomé… Era todo tan romántico y de repente la magia se esfuma por una sola palabra…

—Tú me estás tomando el pelo, pero vilmente —soltó risueña con los ojos más chispeantes todavía.

Leo, ajeno al comentario de Patricia, siguió reflexionando en voz alta y con cara de circunstancias:

—Lo único que se me ocurre para evitar la tragedia sería engatusar al funcionario del Registro Civil para que añadiera en el apellido de nuestro bebé un apóstrofe antes de la O. Así no tendrías pesadillas, es que suena hasta aristocrático… Mira: chicos, abrid paso, que aquí llega Feit` O de Bruselas…

—Jojojojojojojo. A mí me suena a Fuet de Bruselas. Es lo más horrible que he escuchado jamás…

—Pues a mí suena bien.

Patricia dio un sorbo a su bebida y preguntó curiosa:

—En serio ¿cómo te apellidas?

Leo se revolvió el pelo con la mano y contestó divertido:

—Has tenido suerte, soy un Menéndez, no puedo resultar más neutro.

Patricia se sorprendió a sí misma pensando que era una pena que estuviera hecha unos zorros, porque ese tío estaba como para empujarlo hasta el cuarto de baño y volverse loca de remate.

—Ya —musitó Patricia, tragando saliva.

Lo que Patricia no sabía era que Leo estaba pensando en que podría pasarse la vida haciendo Menéndez de Bruselas, pero evidentemente no se lo dijo y optó por reconducir la conversación:

—¿Y con el equipo qué tal?

—Fenomenal, llegamos a ser campeones varias veces de Tercera Regional Aficionados. Mi madre era la presidenta, mi hermana la utillera, y yo la segunda entrenadora. Vivimos momentos épicos, de esos de tocar la gloria con los dedos. Sin embargo, el tiempo pasa factura, y nuestra defensa terminó siendo un coladero, el medio campo lo teníamos siempre lesionado, la delantera perdió el olfato de gol y nuestro portero gateaba por los campos pidiendo clemencia. Lo dejamos antes de que la tragedia acabara hasta con los más bonitos recuerdos. Eso sí, nos desquitamos todos los años con el partidillo benéfico que jugamos por Navidad. Ahora somos un equipo mixto y yo he cumplido al fin mi sueño de jugar con mis hermanos. Soy portera, aunque este año no voy a participar, mi padre no me deja… Es un plasta, yo le he dicho que estoy bien, pero no hay

forma de convencerle. ¿A ti te gusta el fútbol?

—Sí, soy del Ajax y del Barcelona.

—Yo del Real Madrid, como las chicas de mi familia, mi padre es del Sevilla, mi hermano mayor del Atleti y el otro es del Barça…

—Menudos líos tendréis cuando veáis los partidos juntos.

—Se montan unas… pero es divertido. Oye ¿y tú juegas todavía? No es que te esté llamando viejo, ¿eh?

Leo pensó que con esa chica podía jugar a lo que fuera, hasta el mus sin cartas, pero repuso:

—Sí, juego, mal, pero juego… A mis 30 todavía puedo…

—Jajajajajajaja. Yo también tengo 30.

Leo suspiró y sintió de repente una angustia muy extraña porque en ese instante se percató de que apenas le quedaban otros treinta, si bien esta vez minutos, para llegar a Madrid y perder a esa chica para siempre…

Capítulo 5

Patricia apuró su copa y confesó tras morderse los labios, en un gesto que a Leo le puso cardiaco:

—Estas van a ser las primeras Navidades sin Carlos, y la verdad es que lo único que me hace ilusión aparte de volver a ver a los míos y tal, es el partido. Los fondos además van para una fundación para niños con necesidades especiales que montó mi padre con otros colegas, mi padre es pediatra…

—Mi madre también.

—¡Qué casualidad!

—Creo que si el viaje finalizara en Moscú acabaríamos encontrando miles de coincidencias…

—Puede ser…

—A mí la Navidad me gusta —comentó Leo.

—A mí también.

—¿Ves? Otra coincidencia.

—Ya, pero este año se me va a hacer cuesta arriba por culpa de ese empotrador de Tercera Regional Aficionados…

—Disculpa, pero esa liga le viene muy grande.

—Es cierto. Ya quisiera él tener el honor de jugar en semejante categoría. Pero para mí esta Navidad va a ser dura —murmuró colocando unos morritos que a Leo le pusieron dura otra cosa.

—Déjate que lo único duro de la Navidad es el turrón de Alicante… Por cierto, llevo unas tabletas en la maleta porque esta mañana estuve en Jijona, ¿quieres?

—Del duro no, que con la racha que llevo este año seguro que me rompo algún diente. ¿No tienes del blando?

—Sí, claro, espera…

Leo se levantó, se tapó la erección con el jersey, pero ni con esas, al revés… Saltaba más a la vista, de hecho Patricia se percató al momento de que ese tío tenía entre las piernas algo tan duro o más que el turrón de Alicante. Y no pudo evitar farfullar:

—¡Qué barbaridad!

Leo, mientras rebuscaba en su maleta, preguntó:

—¿Cómo dices?

Patricia, haciendo esfuerzos ímprobos por no partirse de risa, contestó:

—Que qué bueno… qué bueno que lo tengas duro, digo que no solo que lo tengas duro.

Leo dio al fin con la tableta, se sentó otra vez, la abrió y tras partir un trozo con la mano, se lo ofreció a Patricia:

—Perdona por partirlo con la mano, pero es que no hay otra cosa.

—No importa y muchas gracias… A ver… —Patricia probó el turrón artesano y puso los ojos en blanco…—. *Mmmm,* qué bueno —soltó con una especie de pequeño jadeo que a Leo le puso más duro todavía.

—Qué bueno que te guste…

—Es el primero que pruebo este año. Como he estado tan liada con la mudanza… Y de veras que te lo agradezco en el alma porque así me ayuda a endulzar este momento. Y es que como te iba diciendo, esta Navidad va a ser complicada, porque todo me va a recordar a él… Para empezar nada más llegar a la esquina de mi casa me voy a topar con el bazar chino donde cada año le insinuaba que me encantaban unas bolas de nieve de esas de Navidad, con luces y música horrorosa. Pero ¿te puedes creer que ni un solo año tuvo el detalle de comprarme una? —recordó mientras arrancaba otro pedazo de turrón.

—A mi abuela le encantan, de hecho las confecciona ella misma. Yo ya no sé dónde ponerlas, en la oficina tengo un montón. Las visitas suelen preguntarme por ellas porque llaman la atención por lo horripilantes que son, y yo siempre cuento que son obra de alguien que está rehabilitándose de algo muy chungo. Al final, se las acaban llevando por pena…

—¿Tan horribles son?

—Lo siguiente. No tengo fotos ahora mismo para enseñarte, pero ponte en lo peor.

—Entonces a mí seguro que me gustan. Es que me fascinan, me gustan todas, las feas, las bonitas, las horteras, las elegantes, las grandes, las pequeñas… Me vuelve loca eso de darle la vuelta, que la nieve flote en el aire mágico de la bola y que todo cambie de repente.

Leo pensó que esa chica sí que era mágica y que no le importaría que de repente su mundo cambiara con tan solo darle un beso…

Pero no se lo dio, en su lugar musitó mirándola con una fuerza y una intensidad que esta vez Patricia no encontró para nada de monje zen:

—Es como la vida. De repente pude suceder algo que haga que todo dé un giro inesperado…

Patricia sintió que era cierto, que no solo podía suceder sino que estaba a punto de hacerlo y se puso tan nerviosa que tuvo que retirarle la mirada, porque le estaban entrando unas ganas estúpidas de besarlo.

A él. A ese desconocido del que no sabía nada o casi, y más estando convaleciente de un mal amor.

O ya no lo estaba, porque si le estaban entrando unas ganas absurdas de besar a ese tío, tal vez lo suyo ya estaba curándose. O tal vez era solo deseo… Qué más daba… Si total, en menos de media hora iban a llegar a Madrid y ya no volverían a verse más.

—Sí, a veces pasa, supongo —murmuró Patricia con pena, zampándose otro trozo de turrón.

Y es que de pronto la sola idea de no volver a ver a ese chico, por ridícula que pareciera, la puso triste.

Lo que Patricia no sabía era que Leo estaba sintiendo algo muy parecido mezclado con una ansiedad tan fuerte que decidió ser sincero, porque total ya estaba todo perdido:

—Te va a parecer algo tal vez de lo más idiota, pero no quiero llegar a

Madrid… —reconoció tras comerse un pedazo de turrón.

Patricia sonrió iluminándose entera y, tras respirar hondo, confesó:

—Puede que lo sea, pero me pasa lo mismo…

—Es que me metería contigo ahora mismo en una nave espacial para hacer tan ricamente un viaje de siete años y se me haría corto.

—Jajajajajajaja. ¡Siete años! ¡Dios mío! Creo que acabarías aborreciéndome…

Leo se puso muy serio y, con los ojos vidriosos, confesó:

—No. Sé que no.

Y Patricia sintió que decía la verdad: no había más que mirarlo para saberlo.

—Gracias, es muy halagador que alguien quiera encerrarse conmigo siete años en una cápsula.

—Y se me haría corto —insistió Leo.

—Eres muy amable.

—No, no soy amable, soy sincero —aseguró con una sonrisa que a Patricia la derritió.

—Te agradezco tu sinceridad y que me estés haciendo pasar un rato tan especial.

—Y tú a mí… De hecho, y perdona por ser tan plasta, no imaginas la pena que me da que el viaje termine.

—¿Tú crees que fuera de esta vagón podría seguir siendo así de especial?

—Es especial, el escenario es pura anécdota, pero si tú consideras que es relevante, por mí quedamos el sábado y nos vamos en tren a ver las luces navideñas de Toledo. O las de San Sebastián que el trayecto es más largo… Si quieres traigo peladillas y polvorones…

—Jajajajajajaja.

—Te lo estoy diciendo en serio.

Patricia sintió que estaba hablando tan en serio que consideró que no pasaba nada si le daba el teléfono y otro día hablaban como en ese viaje en tren, de todo y de nada. Sin más… Por eso, le pidió:

—Dame tu teléfono y te hago una perdida.

—Vengo sin batería y sin cargador. Y no es una excusa, te prometo que muero por tener tu teléfono…

Patricia abrió su bolso, sacó un clínex para limpiarse los restos del turrón de los dedos y, mientras buscaba un bolígrafo, le dijo:

—Y si es una excusa también lo entendería…

—Joder, tía, que no.

Patricia sonrió y le comentó:

—Entonces te lo apunto y si un día estás aburrido: me llamas y hablamos.

—Es al revés, mis días serán mucho más aburridos si no me das tu teléfono y te llamo…

—Pues anda que no tienes que estar tú ocupado con tus satélites enanos, dudo que tengas tiempo ni para aburrirte.

—Siempre hay algo que se extraña…

Leo volvió a mirarla otra vez de esa forma y Patricia se puso tan nerviosa que apuntó a toda prisa su número de teléfono en una esquina del periódico Marca que luego arrancó y se lo dio.

Leo leyó que en el papel ponía Patricia y susurró emocionado:

—Te llamas Patricia…

—¿Sí? ¿Por? —preguntó por la curiosidad de saber qué era lo que le daba tanta emoción.

—Pensé que cuando llegáramos a Atocha nos despediríamos para siempre y que no me iba a quedar ni el consuelo de saber cuál era tu nombre solo el de Bruselas, como las coles, sin embargo, ahora tengo esto… ¡Hoy es mi día de suerte!

Leo le pasó la tableta de turrón a la chica, dobló el papel con cuidado y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—Qué exagerado…

—Para nada, te estoy diciendo la verdad. Por cierto, me llamo Leo… El apellido ya lo sabes —dijo con guasa.

—Feito —bromeó mientras partía otro trozo de turrón.

Y así, entre risas y turrón, llegaron a la estación de Atocha…

Capítulo 6

Leo ayudó a Patricia con las maletas y la acompañó a la parada de taxis, donde se despidieron.

—Muchas gracias por todo —habló Patricia, cuando estaba a punto de entrar en el taxi.

—A ti. Y te llamo… —replicó Leo, con una sonrisa gigante.

Patricia sintió un escalofrío que la recorrió por completo, y no precisamente de frío, aunque lo hacía, y mucho, en esa noche en la que ya estaba helando, y susurró:

—Claro, cuando quieras…

Y por si las palabras se quedaban cortas, por si aquello era demasiado vago o tal vez impreciso, Patricia le cogió por los hombros, le besó en los labios, suave y rápido, sonrió y se metió en el vehículo.

Luego el coche arrancó y Leo, con el corazón a punto de salírsele del pecho, respondió con la mano al saludo final de la chica que se giró para verle por última vez.

Patricia ya de camino a su casa, se rozó los labios con la punta de los dedos como para fijar el beso de ese chico que en dos horas le había hecho sonreír más de lo que lo había hecho en los últimos meses.

Y suspiró porque, además acababa de decirle que la llamaría y aunque no lo hiciera, ese viaje había sido tan mágico que todo merecía la pena. Hasta ese beso inesperado y efímero que la tenía en estado de trance, flotando, incluso casi feliz. O feliz aunque durara solo un rato…

Y menos que un rato duró, porque tras subir por Alfonso XII, llegar a la puerta de Alcalá, y quedarse fascinada con las luces que parecían estrellas colgadas del cielo y que descendían hasta Cibeles, le empezó a entrar la duda espantosa de si se habría equivocado al darle el número de teléfono.

Y es que le había pasado más veces, que en vez de terminarlo en 89, colocaba 79, que era como acababa el teléfono de casa de sus padres.

¿Esta vez le habría sucedido lo mismo?

Angustiada, intentó recordar, y no sabía bien, pero a tenor de lo nerviosa que estaba cuando garabateó los números, podía haberse equivocado…

Horror. Un pensamiento cruzó su mente al tiempo que una garra de puro pánico se instalaba en su pecho: *¿Y si no volvía a verlo nunca más?*

Porque una cosa era asumir que no le llamara porque a él no le diera la gana y quedarse con el bonito recuerdo, y otra que dejaran de verse para siempre por un miserable número mal puesto.

Eso era una auténtica cabronada y no podía pasarle a ella. A ella, no. O sí… Porque dada la suerte que tenía en los últimos tiempos podía sucederle perfectamente y haber plantado el puñetero 79…

Muerta de los nervios, sacó el periódico donde había escrito el teléfono, por si se hubiera marcado en las páginas de abajo, lo iluminó con la linterna del móvil y para su desdicha comprobó en la marca de la página de detrás que había escrito 79.

—Genial —farfulló, tragando saliva.

Tenía que hacer algo, y hacerlo ya… Y no se le ocurrió nada mejor que, con una ansiedad que le impedía respirar con normalidad, pedirle al taxista que regresaran a la estación por si por alguna suerte de milagro, Leo todavía seguía por allí.

Además, como él no le había comentado cómo iba a volver a casa, Patricia albergaba la esperanza de que tal vez se hubiera entretenido con algún conocido, o que la persona que fuera a ir a recogerle se hubiera retrasado, o que le hubiera dejado petrificado el beso y siguiera aún por allí.

Y así, fue desgranando otras hipótesis más, hasta que llegaron de nuevo a Atocha y comprobó que no había ni rastro de Leo.

Abatida, le pidió al taxista que la llevara a casa, mientras dos lagrimones le caían por el rostro…

Qué faena, pensó, que creía que se había librado de las lágrimas por un tío y resultaba que estaba llorando por otro del que apenas sabía nada. O no, porque de repente se dio cuenta de que Leo no era maestro o peluquero que había tropecientos mil en la ciudad, sino que se dedicaba a algo tan peculiar que a lo mejor investigando en poco tiempo daba con él.

Reconfortada con esa idea, se sintió algo mejor aunque si lo pensaba dos veces, ese año se estaba ganando a pulso que le entregaran la banda de Miss Desdichas Cotidianas.

Por lo que decidió que lo mejor era no pensar, apoyar la cabeza en el frío cristal y cerrar los ojos, solo eso.

Pero en la radio empezó a sonar la canción más triste del mundo, o por lo menos eso fue lo que a ella le pareció, aunque esa noche hasta el *We are the Champions* se lo hubiese parecido, y de nuevo dos lagrimones se deslizaron por sus mejillas.

Abrió los ojos, se enjugó las lágrimas con los dedos y justo en ese instante las luces de la Navidad se apagaron.

¿Era acaso una señal de que apagara la esperanza porque jamás iba salir del pozo, en el que estaba, en toda su vida?

—Qué espanto, las luces se apagan ahora… —comentó en voz alta con una angustia tremenda.

Y el taxista, creyendo que estaba hablando de sostenibilidad y gasto público, replicó:

—Ya ve, ¡qué tremendo derroche ecológico y económico! Precisamente, la otra noche me vi un documental sobre la cara oculta de los árboles de Navidad. ¡Válgame el cielo qué cosa más escalofriante!

Y Patricia que con tal de no pensar en lo suyo, estaba dispuesta a agarrarse a lo que fuera, exclamó:

—¡Oh, qué interesante! ¡Cuente, cuente…!

Cuando llegaron a la puerta de su casa, mejor dicho a la casa de sus padres porque hasta que encontrara una de alquiler iba a instalarse con ellos, el taxista

todavía seguía desgranando el documental aquel, del que apenas le había contado la primera parte:

—Ahora en casa se lo pone en YouTube, para que no se quede sin saber el final…

—Claro que sí —mintió Patricia tras pagar la carrera.

Luego, el taxista le dejó las maletas en la puerta de casa y se despidió con un tranquilizador:

—El planeta se nos va a al carajo. Esto es el apocalipsis. Todo es avaricia y mentira. Y damos un asco total, porque todos somos culpables.

—Qué bárbaro. Pues muchas gracias y… —Patricia iba a desearle buenas noches, incluso Feliz Navidad, pero dado el panorama que acababa de pintar, solo se ocurrió decir—: que Dios se apiade de nosotros.

—Pues sí que buena falta nos hace…

El taxista apocalíptico se despidió y Patricia abrió el portal con la esperanza de que cuando llegara a casa sus padres se hubieran acostado.

Pero no hubo suerte ya que se los encontró en un ambiente como de discoteca venida a menos, iluminados por las lucecitas de colorines del Belén y viendo una retransmisión del *Mesías* de Häendel por la Orquesta Sinfónica de Londres.

—¡Ya estoy en casa! —anunció a punto de romperse otra vez, de solo escuchar ese pedazo de coro.

Sus padres corrieron a saludarla emocionados y ella no pudo evitar echarse a llorar:

—Es el coro, el coro me mata —se justificó.

—Es que el *For unto a child is born* te hace creer en Dios aunque no creas —dijo su padre.

—Sí, sí, es eso —mintió retirándose las lágrimas con los dedos.

—¡Estás más flaca! A ver… Déjame que te vea la cara… —le pidió su madre.

Patricia echó mano a las maletas para evitar que la mirase a los ojos, pero su madre fue más rápida:

—Uy, tú traes los ojos muy rojos… Tú vienes llorada de antes…

—No. Digo sí. Es por el humo… humo de porros. —Fue lo primero que se le ocurrió.

—¿Ahora también fumas porros? —preguntó su madre con cierta inquietud.

—Si te hacen bien, tú fuma, hija —apuntó su padre.

—Qué va, qué decís, se los ha fumado el taxista… Uf. Y se me ha puesto un dolor de cabeza enorme, estoy agotada…

—Te he guardado la cena.

—He cenado en el tren, gracias.

Y al acordarse otra vez de la maravillosa cena con Leo, y con el *Mesías* de Häendel de fondo, se puso tan mal que tuvo que fingir un repentino apretón para encerrarse a baño y llorárselo todo.

Capítulo 7

Cuando regresó al salón, sus padres estaban viendo el canal 24 horas de noticias, haciendo como que no estaban preocupados por ella.

—¿Todo bien? —quiso saber su madre, mirándola con el ceño fruncido.

—Es que tengo la tripa un poco revuelta…

—Es de los nervios de estos días. Pero ya estás en casa —le recordó su padre.

—Sí, eso es—farfulló forzando la sonrisa—. ¿Ya ha acabado el concierto?

—No, pero están dando un reportaje sobre el sorteo de la lotería de Navidad y es muy curioso —mintió su madre porque lo habían cambiado buscando algo que le afectara lo menos posible—. Ven siéntate un rato…

Patricia pensó que estaba tan sensible que la sola voz de los niños de San Ildefonso iba a hacerla llorar desconsoladamente. No podía…

—Mejor me voy a la cama, estoy cansadísima…

—Como quieras, pero tú no te preocupes por nada que estas Navidades van a ser inolvidables —le aseguró su madre ilusionada, echando las manos a volar.

—Sí —murmuró Patricia, sin ningún convencimiento.

—Para Nochebuena vamos a estar todos juntos, ya verás qué bien nos lo vamos a pasar. ¿Has visto qué bonita ha quedado la casa? Y eso que todavía nos falta por poner el árbol, es que tu padre quería esperarte para que lo pusieras con él, como sabe que te gusta…

Que su padre, al que todos llamaban el Míster, por su faceta de entrenador, hubiera tenido ese detalle con ella, le emocionó tanto que de nuevo los ojos se le llenaron de lágrimas:

—Gracias, Míster —musitó mordiéndose los labios.

—Es normal que todavía sigas afectada por lo de Carlos. Pero pasará, ya lo verás —afirmó su madre.

—Pues yo no comprendo que siga afectada. Librarse de ese pájaro es lo mejor

que le ha podido pasar en la vida. Es más, tenemos que hacer una fiesta para celebrarlo, yo hasta me voy a fumar un puro —habló el Míster.

—Qué burro eres. Hija, no hagas caso a tu padre, que yo te entiendo. Tú tranquila que lo superarás.

—Ojalá —susurró Patricia, pues no quiso sacarla del error.

¿Para qué? Porque como le dijera que Carlos ya solo le provocaba sopor y que estaba así por un chico que había conocido el tren, iba a ponerla de idiota para arriba.

—Hazme caso, a mí nunca me gustó —le recordó el Míster.

—No te gustó porque odia el fútbol —le soltó la madre.

—No me gustó desde antes de saber que no era futbolero. Y mi sexto sentido nunca falla.

—No qué va… También decías que el carpintero te daba mala espina y resulta que tiene la casa llena de gatitos que recoge de la calle.

—Espera a ver, que la película todavía no ha terminado…

—En fin, tú tranquila, Patri, que de esto saldrás y mucho más fuerte.

—Ya, sí, seguro que sí —repuso Patricia, mientras pensaba que como no encontrara la empresa de nanosatélites iba apañada.

—Cuando menos te lo esperes, aparecerá alguien y todo esto quedará atrás, como una varicela —comentó su madre.

Sí, pensó Patricia, cuando menos se lo espere aparecerá alguien y volverá a pifiarla dándole el teléfono cambiado…

—Jo qué mal —se lamentó Patricia en voz alta.

—¿Mal por qué?

—Porque vaya ejemplo que le has dado, hay gente que se queda hasta estéril de una maldita varicela —refunfuñó el padre.

—Pero no es su caso, a ella solo le quedó la marquita de la ceja.

—Ay madre… —soltó Patricia, que al recordar el momento de la ceja en el tren se le puso un mal cuerpo tremendo.

—Ay madre ¿qué?... —inquirió su madre—. ¿No pensarás quedarte

enquistada en el dolor por los siglos? Entiendo que tienes que hacer tu duelo, pero luego hay que salir adelante, hija. La vida tampoco es eterna…

—Lo sé, mamá. Yo me estaba lamentando de puro cansancio. Ay madre, qué sueño tengo, quería decir. Me voy a la cama… Que descanséis…

Patricia se despidió de sus padres, se fue a su cuarto, sacó lo que más se arrugaba de las maletas, se puso el pijama y entonces su móvil sonó.

¿Leo se habría puesto a probar con distintos números y al final habría dado con el bueno?

¿Milagro en Navidad?

Corrió hasta el móvil que estaba encima de una torre de libros y comprobó que ponía: Alejandra.

Alejandra era su amiga de toda la vida, veterinaria, pelirroja, alta, fuerte, excampeona de natación regional, defensa del nuevo equipo mixto de fútbol y enamorada eterna de Ernesto Gordo que también jugaba con ellos.

De hecho, Alejandra se había hecho defensa por amor…

—¡Hola! ¿Ya estás en casa? —preguntó en cuanto descolgó.

—Sí, ya llevo un rato —respondió Patricia, en un tono de voz que no pudo resultar más apagado.

—Vaya voz que tienes. Cómo odio a ese cerdo…

—Que no, que no estoy así por Carlos…

—No te preocupes que pronto encontrarás algo para alquilar…

—No es eso lo que me preocupa tampoco. Es otra cosa. He conocido a alguien, en el tren —contó en voz baja, aunque sus padres estuvieran en la otra punta de la casa.

—*¿Queeeeeeeeeeeeeeeeeeé?*

—Sí, tía, sí. Una mala suerte que lo flipas…

—¿Por? ¿Tiene pareja? ¿El apellido raro? ¿Le quedan tres cortes de pelo?

—Calla, calla. Lo tiene todo de maravilla. Es medio holandés, tiene los pelos revueltos, los ojos preciosos, una sonrisa divina, es guapo, simpático, listo, ocurrente…

—¿Y dónde está la mala suerte?

—¡Que le di el número de teléfono equivocado! Ya me ha pasado más veces con la terminación, pongo la de mis padres en vez de la mía.

—¿Estás segura?

—Claro —afirmó metiéndose en la cama—. Se lo escribí en un trozo de periódico y se ha quedado marcada la pifia. Mi única esperanza es que me contó que tiene una empresa de nanosatélites, sé que se llama Leo Menéndez, y no creo que haya tantos que se llamen como él que trabajen en ese sector, digo yo….

—Nanosatélites, no creo que haya muchas empresas, pero yo qué sé… Ay nena, por favor, ¿cómo no estuviste más atenta?

—Sí, tú encima échame la bronca, que tengo un disgusto. Vaya añito de mierda, solo me faltaba esto para terminarlo.

—¿Tú estás segura de que querías darle tu número?

Patricia, nerviosa, dobló la almohada, se la colocó debajo del cuello y replicó:

—¿Qué estás insinuando, que fue un acto fallido? ¿Crees que se lo di mal porque realmente no quería dárselo?

—Es que a mí se me plantea una situación semejante: un empresario de los satélites buenorro me pide el teléfono y vamos, se lo tatúo con la lengua si hace falta.

—Qué fácil es llamar idiota a tu pobre amiga… Te quería ver yo a ti en una de estas… Y de dónde vengo además, que anda que no llevo pasado…

—Oye que yo también tengo lo mío, que ayer me tocó pasarme la tarde entera, hablando de ti, con Ernesto. Este sigue enamorado de ti.

—Qué dices, tía…Que no…

—Ya lo verás. Llevamos entrenando desde hace tres semanas, al principio me hablaba algo de la ex con la que rompió hace seis meses. Pero ahora no para de hablarme de ti.

—Seguro que estás exagerando, y si habla de mí será para despistar. ¿No dices que te llama todos los días, que te manda wasaps y que llevas no sé cuántos

cines y cenas?

—Por eso, porque no hay nada que rascar: le gustas tú.

—Nadie se va de cines y cenas con alguien que no le gusta, yo creo que le gustas, es solo cuestión de tiempo y caerá.

—Sí, a tus pies. ¡Qué funesto destino el mío!

—Calla, que el mío sí es que chungo. Mañana cuando salgas del trabajo, te vienes y me ayudas a buscar empresas de *chiquisatélites*.

—Solo si tú me das un empujoncito con Ernesto…

—Buah, eso es pan comido…

Capítulo 8

Esa noche a Patricia le costó muchísimo más de lo habitual conciliar el sueño. Menos mal que no tenía que ir a trabajar hasta el martes, porque lo logró como a las cuatro de la mañana y además se la pasó soñando con números y más números que sonaban en su cabeza con un machaqueo tan desquiciante, que se despertó sobresaltada y con taquicardia, a eso de las ocho y media la mañana…

—41116, 1000 euros… —cantaba una niña de San Ildefonso en la radio que el padre de Patricia tenía puesta en el baño.

El soniquete de todas las Navidades… Horror…Ya no había vuelta atrás, las Navidades acababan de arrancar oficialmente y ella solo encontró algo bueno: los milagros.

¿No dicen que suceden milagros en Navidad?

Agarró el móvil que había dejado sobre la torre de libros para comprobar si tenía algún mensaje de Leo, pero no encontró absolutamente nada.

No obstante, no se rindió. Ella peleaba los partidos hasta que el árbitro pitara el final aun cuando perdieran 14-0.

Así que sin pensarlo mucho más, se puso a buscarlo en Linkedin y lo probó todo: Leo, Leonardo, Leopoldo, Leonel…

Luego, lo buscó en Facebook, en Twitter, en Instagram…Y no apareció por ninguna parte.

Frustrada, desesperada y muerta de sueño, se quedó dormida otra vez aferrada al móvil, hasta que el Míster la despertó a las doce del mediodía.

—Patricia, ¡buenos días! —gritó golpeando la puerta con los nudillos.

—*Grrrrrrrrrrrrrrr.*

—Imagino que habrás pasado mala noche, pero es que no puedo esperar más. No puede ser que un 22 de diciembre a las doce de la mañana no tengamos listo el árbol de Navidad…

—¡Ponlo sin mí! Yo voy a dormir un ratito más… —dijo colocándose la almohada encima de la cara.

—Todos los años lo ponemos juntos, yo no tentaría a la suerte…

—Me da lo mismo, es imposible que me vaya peor.

Y es que la búsqueda infructuosa de Leo Menéndez la había dejado exhausta.

—Nada es imposible, y menos cuando se trata de ir a peor. Así que agradece lo que tienes, levántate y acompáñame al bazar chino que tenemos la estrella rota, le faltan dos puntas.

—Sí, se las cargó tu nieto Mateo, ¿no te acuerdas?

—No podemos poner un árbol de Navidad con una estrella estrellada.

—¿Y por qué no? —repuso en un tono de voz cargado de desidia.

El Míster abrió la puerta de la habitación, asomó la cabeza y contestó muy serio:

—Porque solo se rinden los mediocres, porque nosotros nunca damos un partido por perdido y porque las cicatrices solo nos hacen más fuertes.

El Míster se fue dando un portazo y a Patricia la arenga le hizo tanto sentido, que saltó de la cama y se fue derecha a la ducha.

Allí, con las ilusiones recobradas de repente, decidió que después de que pusieran el árbol se haría una base de datos con las empresas de nanosatélites y que esa misma tarde empezaría con las llamadas y los envíos de *mails* a discreción.

Y es que su padre tenía razón: podía estar a punto de que le colgaran la banda de Miss Desdichas Cotidianas, pero ella no era una *loser*. Por supuesto que no.

Convencida de que el único que pierde es que no lo intenta, desayunó, se puso unos *jeans* y un jersey grueso de color fucsia, para venirse más arriba todavía, se colocó un plumífero encima porque hacía un frío tremendo y le informó a su padre de que ya estaba lista.

Luego bajaron en ascensor y en cuanto estaban a punto de salir por el portal, Patricia se quedó estupefacta:

—¡No puede ser musitó! —exclamó temblando entera.

—¿Qué pasa? —preguntó el Míster, extrañado.

—Ese chico que está ahí fuera, en el portal… ¿Le ves?

—Sí, hija, sí, claro que le veo. Y él a ti, te acaba de saludar con la mano.

—¡Ay Dios mío! —murmuró llevándose la mano al vientre.

—¿Qué pasa, le debes dinero o qué?

—Le conocí ayer en el tren, le di número, pero se lo di mal. Y no sé cómo me ha encontrado.

—Espera que no me entero, ¿se lo diste mal a propósito o se lo diste porque te gusta y te confundiste?

—Se lo di porque me gusta, pero ahora me están entrando unos nervios que…

Patricia no pudo decir más, porque su padre la empujó hasta la puerta, la abrió y se presentó sin más:

—Buenos días, joven. Soy Gonzalo de Bruselas, el padre de Patricia…

El Míster le tendió la mano y Leo la estrechó con fuerza:

—Encantado, soy Leonardo Menéndez —se presentó a ese señor calvo y con gafas que por fortuna no se parecía nada a su hija.

—¿Menéndez qué? —inquirió clavándole la mirada por encima de las gafas.

—Groen…

Patricia miró a Leo horrorizada, porque ya solo le faltaba que su padre le pasara el test del yerno perfecto en el mismo portal de su casa:

—Groen, Groen, Groen… —murmuró el Míster llevándose el dedo índice a los labios—. Tuve una colega, pediatra, que se apellidaba así. A ver si va a ser tu madre…

—Míster, por favor, que el mundo no es tan pequeño —le reconvino Patricia.

—Pero podría ser, mi madre trabajó unos años en Madrid y es pediatra…

—¿No se llamará Nienke por casualidad, una mujer robusta, como *La lechera* de Vermeer, con mucho carácter, enérgica, analítica, recta y con testosterona como para gobernar en siete galaxias que estaba casada con un físico español que era muy simpático?

Patricia bajó la vista al suelo, de la vergüenza, y se puso a rezar para que la

madre de Leo no fuera la lechera del retrato de su padre.

Sin embargo, Leo se echó a reír y dijo divertido:

—¡Y sigue con él! El físico simpático es mi padre. ¡Y le felicito porque el retrato de mi madre es perfecto!

El Míster le abrazó con fuerza y replicó emocionado:

—¡Qué alegría tener al hijo de Nienke en mi casa! ¿Qué tal está?

—Muy bien. Gracias. Y la alegría es mía —habló Leo que estaba feliz de haber encontrado a Patricia, pero también ansioso porque desconocía la razón por la que le había dado el número confundido.

Luego, se separaron y el Míster le preguntó entornando los ojos:

—¿A qué te dedicas?

—Tengo una empresa de nanosatélites —respondió sacándose una tarjeta de la cartera que llevaba en el bolsillo del pantalón y tendiéndosela.

Patricia entonces se fijó en que Leo llevaba una bola de Navidad del chino en la mano, una bien hortera y con motor, de las que no hacía falta agitarlas para que se moviera la nieve.

—Y la empresa la tienes en Torrejón… —observó el padre tras leer la tarjeta.

—Está cerca del Centro Europeo de Satélites… —explicó sin dejar de mirar a Patricia.

—Con razón has encontrado a mi hija en un pispás: tú tienes que ser listísimo…

—Qué va, ha sido muy fácil, ella me habló del barrio, del equipo de fútbol, del bazar chino de la esquina... Por cierto, te he comprado esto —Leo le tendió la bola de nieve y luego le explicó—: Te he escrito mi número de teléfono en la base. Si algún día te apetece llamarme, solo tienes que darle la vuelta.

Patricia, que hasta hacía un momento lo que más deseaba en el mundo era reencontrarse con Leo, ahora que lo tenía enfrente se sintió tan bloqueada que no podía ni hablar.

—Pues claro que te va a llamar —aseguró el Míster cogiendo la bola de nieve y pasándosela a su hija—. Toma tu bola y guárdala bien que yo también le voy a

dar un toque… Porque joven ¿por casualidad no te gustará el fútbol?

—Sí, me vuelve loco —contestó sin poder evitar que la vista se le fuera hacia Patricia.

El Míster le miró de arriba abajo y, tras rascarse la barbilla, concluyó:

—Esto es providencial, medio holandés, listo y con buenas piernas. Ahora solo falta que me digas que juegas cómodo en la delantera y ya sí que no te dejo escapar.

Leo sonrió y Patricia pensó que estaba perdida…

Capítulo 9

El Míster agarró a Leo del hombro, esperando una respuesta y él dijo:

—Lo que más me gusta es jugar arriba, pero le advierto que no soy ningún *crack*.

—Nosotros tampoco: con que le pongas ilusión y ganas, me vale. Te necesito para el partido benéfico que disputaremos en unos días. Se nos ha caído un delantero y tú nos vienes de maravilla. ¡Cuento contigo, entonces! —exclamó el Míster, dándole a Leo una palmada en la espalda.

—Pero Míster tal vez Leo tenga otras obligaciones —sugirió Patricia.

—¡Venga, ya! ¿Qué va a tener que hacer este chico un sábado 30 de diciembre a las doce de la mañana?

—Nada, nada… Lo tengo a su total disposición —mintió Leo, porque ese día llegaban sus padres y su abuela desde Ámsterdam para pasar la Nochevieja con él, pero ya vería cómo lo arreglaba.

—Y si mañana te pudieras pasar a entrenar un rato, estaría genial —replicó el Míster.

—Míster por favor, no abuses —le regañó Patricia.

—No hay problema, mañana me paso.

—Y ahora vente con nosotros al chino que vamos a comprar una estrella, como tú eres experto…

El Míster se arrancó hacia el bazar chino, y Patricia y Leo se quedaron más rezagados:

—Mi padre es totalmente invasivo como no empieces a decirle que no, te va a organizar la vida entera —cuchicheó Patricia mientras se dirigían a la tienda.

—Me cae bien. Me gusta la gente que sabe lo que quiere... ¡Y no te pareces en nada a él!

—¿Qué insinúas? ¿Que no sé lo que quiero?

—Me refería al físico. Pero no me importaría saber por qué me diste mal el número de teléfono. Te llamé en cuanto cargué el teléfono y se puso un señor de Zaragoza que me tuvo que jurar por tres veces que no te conocía.

—Jajajajajajajajajajaja.

—Tú ríete, que por poco no me dio un ataque de ansiedad.

—Me di cuenta en el taxi —susurró Patricia, a la vez que pensaba que no se podía estar más bueno que ese tío: con su gorro, con su abrigo negro y esos ojazos café claro.

—¿De qué? —preguntó nervioso.

Patricia no pudo responder porque su padre desde la puerta del bazar, que acababa de abrir, les gritó:

—Vamos, no os quedéis rezagados.

Los dos caminaron deprisa hasta la puerta de la tienda y, una vez dentro, el Míster le preguntó a la dependienta, que estaba viendo una serie romántica china, que dónde tenían las estrellas de Navidad:

—Tercer pasillo, a la izquierda —respondió, sin levantar la vista de la pantalla del ordenador en la que los protagonistas estaban a punto de besarse.

El Míster se dirigió al tercer pasillo, en tanto que Leo empujó a Patricia hacia el primero, donde la abordó de nuevo:

—¿De qué te diste cuenta en el taxi, por Dios, que me tienes en un sinvivir?

—¿De qué va a ser? —replicó encogiéndose de hombros.

—¡Qué sé yo!

—Uf. Pues de que me había equivocado, a veces me pasa que confundo los dos últimos números. En vez de poner los de mi teléfono, pongo los de mis padres…

—¿Te pasa cuando quieres quitarte a un pesado de encima? Porque si es eso, dímelo abiertamente. Me dolerá, será duro, posiblemente ni coma ni duerma durante los próximos tres meses, pero lo soportaré.

—Jajajajajajajajajajaja.

Leo se quitó el gorro desesperado y preguntó:

—No sé qué tiene de gracioso, de verdad que me tienes en ascuas.

—Pues no te cuento cómo lo pasé yo cuando saqué el periódico y vi la marca de lo que había escrito. ¡Qué angustia! Volví a la estación pero no estabas, luego esperé el milagro de que fueras probando con distintos números…

—Probé unos cuantos, pero después de que me mandaran a la mierda en varios idiomas, decidí que lo mejor era encontrarte siguiendo las pistas que me habías dado.

—Me temo que hablo demasiado —masculló mordiéndose los labios.

—¿Temes?

—Así, en genérico, no lo lleves a lo personal.

—Es que estoy muy nervioso. Menos mal que conocía tu zona, tu apellido, lo del bazar y que tu padre es muy conocido en el barrio, que si no creo que te habría perdido para siempre.

—No me hables. No he pegado ojo en toda la noche, he tenido una pesadilla horrible con números, y en cuanto me he despertado te he estado buscando en Internet. Pero no estás en ninguna parte…

—Es que aparezco como Martín, no como Leo, me llamo Martín Leonardo, es horrible, lo sé.

—¡Tenías que habérmelo dicho!

—Sí, claro, precisamente a ti con el trauma que tienes con los nombres, si te llego a decir que me llamo Martín Leonardo, te aseguro que me habrías cambiado los nueve números.

Patricia sonrió, se retiró el flequillo a un lado y susurró:

—Lo importante es que ya estás aquí.

—¿Pero te alegras o no?

—Pues claro que me alegro.

—¿De que haya vuelto yo en mi totalidad o yo el delantero del equipo?

—Tío, ni que fueras Messi.

—Espérate a verme jugar…

—Seguro que eres un figura, pero estoy feliz por todo. ¡Y gracias por la bola!

Creo que es la más horrible de mi colección. ¡Me encanta!

—Tú sí que me encantas a mí, tanto que me están entrando unas ganas locas de besarte. Pero entiendo que…

Patricia le interrumpió para pedirle que lo dejara ahí, que no dijera nada y que ya se iría viendo, pero fue mirarle a los ojos, y le entraron tales ganas de besarlo, a ella, a la chica marchita, que de repente le sobrevino un ataque de insensatez y pensó que por qué no. Total, solo era un beso. Nada más. Por eso, decidió no darle más vueltas y susurrar:

—Hazlo…

Leo la tomó por los hombros, la atrajo hacia él y le dio un beso en los labios.

Patricia se abrazó a él, le devolvió el beso y aquello le supo a tan poco que le pidió con los labios pegados a los suyos:

—Sigue…

Leo la cogió por el cuello, enterró los dedos en el cabello, le lamió los labios, los besó y los mordió despacio y suave:

—¿Más? —susurró Leo.

Patricia asintió con la cabeza y se besaron de una forma tan intensa y profunda, con las lenguas enredadas y el corazón a mil, que se quedaron sin aliento.

Luego, se clavaron la mirada, Patricia le acarició el rostro como para cerciorarse de que eso que estaba pasando era verdad y, justo cuando Leo iba a susurrar algo, se escucho al Míster gritar:

—¡*Patriiiiiiiiiiiiiicia, Leonardooooooooooo*! ¿Dónde os metéis?

—¡Aquí! —gritó Patricia, mientras Leo la miraba con una sonrisa enorme.

—¿Aquí dónde?

Patricia se giró y respondió con lo primero que vio:

—Donde las alcayatas y las escarpias, que quiero colgar un cuadro.

—En casa tenemos de sobra. Dejad eso y venid para acá que necesito que me ayudéis a elegir la estrella.

Leo la besó en los labios, un pequeño beso fugaz y tras sonreírla y dejarla

derretida se fueron hasta el tercer pasillo, donde el Míster estaba con dos estrellas en la mano. Una, parecía una bola de gladiador romano en dorado, y la otra era la clásica de cinco puntas en verde musgo:

—¿Cuál me llevo?

—Ninguna —contestó Patricia que no paraba de morderse los labios que ese tío había besado como nadie, o por lo menos no lo recordaba—. La verde no va a destacar y la bola de pinchos es horrorosa…

—Pues no hay más. Hay que elegir. Que decida el experto en estrellas…

El experto estaba flotando, en una nube, todavía casi sin creerse lo que acababa de suceder, pero con todo opinó:

—Tampoco se sabe demasiado al respecto... Según Kepler la estrella de la Navidad fue una alineación de Júpiter con Saturno, otros sugieren que lo que lo que los Magos siguieron fue a una nova…

Y lo suyo con esa chica, pensó Leo, salvando todas las distancias, tenía que ser otra conjunción extraña, pero irremisible.

—Ya. ¿Entonces qué? ¿Me quedo con la bola de pinchos? —Leo que seguía absorto en el beso y en lo irremisible, ni respondió—. Leonardo, hijo, responde que uno ya tiene su artrosis y sus cosas, y se me van a caer los brazos al suelo.

—Perdone, es que estaba pensando… Sí, la bola de pinchos, aúna ambas hipótesis.

El Míster dejó la estrella verde en su sitio y concluyó tras coger a Leo por el hombro y agitarlo:

—¡Qué buen fichaje hemos hecho con este Leonardo!

Capítulo 10

Patricia miró a su padre y, negando con la cabeza, le pidió:

—No le llames este Leonardo, que parece que estés hablando de un cuadro… Su nombre es Leo.

—Y si digo con este Leo, parece que le esté llamando por su signo zodiacal.

—Míster, se llama Leo. No hay más.

—¡Qué más dará! —refunfuñó el Míster, dando un manotazo al aire—. Me voy a pagar…

—¡Yo invito, por favor! Soy el experto en estrellas —reivindicó Leo.

El Míster le miró gratamente impresionado y luego le dijo a su hija:

—Igualito que el otro, que ni en el chino se rascó jamás el bolsillo. Con esto no quiero decir, joven Leonardo, que no valore el gesto de que nos quieras invitar a una estrella de 0.60 céntimos.

—Papá por favor… No es necesario comparar… —murmuró Patricia, temiendo los ataques de sinceridad de su padre.

—¿Cómo que no? —replicó mientras se dirigían a pagar a la caja—. Es que luego tu madre dice que yo no soportaba a Eddie Munster porque odiaba el fútbol y para nada. Le calé en el primer minuto, igual que a este joven. En cuanto le he visto plantado en el portal, he sabido que es de los buenos. Si es que se ve en la mirada, en la actitud, en el detalle, en los gestos por pequeños que sean. Y rara vez me equivoco con mis diagnósticos…

—Le agradezco la confianza, señor…

—Tutéame por favor y llámame Míster, para mí eres ya uno de los nuestros.

—Solo te falta darle un beso en la boca, hablas como un mafioso —apuntó Patricia, muerta de risa y pensando que a ella sí que no le importaría darle otro beso en la boca.

—Estoy encantado de formar parte del equipo —agradeció Leo justo antes de

pagar la estrella.

Después, salieron de la tienda y el Míster le pidió a Leo:

—Me gustaría que como experto en artefactos que viajan a las estrellas, nos concedieras el honor de colocar la estrella en nuestro árbol.

Patricia miró alucinada a su padre, y temiendo que el chico se agobiara, le recordó:

—Leo seguro que tiene mejores cosas que hacer que coronar árboles de Navidad en casas ajenas.

—Si a tu padre le hace ilusión, yo no tengo inconveniente —aseguró Leo encogiéndose de hombros.

—Me hace, me hace toda la ilusión del mundo —asintió el Míster con la cabeza—. Así que venga, vamos a casa…

Regresaron a casa, donde tras dejar a Leo en el salón colgando bolas en el árbol, Patricia empujó a su padre a la cocina y allí le preguntó:

—¿Por qué tienes tanto interés por meter a Leo en casa?

—¿No dices que te gusta? Te estoy dando un empujoncito…

—¿Empujoncito? Se te ve demasiado ansioso, como si tuvieras excesiva urgencia en encontrarle novio a tu hija la incolocable.

—¿Incolocable? ¿De dónde sacas eso?

—Le ofreces el puesto en el equipo, que ponga la estrella, llevas tantas prisas que resulta más que sospechoso. Como sigas así, se va a sentir tan presionado que va a salir por piernas.

—¡Si está feliz! No hay más que verlo, además te recuerdo que ha movido Roma con Santiago para encontrarte.

—Tampoco tanto que yo le di alguna que otra pista.

—¿Y por qué se las distes? Porque te gusta.

—Bueno, pero tú déjate ya de empujoncitos, que ya me las arreglo yo sola.

—Como quieras, pero que sepas que tienes mi bendición.

—Deja, deja. El chico es un encanto, pero yo estoy recuperándome de lo de Carlos y lo que menos necesito son prisas.

—No exageres tampoco que solo le he pedido que suba a poner la estrella en el árbol, no a pedirte la mano.

—De acuerdo, pero tú ya calladito. No propongas nada más…

—Fíjate si no propongo que os voy a dejar poner el árbol a solas: tengo que atender unos correos urgentes.

Patricia sonrió y, negando con la cabeza, dijo:

—No conocía esta faceta tuya de celestino.

—También hace el lumbago y la artrosis, hija, que tampoco puedo estar agachándome mucho.

—Ya sí, seguro que es por eso…

El Míster la cogió por los hombros y la empujó en dirección al salón:

—Venga, déjate ya de chácharas y salta de una vez al campo, chiquilla.

Patricia apareció en el salón y se encontró con que Leo había colgado un montón de bolas ya…

—Tardo un poco más y lo tienes puesto —comentó risueña.

—Es que estoy nervioso —confesó Leo que no paraba de colocar bolas a toda prisa.

—Oye si tienes que irte, déjalo que puedo seguir sola perfectamente.

—Estoy en el lugar del mundo donde más deseo estar, por eso estoy tan nervioso. Entiéndelo, hasta hace nada dudaba de si me habías dado mal el teléfono y ahora resulta que nos hemos vuelto a besar y estoy poniendo el árbol en tu casa.

Patricia, convencida de que estaba más que harto, repuso:

—Perdona por el agobio.

—No, no tengo agobio ninguno. Al revés… Estoy que no me lo creo… Es la primera vez que me pasa algo así —confesó Leo, emocionado, con los ojos muy brillantes.

—Y a mí —susurró Patricia, que se puso a coger bolas de la caja, por meter la cabeza en alguna parte.

—El beso de antes ha sido precioso.

—Necesitaba dártelo —reconoció Patricia, colgando una bola en el árbol.

—Y yo a ti, es que de verdad que pensé que te perdía…

—Estoy aquí —musitó Patricia con una sonrisa enorme.

—Espero que no te arrepientas.

—¿Del beso?

—De todo —susurró Leo, parándose frente ella.

Patricia le miró, estaban tan cerca que solo tenían que acercarse un poco para volverse a besar.

—No, no me arrepiento de nada.

Leo respiró aliviado, sonrió feliz y luego siguió colgando bolas sin decir nada más hasta que acabaron y Patricia llamó a su padre para que viera cómo Leo colocaba la estrella en lo alto del árbol.

—Miles de gracias por concederme este honor, Míster… —habló Leo tras colgar la estrella.

Luego encendieron las luces del árbol para comprobar cómo había quedado y los tres se mostraron encantados con el resultado:

—Este es el año que ha quedado más bonito. ¡Está puesto con tanto amor! —exclamó el Míster, fascinado.

—Desde luego, yo le he puesto todo el amor del mundo —comentó Leo, mirando a Patricia.

—Se nota porque así luce de precioso… Oye, Leonardo ¿y la Nochebuena con quién la vas a pasar? ¿Con tu familia?

Patricia se echó las manos al rostro, porque lo de su padre no tenía nombre.

—Mi familia está en Ámsterdam, vendrán para Nochevieja.

—¿Entonces cenas solo? —preguntó el Míster.

—No. En el hospital Gregorio Marañón —respondió Leo.

—¿Y eso? —quiso saber Patricia, preocupada.

—Es que iba a pasarlo con unos amigos en Navacerrada, pero uno de ellos se cayó ayer esquiando, se ha roto unos cuantos huesos y le operan mañana. Así que pasaremos la noche con él…

—Lo lamento mucho —habló el Míster—. Y le deseo una pronta mejoría.

—Sí, yo también —dijo Patricia.

Y acto seguido, el Míster se subió las gafas que tenía en la punta de la nariz, y le propuso con una total familiaridad:

—Cuando el accidentado se duerma y tal, pásate por aquí y te tomas unos turrones y una copita…

Capítulo 11

Al día siguiente, sábado, a las once de la mañana quedaron para entrenar con todo el equipo.

Patricia estaba tan nerviosa que apareció media hora antes, para comentar con Alejandra la jugada:

—Estoy fatal —le confesó Patricia a su amiga, en cuanto se sentaron en el banquillo que menos mal que estaba al sol, porque hacía muchísimo frío.

—La que está fatal soy yo, que voy a tener que zamparme la cara de imbécil que se le va a poner a mi Ernesto en cuanto te vea.

—Perdona, tu Ernesto, estoy convencida de que la que le gustas eres tú.

—Sí, sí —ironizó Alejandra tapándose con la bufanda hasta la nariz—. Y en cuanto a ti, no sé de qué te quejas, el tío del tren se plantó en tu casa con una bola de nieve, te besó en el chino, te puso el árbol de Navidad, le sigue el rollo a tu padre… Tía, ¿qué más quieres?

—Y espérate, que mi padre le ha invitado a pasar la Nochebuena con nosotros. Esto es no es que vaya deprisa, es que es un despropósito de lo más absurdo. Me siento como si fuera en pendiente y cuesta abajo en un coche sin frenos… He perdido el control absolutamente de todo y encima mi padre, ahí, pico y pala, en un enloquecido no parar, empujándome hacia el precipicio.

—La que me he perdido soy yo. ¿El precipicio es el tío del tren?

—Claro.

—Buah. Precipítate entonces o ¿prefieres seguir llorando a Carlos? —preguntó encogiéndose de hombros.

—No, si ya no lo lloro. Solo estaba mustia, marchita, indiferente, hastiada… Pero lo controlaba y pensaba pasarme en esa especie de transición una buena temporada.

—Con lo aburridos que son los duelos, qué quieres que te diga: mejor que te

lo acorte este buen hombre. ¿Y besa bien?

—De maravilla. Justa salivación, uso correcto de lengua y dientes, buenos morros, aliento fresco…

—Jo, tía, te quejas de vicio. Lo mío sí que es terrible, que ya ni me puedo entretener con mis rollos de piscina…

Alejandra iba a nadar al polideportivo cuatro veces por semana y allí tenía sus escarceos con nadadores varios.

—¿Ya no estás con el bombero cañón?

—No, ni con el policía maduro, ni con el modelo de catálogo de *slips* de poliéster… Los iba alternando, pero desde que he empezado a salir de cines y cenas con Ernesto no puedo tirarme a los otros. Es una mierda esto del amor romántico, no tengo más que cabeza, corazón y deseo para él. Y dices tú de precipicios, yo sí que me estoy precipitando hacia la más patética de las abstinencias sexuales. Me estoy inmolando por un puñetero amor platónico que solo me lleva de cines y cenas. Joder, no lloro porque soy fuerte, que si no… No habría clínex para este dolor…

Alejandra resopló de una forma tan graciosa que Patricia no pudo evitar echarse a reír:

—Jajajajajajajajajajaja.

—Cabrona ¡encima te ríes de tu pobre amiga! Claro, como a ti te ha aparecido don Besador Perfecto…

—Calla, calla, que estoy muerta de nervios.

—Sí, es terrible, tener a un tío bueno que te gusta, dispuesto hasta entrenar un día de frío del carajo, con un equipo de mierda por ti. Me das una lástima, tía…

—Pero que estoy herida, vengo de que me partan el corazón… No te creas que es fácil superar algo así…

—No es fácil, pero bien que le has metido la lengua. A mí no me vengas con rollos…

—Sí, pero una cosa es un beso y tal… Y otra enfrascarse en una relación con todo lo que eso implica. Para los besos y demás, estoy preparada pero para lo

otro me parece que no.

—Tú lo has dicho, te parece… Tú déjate llevar y a ver qué sale —aconsejó Alejandra, recogiéndose el cabello largo y rojo en una coleta.

—¿Cómo que a ver qué sale? Imagina que sale un churro, una cagada, un salí de Málaga y me metí en Malagón. ¿Tú no sabes que todo siempre puede ser peor?

Alejandra en ese justo instante se percató de que alguien que no había visto antes se acercaba hacia ellas:

—Pues yo con ese buenorro me tiraba al abismo ahora mismo y de cabeza. Qué quieres que te diga… Y si me duele, que duela… ¡A tomar viento con todo!

Patricia, sin tener ni idea de qué estaba hablando, comentó:

—¿De quién hablas?

—¿Tú has visto bien cómo está tu chico del tren? Porque imagino que es ese que viene con la camiseta del Ajax encima de una sudadera polar…

Patricia se volvió y se puso roja de repente:

—Sí, es él.

—Qué pectorales, qué piernacas, qué sonrisa, y mira qué de dientes, hija mía… Y encima dices que los usa bien. Jojojojojojojo.

—¡Ay, por favor!

Patricia no pudo decir nada más, porque ya tenía a Leo frente a ella, con su sonrisa enorme:

—¡Buenos días!

—¡Hola! ¿Qué tal? —saludó Patricia, cortada.

Pero con todo, se acercó a él para darle dos besos en las mejillas y sucedió que él giró la cabeza y acabaron besándose en los labios. Un beso suave y fugaz…

Leo suspiró y musitó, flotando de la emoción:

—En la gloria, estoy de maravilla…

—Mira —le dijo Patricia a Leo—, te presento a mi amiga Alejandra, juega también en el equipo.

Ambos se saludaron con un par de besos y, acto seguido, Alejandra comentó

sin dejar de mirarlo de arriba abajo:

—Encantada de conocerte, Leo. Es un placer tener en el equipo a alguien con mi misma motivación. Reconforta saber que no soy la única mema…

—¿Te refieres a pasarlo bien? —replicó Leo, sin entender a qué se refería.

—No, tío, me refiero a ser unos auténticos pringados. Tú estás aquí por esta elementa y yo por un tío petardo…

Patricia fulminó a su amiga con la mirada, al tiempo que Leo comentaba:

—Ah, jajajajajaja. Pues sí…

—Pero tú tienes más suerte que yo porque eres correspondido…

—¿Lo soy? —preguntó Leo, curioso, arqueando una ceja.

—Ella tiene sus traumas y sus historias, pero ya os habéis pegado vuestros morreos y en nada y menos os echaréis los polvos mágicos —Patricia se llevó las manos a la cara de la vergüenza, mientras su amiga siguió—: Yo en cambio lo tengo fatal: por más que emito señales, Ernesto es que no se percata de nada. Pasa de mí olímpicamente, como está enamorado de ella —confesó Alejandra, señalando a su amiga.

—Que no, tía. Qué pesadita estás con eso. Que pasa de mí, como yo de él. Igual. Mi amiga está enamorada de Ernesto Gordo, el chico del que te hablé —le explicó Patricia a Leo.

—Sí, le rechazó por el apellido… Pero porque lo suyo no era de verdad… Yo sin embargo, como lo que siento es muy puro y muy de corazón, voy a saco con todo, por mí como si se apellida Patético y yo Espacial, vamos… Me da lo mismo… A mí nada ni nadie me separa de mi gran supermegaamor…

—Sí, claro eso lo dices porque te apellidas Sánchez —aseguró Patricia.

—Eso lo digo porque le quiero de verdad. Joder, Patri, que me he hecho defensa por amor, que yo pasaba del fútbol y aquí me tienes como una panoli corriendo detrás de un balón. Y sin ningún resultado, porque de las cenas y las pelis no salimos… No hay manera de que pasemos a otro nivel.

—Ten paciencia —le recomendó Patricia.

—¿Pero qué se estará pensando tanto? A mí si me gusta alguien lo sé en el

minuto 1, no necesito ochenta películas y trescientos restaurantes para cerciorarme de algo que aprueba el puro instinto.

—Te entiendo porque me pasa igual. No necesito mucho más de un minuto para saber si alguien me gusta —confesó Leo.

—Pues claro, porque tú eres un tío normal… No este plasta de Ernesto… O no… Tal vez es normal, lo que sucede es que pasa de mí y sigue colgado de esta.

—Pues anda que no ha llovido desde que nos gustábamos. Descarta esa opción de una vez, porque no tiene ningún sentido.

Alejandra resopló y dijo:

—Veremos qué pasa… En fin, me voy a correr un poco que estoy pelada de frío. Os dejo solos para que os digáis cositas *guarrindinguis*... ¡Nos vemos!

Capítulo 12

Alejandra se echó a correr y ya solos, Patricia se justificó por la loca de su amiga:

—Disculpa a Alejandra. Está *pallá*, pero es buena chica.

—Es muy simpática, me ha caído genial. Y pobrecilla, qué enamorada está de tu antiguo amor… Bueno, si es que todavía no le sigues queriendo en silencio.

Patricia negó con la cabeza y, un poco molesta, replicó:

—Te repito lo que le he dicho a ella, ni en silencio ni de ninguna manera. Yo creo que ellos se gustan, lo que pasa es que Ernesto viene de una ruptura y querrá tomarse las cosas con calma.

Leo se tomó esas palabras como lo que no eran: una indirecta directa:

—Como tú… —musitó.

Patricia que se moría por besarlo otra vez, desde luego que tenía de todo menos ganas de ir con calma.

—Lo mío es diferente.

Leo sonrió con los ojos chispeantes, se revolvió el pelo y preguntó ansioso:

—¿Cuánto de diferente?

—Quiero decir que nosotros de alguna manera ya hemos ido más allá de las cenas y las pelis… Incluso te he metido en mi casa…

—Me ha metido tu padre, más bien…

Patricia se cruzó de brazos y luego habló nerviosa:

—Sé que esto es raro. Primero por mí que vengo de lo que vengo, luego por mi padre que tiene el pie puesto en el acelerador como si estuviera loco por juntarme con el primero que pasa y para rematar es Navidad que todo se ve como más de color de rosa y confunde mogollón.

Leo negó con la cabeza, se metió las manos en los bolsillos aunque lo que quería era abrazar a esa chica que tiritaba de todo menos de frío, y dijo:

—Para mí no es raro, es especial… Es lo más especial que me ha pasado nunca, tú eres especial, tu padre me hace sentir especial, y ni me confunde la Navidad, ni me siento presionado. Al revés…

Patricia respiró aliviada, sonrió tímidamente y replicó:

—Me alegro de que lo vivas así.

—Es que es así…

—Tu padre no pondría el pie en el acelerador por alguien que no mereciera la pena, yo solo espero estar a la altura de sus expectativas…

A Patricia le entraron unas ganas enormes de abrazar a ese chico y darle las gracias por ser tan adorable, pero se reprimió y en su lugar opinó, tras morderse los labios:

—Por supuesto que lo estás…

Leo que también quería abrazarla y decirle que todo iba a salir bien, no pudo hacerlo porque apareció el Míster con el chándal de Los Chicos de Bruselas, dando palmadas y exigiendo a su hija:

—¡Deja la cháchara con Leonardo para luego y que se vaya a calentar!

Leo se echó a reír y corrió hacia el campo donde ya estaban el resto de los compañeros, mientras el Míster le pedía a su hija:

—No me descentres a mi nuevo fichaje.

—¿Yo? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Sí, tú, estás aquí en calidad de segunda entrenadora, no de enamorada…

Patricia miró a su padre con los ojos como platos y refunfuñó:

—Perdona, pero yo no estoy enamorada.

—Todavía…

—Pero serás alcah…

—Calla, que vamos a empezar con el entrenamiento…

El Míster se fue hasta el centro del campo y tras llamar a los chicos comenzaron con los estiramientos, los ejercicios de *skipping* y el ejercicio reactivo de activación con componente cognitivo.

Luego, los dividió en dos equipos de cinco y les pidió que jugaran una

posesión con un máximo de dos toques para trabajar el control y el pase, que los dejó derrengados.

—¡Muy bien, chicos! ¡Sois los mejores! —exclamó el Míster cuando todos estaban con la lengua fuera—. Coge unas botellas de agua y llévaselas para que no se nos deshidraten… A Leonardo dásela con más cariño que es nuestra gran esperanza —le ordenó el Míster a su hija.

—¿Tengo que hacerlo yo?

—Yo estoy tomando notas —comentó mientras apuntaba algo en una libreta.

—¿Notas de qué? Ya te lo resumo yo: la forma física es penosa, el control del balón nefasto, el pase es de llorar…

—La que tiene que dejar de llorar eres tú, hija mía, que vaya ayudante ceniza que me he echado a la cara. Yo veo que tenemos lo más importante: identidad, cohesión, concentración, integración, buena comunicación…

—¿Importante para qué? ¿Para meterlos en un autobús con la tortilla y la guitarra a pasar el día de excursión en La Pedriza?

—Somos un equipo, lo demás es pulible… Es solo cuestión de técnica y táctica.

—Y velas a Santa Rita, porque Míster esto solo lo arregla un milagro…

—¡Cierra el pico! Que estás todavía bajo el influjo de Eddie Munster, ese hombre te volvió oscura, menos mal que tengo puestas todas mis esperanzas en el medio holandés de las estrellas.

—¿Esperanzas para qué?

—Para todo, él nos ha puesto la estrella, él nos traerá la luz: al equipo y a ti…

—Uf. Madre mía, estás como una cabra —bufó Patricia, cogiendo de mala gana las botellas de agua y llevándolas hasta el campo donde prácticamente se las arrebataron de las manos.

—Tanta cenita me está pasando factura… —comentó Ernesto, sudoroso y con las mejillas coloradas, tras beberse media botella del tirón.

Patricia pensó que Ernesto seguía siendo el tiarrón atractivo y misterioso de siempre, pero desde luego que confirmaba con solo mirarlo, que ya no le hacía

tilín.

—¡Hola Ernesto! ¿Qué tal? —le saludó, porque no lo había hecho antes.

Ernesto le dio sendos besos en las mejillas que la dejaron pringada de sudor y que le dieron un asco tremendo. Vamos, que ni le hacía tilín, ni tolón, ni nada de nada.

—Resistiendo que no es poco —respondió mientras Alejandra los observaba convencida de que donde hubo fuego quedaba más fuego todavía.

—Sí, como yo —repuso Patricia encogiéndose de hombros.

—Ya me ha comentado Alejandra que lo tuyo tampoco funcionó. Está la cosa del amor muy jodida…

—Pues sí —asintió Patricia, en tanto que Leo se acercaba a ella por detrás.

—Cuesta volver a levantarse, pero me temo que no queda más remedio que hacerlo —se lamentó Ernesto.

—Pues sí, tío, sí, porque o te levantas o te atropella el camión de ocho ejes. Tú decides —intervino Alejandra que tenía un cabreo tremendo.

—¡Qué bruta eres, hija mía! —exclamó Patricia entre risas.

Y justo en ese instante se sobresaltó porque escuchó cómo alguien, por detrás de ella, le pedía:

—¿Me das una botella, por favor?

Y se sobresaltó porque aparte de que no se esperaba que Leo apareciera por detrás, la miró de una forma tan intensa que, a diferencia de lo que le acababa de pasar con Ernesto, se estremeció por completo.

—Sí, claro, toma —respondió tendiéndole la única botella que le quedaba y confirmando que ese tío la ponía cardiaca perdida.

—He estado muy agobiado con el trabajo y llevaba unas cuantas semanas sin hacer demasiado ejercicio. No veas cómo se nota —comentó Leo tras dar un sorbo a la botella de una manera que a Patricia le resultó de lo más erótica.

—Sí que se nota sí… —farfulló Patricia, mientras pensaba que lo que se notaba era el tiempo que llevaba sin sexo, porque no era normal que le estuviera erotizando tanto alguien con un simple gesto.

Y suspiró, porque de momento solo podía contentarse con eso…

Capítulo 13

O no, porque al intentar volver al banquillo quiso esquivar a Leo, pero al hacerlo él se movió para el mismo lado y acabaron tropezando, cuerpo con cuerpo.

—Perdona… —susurró Leo, sonriendo.

—No pasa nada —replicó Patricia que, según ella, estaba estúpidamente encantada de estar pegada a ese chico.

—Pensaba que ibas para el otro lado…

—Está todo bien.

—Y por mi forma física no te preocupes, que me voy a poner a punto rápido…

Leo miró a Patricia con tanta intención que ella se acaloró solo de pensar en las miles de formas sucias en las que se podía poner a punto con ese tío.

—El partido es la semana que viene —farfulló Patricia, mientras hubiese jurado que acababa de sentir la erección de Leo empujando contra sus mallas de montaña.

Y es que seguían así de pegados, sin ninguna intención por parte de ninguno de los dos de separarse.

—Saldré a darlo todo, créeme —aseguró Leo en un tono de voz que a Patricia le puso peor todavía.

—Sí, claro… —musitó con unas ganas tremendas agarrarle por el cuello y darle un buen morreo ahí mismo.

Lo que no sabía ella era que Leo estaba igual, es más no solo estaba deseando pegarle el buen morreo sino que se le estaban ocurriendo infinitas maneras de continuar con la jugada.

Pero en su lugar, repuso:

—Bien, gracias por creer en mí…

Y la besó en los labios suave y fugaz, mientras el Míster gritaba desde el banquillo aplaudiendo:

—¡Vamos, vamos, vamos!

Patricia se quedó rígida, mirándole, deseando que siguiera pero sin poder mover ni un músculo de la impresión.

Leo entonces se apartó para regresar al campo con el resto de los compañeros y ella al fin pudo mascullar un:

—De nada.

Y a todo esto, el Míster seguía dando órdenes con las manos ahuecadas alrededor de la boca:

—¡Poneros en parejas!

Patricia regresó al banquillo pensando que eso era lo que le gustaría a ella, ponerse en pareja con ese tío de los pelos revueltos y revolvérselos mucho más, hasta quedarse exhaustos de tanto besarse… Besarse y todo lo demás…

Qué locura, pensó, *qué locura y qué mente calenturienta la suya que no paraba de imaginarse miles de cosas con Leo, con lo tranquilita y aburridísima que estaba ella con su previsible duelo.*

Mejor no pensarlo más, porque como comenzara a darle vueltas al asunto iba a terminar más que agobiada.

Así que se centró de nuevo en el entrenamiento, donde su padre acababa de pedir que dieran pases cortos utilizando las dos piernas.

Y en qué hora…

Porque ella no podía dejar de mirar las piernas y el cuerpazo en general de Leo y fantasear con que estaba debajo, encima y detrás de él…

—¡Qué espanto! —exclamó, poniendo cara de pánico.

El Míster la miró inquieto y, convencido de que se estaba refiriendo al equipo, le comentó ajustándose las gafas:

—Cómo sigas así, me vas a desmotivar a los chicos por completo.

—Perdona, perdona…

—Hija, somos lo que somos, y para donde estamos lo hacemos muy bien. Si

nosotros no confiamos en lo que somos capaces de lograr, no lo va a hacer nadie. ¿Entiendes? —Patricia asintió con la cabeza—. Deja entonces de hacer aspavientos calamitosos y ponte a apoyar a esta gente. Antes lo has hecho muy bien…

—¿Antes? —preguntó frunciendo el ceño.

—Con el beso…

—¿No querrás que los bese a todos?

—Solo quiero que seas feliz. Y ahora déjame un poquito tranquilo que tengo que entrenar a esta gente… —Y así el Míster gritó—: ¡A ver, ahora vamos con los remates de cabeza tras giro del cuerpo!

Las parejas de jugadores comenzaron con los remates, momento que Alejandra aprovechó para comentarle a Ernesto, como el que no quiere la cosa:

—¿Qué tal? ¿Cómo has visto a Patricia?

Ernesto pensó que estaba guapa como siempre, pero que a él quien le gustaba de verdad era ella y que no veía el día en que pudiera decírselo de una vez.

Y es que aunque Patricia era la guapa oficial del grupo, a él quien le gustaba desde siempre era Alejandra, tan pelirroja, tan *sexy*, tan descarada, con sus infinitas curvas y su locura total…

Sin embargo él se sentía tan poca cosa para ella, tan previsible, tan empleado de banca, tan de vida ordenada, tan común y tan corriente que no se atrevía a decirle que estaba enamorado de ella desde que tenían quince años y se inventó que le gustaba Patricia para hacerse el interesante.

Y es que no se le ocurrió nada mejor para que se fijara en él, que interpretar el papel de enamorado de su mejor amiga, convencido de que no había nada más irresistible que alguien del todo imposible.

Él era así de cretino, pensó.

El caso fue que la cosa funcionó tan bien, bordó de tal manera el papel, que todo el mundo se lo acabó creyendo, hasta la propia Patricia a la que pudo quitarse de encima gracias a su apellido, porque si no quién sabe hasta dónde hubiese sido capaz de llegar por mera coherencia de guión.

—La veo genial, como siempre —respondió sin ningún entusiasmo.

—Y sin pareja… —le provocó Alejandra.

—No sé yo, porque acaba de darle un pico al chico nuevo…

—¿Y te molesta? —preguntó Alejandra lanzándole la pelota con más fuerza, del mosqueo que tenía encima.

Ernesto pensó que a él lo que le molestaba era ser tan idiota de tener a la mujer de su vida enfrente y no atreverse a decirle ni mu.

Y es que a pesar de que por su vida habían pasado otras mujeres, como Lidia, su última novia, jamás había logrado sacarse a Alejandra de la cabeza. Nunca…

¿Pero cómo decírselo? Tal vez lo más fácil era empezar dejando claro que no le gustaba Patricia. Por eso respiró hondo, se armó de valor, devolvió el balón con la cabeza y luego contestó:

—No, para nada.

Alejandra que esperaba cualquier respuesta menos esa, se atrevió a preguntar lo que más temía y que evitaba a toda costa:

—¿Ya no te gusta?

Cuando Ernesto fue a responder, con un dolor de tripa que no podía con él, porque él era sereno y sensato para todo, menos para las cosas del corazón, el Míster les pidió desde la banda que practicaran los pases largos rasos utilizando ambas piernas.

Alejandra obedeció, le dio el pase largo a Ernesto y este, con un valor que no supo ni de dónde sacó, respondió al fin en cuanto tocó la bola:

—No, no me gusta…

—¿No? ¿De verdad? ¿Estás seguro o lo dices porque la has visto morrease con el otro?

Ernesto le devolvió el pase y Alejandra estaba tan nerviosa que no pudo interceptar la bola…

—¡Concentración, Alejandra! ¡Concentración! —le gritó Patricia desde el banquillo.

Estaba ella para concentrarse, pensó Alejandra, y acto seguido Ernesto le

contestó a punto de morirse de los nervios:

—Patricia es guapa y tal, pero a mí me gusta otra…

Al escuchar aquello, Alejandra sintió tal indignación que cogió el balón y lo disparó al aire al tiempo que gritaba:

—Me cago en todo lo que se *meneaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*…

Capítulo 14

Tras finalizar el entrenamiento, Patricia acompañó a Alejandra a su casa que estaba en Manuel Becerra.

Leo se había marchado con muchas prisas porque tenía algo muy urgente que hacer, no sin que antes el Míster le recordara que se pasara por casa en Nochebuena.

Y Ernesto después de la media confesión se sintió tan estúpido que huyó a toda velocidad, con la esperanza de que en los próximos cincuenta años lograse olvidar tamaño bochorno.

De camino a casa, precisamente, las chicas estuvieron hablando de esto, si bien Alejandra decidió que la que de verdad podía arrojar luz sobre lo que estaba pasando era Chas, la bichón maltés que se había encontrado un día horrible de lluvia en la calle, y de la que ya no se había separado jamás.

Y es que Chas aparte de ser lista, cariñosa, buena, divertida, amable y tierna, era adivina.

—Sí, tía, sí —le contó Alejandra a su amiga, cuando ya subían por el ascensor —. Lo de mi Chas cada día es más fuerte, al principio pensaba que acertaba de casualidad, pero es que lo clava todo… Y yo necesito saber, porque ahora lo que me faltaba es que este se haya enamorado de otra.

—Yo lo flipo con todo. No encuentro otra palabra. Todo se me escapa. Todo es caos y confusión…

Llegaron al último piso, Alejandra abrió la puerta del ascensor y le recordó a su amiga:

—Ya quisiera yo para mí tu caos y tu confusión… Así que no me robes el protagonismo que la que tiene el verdadero drama soy yo.

Alejandra abrió la puerta de su casa y se le echó encima Chas, haciéndole su repertorio de fiestas, ella le correspondió cariñosa y luego la cogió en brazos,

diciéndole:

—Amiga, te necesito más que nunca…

Luego se fue hasta la cocina, abrió el frigorífico, le pidió a Patricia que sacara dos cervezas y se sentaron en el salón, en sendos sillones Poäng de color rosa, frente a un ventanal que daba a la plaza.

Alejandra, con Chas, en su regazo, a la que no paraba de acariciar, cogió la lata de cerveza que le tendía su amiga y habló ansiosa:

—Necesito saber quién es la tía de la que está enamorado este.

—Yo es que cuando te he escuchado gritar de esa forma, pensaba que te habías desgarrado un músculo…

—Y tanto, este cabronazo me ha desgarrado el corazón entero. ¿Tú ves normal soltarme así que le gusta otra?

Patricia suspiró y, tras encogerse de hombros, respondió:

—Yo es que no entiendo nada…

—Espera que mi Chas sí —aseguró Alejandra, acariciando la frente de la perrilla y después preguntándole—: Chas, ¿verdad que Ernesto es un mamarracho sin escrúpulos?

Chas se quedó como estaba, es que ni se movió, y Patricia no pudo evitar echarse a reír:

—Jajajajajajaja. ¡Me parece que no está muy de acuerdo!

—Puede que la palabra mamarracho no la pille del todo… Voy a reformular la pregunta: Chas, bonita, ¿verdad que Ernesto es un cacho cabrón de mierda con mayúsculas y subrayado en fosforito?

Chas nuevamente no solo se quedó como si nada sino que además bostezó:

—Me parece que la estás aburriendo, jajajajajajajaja —interpretó Patricia.

—Debe ser que se acaba de despertar, aparte de que esta perra es muy educada y muy buena y no le gusta hablar mal de nadie. Además, ella se lleva muy bien con el petardo de Ernesto, así que me saltaré esta parte e iré directa al grano… Bonita —dijo dirigiéndose a la perra otra vez—, ¿a Ernesto le gusta alguien de su entorno?

Y esta vez sí, Chas, ladró alto y claro…

—¡Ay madre! —exclamó Patricia, tras dar un sorbo a su cerveza de la impresión.

—Si es que es más lista —comentó Alejandra con orgullo, tras besar a su perrilla—. Y ahora dime: ¿la conozco?

Chas ladró de nuevo y Alejandra bufó desesperada mirando a su amiga:

—A mí no me mires que yo no soy…

—Ya, ya… Es que me estoy poniendo malísima, porque me da que ya sé quién es…

—¿Quién?

—Matilde, su compañera del banco. Debe tener como quince años más que él, tiene cara de rana y te juro que no respiro por la herida, la tía es fea como ella sola y viste con ropa que mi abuela no se pondría ni bajo amenazas ni coacciones.

—¿Tú crees? Yo no lo veo —dijo Patricia negando con la cabeza.

—Yo sí, últimamente a la muy listilla no paran de rompérsele cosas: el portátil, la lavadora, la persiana, el pomo de la puerta… ¿Y a quién acude para que se lo repare? A su compañero de trabajo, joven y lozano, que ha acabado seduciendo a saber con qué clase de artes y de habilidades secretas…

—¿Croquetas? ¿Cocidos? ¿Asados de chuparse los dedos?

—La que debe chuparlo todo pero bien es ella, ¿no ves que es una batracia? Me lo ha vuelto loco…

Patricia no lo pudo evitar y solo pudo replicar:

—Jajajajajajajajajajajaja.

—Tú ríete, pero la Matilde esta me ha levantado a mi gran amor… Voy a preguntarle a mi Chas… Bonita, ¿el impresentable de Ernesto está liado con la rana Matilde?

La respuesta de Chas fue revolverse en el regazo de Alejandra, saltar al suelo y marcharse por el pasillo en dirección al dormitorio.

—Lo suyo tal vez sea solo platónico —concluyó Patricia risueña.

Alejandra dio un sorbo a su cerveza y habló ofuscada:

—No, no es eso. Mi Chas es muy respetuosa y muy tierna y no le gusta que utilice un lenguaje ofensivo e hiriente, tenía que haberle preguntado por Matilde a secas. Pero me da a mí en la nariz que sí, que este se está tirando a la Miss Batracio.

—Me parece que te estás precipitando…

—Pues si no se la está tirando, poco le queda… ¡Mira que he sido imbécil! Mientras yo perdía el tiempo con las cenitas y los cines, la otra ha ido ganando terreno con las averías y los desperfectos.

—Lo encuentro todo tan raro…

—Pues bien clarito que me lo ha dicho, tía. Le gusta otra… —murmuró enojadísima.

—¿Y por qué sale contigo?

—Yo qué sé, le daré pena… Soy como la clásica amiga pánfila que sacas a pasear para que se entretenga un poco.

Patricia apuró su cerveza y reflexionó:

—De verdad que no lo veo para nada… Si tú eres la loca del grupo, por favor…

—Era, que desde que este se quedó libre me ha entrado tal delirio de amor que ya te digo que lo más loco que hago es pelar judías verdes.

—Tienes que hablar con él y que te cuente…

—¿El qué? ¿Cómo se la come a dos carrillos mientras le coloca las presillas de las cortinas del baño? No, gracias, todavía me queda algo de dignidad —aseguró batiendo las manos.

—Estoy convencida de que es un malentendido…

—Te digo yo que esa Matilde me ha metido cinco goles por toda la escuadra. Pero bueno, nunca doy un partido por perdido. Por cierto, hablando de partido: lo tuyo con el del tren va de puta madre… Que os he visto dándoos un pico…

—Sí, acababa de darme las gracias por creer en él.

—Desde luego, es que está como para creer en Dios y en todos los santos.

—Como venga en Nochebuena a casa, no sé qué voy a hacer de verdad…
—¿Pues qué vas a hacer, hija? Dale a la zambomba, dale al almirez…
Patricia soltó una carcajada, se abanicó con la mano y farfulló:
—Calla, por favor, calla…

Capítulo 15

Eran las once y veinte de la noche, del 24 de diciembre, y Leo todavía no había llegado a casa de la familia de Bruselas, que acababa de terminar con el asado.

Patricia a pesar de no saber qué hacer con Leo, a pesar de ponerle de los nervios la sola idea de que los visitara, se había pasado la tarde probándose modelitos por si venía, y había optado por un vestido entallado de manga francesa con lentejuelas de color plata que nunca había encontrado ocasión para lucirlo con Carlos.

Vestido con el que por cierto cada vez se sentía más ridícula y más triste, porque era la única de la familia que había apostado por los brillos y porque a medida que pasaban los minutos y la posibilidad de que Leo apareciera se reducía por momentos, se percataba de que ese chico tal vez le importaba más de lo que creía.

Pero obviamente Patricia no era la única que se había dado cuenta de la ausencia de Leo… Es más hasta se atrevían a opinar:

—Me parece que ya no viene el nuevo novio que te has echado y es lo mejor que te puede pasar —le dijo su hermana en la cocina, tras dejar una pila de platos sucios junto al fregadero.

Ambas se habían levantado para llevar los platos del asado a la cocina y meterlos en el lavavajillas, justo antes de llevar el postre.

De los de los entrantes y el primer plato se habían encargado sus hermanos, y ahora les tocaba a ellas…

Momento que aprovechó Ángela, la hermana de Patricia, para hablar a solas con ella y prevenirle para que no siguiera pifiándola:

—No es mi novio —negó Patricia, mientras tiraba los desperdicios de los platos en el cubo de la basura.

—Eso espero, porque si le conociste hace tres días… Me dirás…

—Te digo: no somos nada.

—Nada tampoco, que por algo te has puesto el disfraz de sardina golfilla y descarriada.

—Lo prefiero al tuyo de madrastrona repelente y bocazas —repuso Patricia en alusión al aburrido vestido negro a la rodilla que llevaba su hermana.

—Paso de todo, me he puesto lo primero que he visto en el armario… —reconoció Ángela al tiempo que iba guardando en el lavavajillas los platos que su hermana iba dejando limpios de sobras junto al fregadero.

—Pues yo no me pongo eso ni borracha…

—Te daba yo a ti mi vida, ya verías como no te quedaba ni tiempo para pensar en trapitos.

—Pues cuando quieras te adopto a mis cuatro sobrinos y te demuestro que se puede ser una mamá *sexy*, glamurosa y con encanto…

—Jojojojo. No durabas con ellos ni media hora… Por favor, no me hagas reír. Si apenas puedes responsabilizarte de tu propia vida, ¡estás tú como para cargar con cuatro críos!

—Pues a lo mejor se me daba mejor que a ti…

—Tú sueña, chata, que es gratis. Y en cuanto al chico del tren, por favor espabila, que las prisas son muy malas consejeras.

Ángela tenía seis años más que Patricia, se parecían mucho físicamente, pero de temperamento no tenían nada que ver. Ángela tenía una personalidad mucho más fuerte y marcada, con grandes dotes mando, liderazgo y organización, era recta, estricta, severa, serena, franca, determinada y le apasionaban los retos, no en vano era una orgullosa mamá amargada de cuatro hijos y la fundadora feliz de una exitosa empresa de teleasistencia.

Además, tenía la suerte de haber conocido al padre de sus hijos cuando apenas tenía quince años, lo que según ella le daba el derecho a opinar sobre el amor como si ella misma lo hubiera inventado.

—Yo no tengo prisa ninguna, solo me tomo las cosas como vienen…

—Los atajos no funcionan en ningún ámbito de la vida. Sé que quieres pasar página y dejar atrás el dolor, pero debes hacerlo sola y no enganchándote a la desesperada del primer tío que pasa por tu puerta.

Qué fácil era hablar cuando se tenía pareja desde 1567, pensó Patricia, pero en vez de eso dijo:

—Perdona, yo no he buscado nada. Ha surgido así, se sentó a mi lado en el tren y yo solo quería dormir, pero a lo tonto empezamos a hablar y a hablar…

—Me ha contado mamá, le diste mal el teléfono y el chico te encontró… Qué desastre, Patri —se lamentó poniendo una mueca de decepción absoluta.

—¿Desastre por qué? —inquirió Patricia, molesta, porque que lo dijera ella misma tenía un pase, pero que lo soltara la doña Perfecta Maravillas de su hermana, le sentaba fatal.

—Chica, usa la cabeza, ¿adónde vas con él cuando todavía tienes las heridas del otro sin cerrar?

Patricia pensó que por lo pronto a darse un revolcón antológico, pero claro una señora que se casa con su primer y único amor, era imposible que entendiera que las que no eran tan afortunadas, tenían que entretenerse con algo hasta que apareciera don Perfecto Maravillas o sucedáneos.

—Te has perdido unos cuantos capítulos de la temporada: yo ya no sangro por Carlos. Y no voy a ninguna parte, simplemente dejo que las cosas fluyan.

—Te equivocas, las estás precipitando al meterle en el equipo, al invitarle a casa y todo lo demás.

—El que ha hecho todo eso es el Míster, no yo…

—Sí, porque sabe que es tu deseo, pero no Patri, no. Vas mal… Te estás equivocando, ese no es el camino. El amor se cuece a fuego lento, despacito, poco a poco, hay que conocerse bien antes de dar ningún paso en falso, que si no luego vienen las sorpresas y los llantos…

Patricia miró a su hermana echando chispas por los ojos, de pura rabia y frustración, y soltó:

—Los cuernos le pueden salir a cualquiera…

—Sí, bueno, pero hay que ir con cuidado por la vida, que te veo muy despendolada y mi deber es abrirte los ojos. Agradécemelo…

—Uf.

—No bufes porque ojalá mamá me los hubiese abierto a mí con lo de la maternidad. Ella lo vende como algo idílico, enriquecedor, apasionante, lo que le da sentido a todo… Y ya te digo yo que no, que es una auténtica filfa. Te desdibujas, te pierdes, te agotas, te amargas, te desesperas… Y jamás me lo dijo. De hecho, hasta le molesta que me queje, cuando me paso el día de aquí para allá hecha una cabrona, y encima tengo que sacar adelante una empresa. Es más, me dice que qué esperaba… Coño ¿no decía que era lo mejor que le había pasado en la vida? Supongo que lo aguantó de buena gana porque la educaron en la renuncia, en la resignación, en el calla, traga y sonríe… Pero eso conmigo no va, y ni trago ni sonrío, porque no me da la gana. ¡Estoy harta, agotada y hasta los ovarios de todo!

—Creo que deberías dejar los polivitamínicos y pasarte al hachís sintético —bromeó Patricia, pasándole los últimos platos.

—Lo que reivindico es mi derecho al pataleo y a gritar a los cuatro vientos que sacar cuatro hijos adelante es agotador y muchas veces frustrante. No imaginas la de veces que me pregunto ¿y todo esto para qué? Esto de bonito no tiene una mierda…

—También tienes tus momentos buenos…

—Sí, pero son solo eso momentos… Y tú no seas imbécil y quédate una buena temporada sola. ¿Para qué quieres un tío ahora, con lo que roncan y ensucian?

Patricia prefirió no responder nada, porque su hermana había entrado en un bucle del que era imposible salir. Se limitó a sacar de la nevera el pastel de Navidad que había hecho su padre y coger los platos de postre de la encimera.

—Puaj. Y ahora pastel… Qué asco de fiestas… Tanta comida… ¿Para qué? —refunfuñó Ángela, con cara de asco.

—A lo mejor se trata no de preguntarse tanto los para qué, sino de vivir y de disfrutar el momento.

—¿Disfrutar de qué? ¡De las calorías que me va a costar tres meses de *fitness* extremo quitarme?

Entonces sucedió que Patricia, la chica que se suponía que estaba marchita y desganada, se sorprendió a sí misma replicando:

—Disfrutar de estar vivo y esas cosas…

Y como si el destino le estuviera premiando por la respuesta, de repente sonó el timbre del telefonillo.

—¿Están llamando al portal? —preguntó extrañada Ángela y a Patricia le faltó tiempo para salir disparada a abrir.

Capítulo 16

Leo apareció en la puerta de la casa, aterido de frío, con un abrigo negro con las solapas subidas y dos botellas de champán en una bolsa.

—Siento no haber podido llegar antes —explicó—, me fui del hospital en cuanto mi amigo se quedó dormido y feliz. Le hemos pasado polvorones de extranjis, le hemos susurrado villancicos, hemos brindado a escondidas con champán, y a eso de las diez y pico se nos ha quedado frito con una sonrisa de felicidad que daba gusto verla. Luego me he venido para acá, pero no había manera de encontrar aparcamiento. He dejado el coche en El Carmen y desde allí vengo andando... Creo que me han salido sabañones en los pies. Y que conste que no lo digo para ponerme ninguna medalla, total, solo hace -4ºC. Por cierto, estás guapísima…

—Y tú… —musitó Patricia con una sonrisa enorme—. Pensaba que ya no venías…

—Te he puesto unos cuantos wasaps diciéndote que venía, pero no los has leído…

—Es culpa del Míster que nos obliga a apagar los móviles en la cena de Nochebuena. Pero vamos, entra en casa —le pidió Patricia haciendo un gesto con la mano.

Leo entró, le dio un beso rápido en la mejilla, cerró la puerta tras él, se quitó el abrigo y, cuando lo colgaba en un perchero que había en la entrada, apareció Paula, la hija segunda de Ángela, que tenía siete años y una cara de pilla que no podía con ella:

—¡Hola! ¿Eres el precipitado?

—¿Cómo dices? —replicó muerto de risa.

—El novio que dice mamá que a la tía Patricia no le conviene porque lleva muchas prisas…

—Ah, pues sí. Ese soy yo —dijo Leo, tendiéndole la mano a la niña.

—¿Y por casualidad no será contagioso? —preguntó Paula estrechándole la mano—. Es que mi madre me dice que me duermo en los *lereles*, que soy muy lenta y que por eso he sacado unas notas muy raspadas.

—Es en los laureles, pero tú no te preocupes que ya las sacaras mejores… —le aseguró Patricia y de pronto se le ocurrió algo—: Espera que te voy a pasar las pastillas que Leo toma para precipitarse, un momento…

—¿De verdad? —preguntó Paula a su tía, con los ojos chispeantes de emoción.

—Sí, pero tiene que ser un secreto.

Patricia buscó en el bolsillo de su abrigo un bote de pastillas de caramelo que se había comprado en Natura con el lema: *Suerte en pastillas* y se lo dio a su sobrina.

—Suerte en pastillas —susurró alucinada.

—Tienes que tomarte una al día y ya verás como tus notas empiezan a subir como la espuma. A tu madre dile que son caramelos… Pero la verdad es que son pastillas mágicas que hacen que consigas lo que quieres.

—Ah, o sea que Leo quería precipitarse contigo, ese era su gran deseo —dedujo la niña.

Leo asintió con la cabeza y reconoció:

—Sí, no hay cosa que deseara más.

—Espero que funcione conmigo —habló Paula, sin dejar de mirar al bote alucinada.

—Claro que lo hará, tú estate atenta en clase, presta mucha atención y ya verás como todo cambia —le aseguró Patricia.

—¿Y tú por qué las tenías en tu abrigo? ¿También las tomas? —preguntó Paula con curiosidad.

—Sí, claro.

—¿Y cuál es tu gran deseo? ¿Él? —inquirió con media sonrisilla.

Patricia se mordió los labios y respondió:

—Ser feliz.

—Con él, ¿no? —replicó la niña, aferrada al bote de pastillas mágicas.

—Con él, contigo, con todos…

—¿Y tienes más botes aparte de este? ¿O ya no necesitas tomar más? Como Leo ha venido a casa, se ha cumplido tu deseo. Ya eres feliz, con él y con todos. ¿A que sí?

Patricia suspiró y no pudo replicar nada, porque en ese instante apareció su madre en la entrada:

—Vengo a ver qué pasa, que tu padre está a punto de hacer el brindis… —Y al percatarse de que Leo estaba allí, exclamó—: Oh, ¡no me digas que este chico tan guapo es el chico del tren!

—El precipitado… —apuntó Paula, divertida.

—El príncipe, Paulita, se dice príncipe… Oy qué buen mozo eres, majo. ¡Si pareces un artista de Hollywood!

—Ya sé que se dice príncipe —protestó la niña, mientras la madre y Leo se saludaban con dos besos—, he sacado malas notas pero no soy tonta. Mi madre le llama el precipitado porque va con muchas prisas…

—Es que lo suyo es ir deprisa, por eso viaja en alta velocidad y se dedica a hacer satélites pequeñitos para mandarlos a toda velocidad a las estrellas —comentó la madre.

Patricia se llevó la mano a la cara de la vergüenza que le estaba dando la familia tan chismosa que tenía.

—Cómo mola —habló Paula mirando a Leo como si fuera alguien de otra galaxia—. ¿Tienes algún satélite en el bolsillo para verlo?

—No, aquí no, los tengo en mi trabajo, cuando quieras puedes venir.

—Ay, sí, *por fa, por fa*…

—Que te lleve tu tía —intervino la madre—. Ay, Patri, ¿ves cómo lo que te decía era cierto? Si es que no hay mal que mil años dure, si es que cuando menos te lo esperas salta la liebre, si es que no hay quinto malo…

—Sí, mamá, sí —bufó Patricia, abochornada, porque ya solo le faltaba que se

pusiera a hablar de sus cuatro novios anteriores.

—Ha cumplido su sueño y yo lo voy a hacer muy pronto —aseguró la niña agitando el bote de pastillas.

—¿Qué es eso que llevas ahí? ¿Te lo ha traído Papá Noel? —preguntó la abuela a Paula.

Patricia se llevó el dedo índice a los labios discretamente para recordarle a su sobrina que lo de las pastillas mágicas era un secreto, Paula asintió con la cabeza y explicó:

—Me lo ha regalado Paula, son unos caramelos para *muggles*, o sea para gente que no cree en la magia. Porque no son nada mágicos, o sea son normales, muy normales, y no hacen nada. No tienen efectos, te los comes y te dejan igual. No te pasa nada con ellos… ¿Lo pillas, abuela?

—Pero pone algo en el frasco…

—Pone pastillas de la suerte para despistar. Pero realmente no dan nada —repuso la niña, con total convicción.

—Sí, solo caries. En fin… Vamos al salón porque al que le va a dar a algo va a ser a tu abuelo que está esperándonos para el brindis…

—He traído champán —comentó Leo, levantando la bolsa donde llevaba las botellas.

—Qué amable. Qué detalle, hijo. Muchísimas gracias, dámelo por favor que lo voy a llevar a la cocina. Por cierto ¿has cenado?

—He comido polvorones en el hospital —respondió mientras le pasaba la bolsa con el champán.

—Brinda con nosotros y ahora cenas tranquilamente con Patricia. Nos vamos a la misa del Gallo, pero tú quédate aquí con ella que a ver si te vas a desmayar, que sin cenar no se puede estar. Pasad al salón, por favor, que ya voy yo…

Cuando iban de camino al salón, Paula le dijo a su tía en voz baja:

—He mentido para proteger el secreto, no porque sea una mentirosa.

—Lo sé tranquila, todo está bien.

Y tras decir esto, entraron al salón donde Paula anunció a voz en grito:

—¡El príncipe precipitado ya está aquí!

Ángela fulminó a su hija con la mirada, mientras los demás se partieron de risa. Luego, el Míster le dio al recién llegado una calurosa bienvenida, con abrazo incluido y le presentó a la familia que le recibió de forma muy cariñosa.

Todos menos Ángela, aunque bueno ella no era que destacara nunca por su simpatía, pero con todo le cuchicheó a su hermana al oído:

—Ahora ya sé por qué te han entrado a ti tantas ganas de disfrutar de los vivos, reconozco que el tío está buenísimo…

Patricia se mordió los labios para no echarse a reír y entonces el Míster alzó su copa y habló:

—Brindo porque la luz del amor nos guíe siempre…

Brindis que hizo que Patricia y Leo se miraran con tal intensidad que a Ángela no le quedo otra que mascullar, tras de beberse el champán de un trago:

—Que Dios reparta suerte…

Capítulo 17

Después de que todos se marcharan a la misa del Gallo y, mientras pelaban langostinos a solas, Patricia se excusó:

—Perdona por todo, así es mi familia, no saben estar callados.

—Ni tú tampoco —bromeó Leo.

—No creas, yo un poco más. Pero aquí las noticias corren como la pólvora…

—Es normal, no te preocupes —dijo Leo tras limpiarse las manos y encender las velas rojas que se habían apagado—. Por cierto, ¿eres adicta a los langostinos o es que me has esperado para cenar?

—Las dos cosas. Los langostinos son de Sanlúcar, me encantan, podría pasarme la vida entera solo comiendo esto —confesó entre risas.

—Y yo —replicó Leo, refiriéndose a ella.

Porque desde luego que se podía pasar la vida entera alimentándose de los besos de esa chica, si bien no se lo dijo.

—Me alegro de que te gusten. Pero aparte de ser adicta es que apenas he cenado con la incertidumbre de si ibas a venir o no… —habló Patricia, al tiempo que pensaba que el ambiente no podía resultar más romántico, con las velitas y Michael Bublé de fondo, que por arte de magia empezó a sonar.

—¿Y esto? —preguntó Leo, gratamente sorprendido.

—No sé, quizá lo tenía programado mi padre. ¡Qué pasada! Yo lo adoro, pero a lo mejor a ti te carga… Carlos lo odiaba y las velas más…

—Estoy en la gloria, tía. Y que sepas que solo me habría impedido venir una causa de fuerza mayor —afirmó Leo muy serio—: una intoxicación con los polvorones, que me hubiesen tenido que amputar un par de dedos por el frío, cosas así…

—Lo tuyo desde luego que es admirable. ¡Qué valor tienes!

—¿Valor por qué? —replicó tras zamparse otro langostino—. ¿Por aceptar a

venir a cenar de gorra langostinos de Sanlúcar, con musiquita de Bublé, velitas y una familia de cuento?

—Y tanto que de cuento, para empezar tenemos a la bruja de mi hermana…

—Y para terminar a la princesa de los langostinos… O sea tú. La tradición dice que solo podrá rescatarte de la torre el príncipe que pueda comer más langostinos que tú. Pero tranquila que estás en buenas manos. Yo de esta te libero…

—Celebro que lo lleves con tan buen humor, pero lo pongas como lo pongas es una situación estresante presentarse a cenar en Nochebuena en casa de unos casi desconocidos —insistió Patricia, encogiéndose de hombros.

—Para mí es un auténtico placer estar aquí y no sabes cuánto os agradezco la invitación, así que cena tranquila. Sin culpa, sin agobios, sin faja…

—Ojalá pudiera, pero tranquila del todo no estoy, a pesar de que por fin estés aquí o precisamente por eso. No sé, me pone nerviosa estar pelando langostinos contigo, es una situación extraña, no me digas, por no hablar de que apenas falta media hora para que mi madre suba otra vez. Es que siempre hacen el mismo ritual, se bajan a misa y ella se sube antes para poner los regalos de Papá Noel en el árbol.

—¡Qué emocionante! —exclamó Leo.

—¿El qué?

Leo estuvo a punto de responder que estar con ella otra vez, si bien en su lugar respondió:

—¡Todo!

—¡Qué suerte que lo vivas así! A mí me agobia un poco todo esto y encima la brasa que me ha dado mi hermana, por eso te decía lo de la bruja…

—¿Brasa con qué?

Patricia chupó la cabeza de un langostino y lo de hizo de una forma tan *sexy* que Leo se puso malísimo…

—Contigo, con la situación, ella piensa que es mejor que pase un tiempo sola y demás.

—Ya, por eso me ha bautizado como el precipitado...

—En el fondo me da lo mismo lo que opine —confesó devorando los langostinos.

—Pero ¿piensas como ella? ¿Crees que es mejor pasar un tiempo sola?

—No tengo ni idea de qué es lo mejor. Reconozco que me daba vértigo que vinieras hoy a casa, sin embargo cuando ya eran más de las once y no habías llegado me he puesto triste.

—¡Qué bien! A ver, entiéndeme, que no es que me alegre de que te pongas triste…

—Te entiendo, y sí reconozco que te estaba echando mucho de menos. Además, mira, esta noche no tenía pensado ponerme nada especial, pero gracias a ti me he disfrazado de sardina golfilla y descarriada, así lo ha definido mi hermana.

—Y de chocolate…

—¿Cómo dices?

—Que a la definición de tu hermana le falta añadir de chocolate… ¿Te acuerdas unas sardinas que vendían de chocolate? *Mmmm*, más buenas…

—Ah, o sea que me quieres decir que estoy buena…

—Mucho.

—Jajajajajajaja. Gracias, tú también lo estás, te sienta genial el traje.

—Es que es mi traje de la suerte.

—¡Me encanta!

—Tú sí que me encantas —habló Leo con una sonrisa enorme y Patricia estuvo a punto de atragantarse.

—Ay madre —murmuró tras beber un poco de agua.

—¿Estás bien?

—Sí, es que no estoy acostumbrada a que me digan estas cosas… Carlos era tan parco —reconoció limpiándose los labios.

—Perdona, no tenía que haber dicho nada.

—No hay nada que perdonar. Soy yo, que soy como una especie de viuda que

no para de invocar al muerto. Seguro que él no se acuerda ni la mitad de mí… En fin, y después de arruinar este momento, me voy a por la sopa de almendras: la especialidad de mi madre… —Se limpió las manos con una servilleta húmeda que había en una caja y que también le ofreció a Leo y luego le indicó—: Tienes jamón y queso en esos platos, coge lo que quieras, por favor…

Patricia se levantó de la mesa sintiéndose una idiota integral y Leo se fue detrás de ella, hasta que la alcanzó en la cocina:

—No has arruinado nada —le susurró frente a ella.

—Eres demasiado amable —repuso con los ojos llenos de lágrimas—. A nadie le gusta que se hable de un tercero…

—Y más cuando sabes que es Eddie Munster crecidito. Pero tú necesitas hacerlo.

—Sí, no sé por qué —confesó mordiéndose los labios.

—Da lo mismo, di lo que te apetezca mientras no sea: llévame con él. O sí, si me lo pidieras te llevaría y luego me iría a Jijona a llorarte aferrado a ocho toneladas de turrón del duro.

—Jajajajajajaja. Tranquilo que jamás te pediría que me llevases con él.

—En serio, está todo bien…

Y Leo lo aseguró de tal forma, con una voz grave y *sexy*, con sus ojos café claro chispeantes, y una sonrisa tan dulce que Patricia solo pudo replicar:

—Puede estar todo mucho mejor, si me besas…

—Si es lo que deseas…

Leo la besó suave en los labios y ella los entreabrió, él la agarró por el cuello y se fundieron en un beso perfecto que los dejó con ganas de todo.

—¡Qué locura! —susurró Patricia con los labios pegados a los de él.

—Pues sí… —murmuró Leo, recorriendo la espalda de la chica con las manos.

Patricia le volvió a besar en la boca, se la mordió, él respondió besándola en el cuello y ella tras lanzar un gemido, que a Leo le puso cardiaco, le pidió lo que más deseaba:

—Vámonos a mi cuarto…

Capítulo 18

Patricia llevó de la mano a Leo hasta su habitación, donde volvieron a besarse con una ansiedad que los empujó hasta la cama.

Leo cayó encima de Patricia y, sin dejar de besarse, le confesó:

—No he sido nunca de Papá Noel, en mi casa celebramos Sinterklaas, san Nicolás, el 5 de diciembre y los Reyes Magos el día 6 de enero. No obstante, desde hoy te digo que voy a empezar a creer en él, porque este regalo no me lo esperaba yo en la vida…

Patricia le quitó la chaqueta del traje y luego coló las manos por debajo de la camisa sin poder parar de reír:

—Menudo regalo, tío, jajajajajajajaja. Si estoy que no estoy, pero estoy… Vamos que estoy fatal, jajajajajajaja.

—Se te han subido los langostinos a la cabeza…

—Sí, porque lo que es el champán ni lo he probado. Me he quedado helada con el brindis de mi padre —confesó tras besarle en el cuello.

—A mí me ha gustado lo de la luz del amor —replicó Leo, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Qué cursi por favor. Y tú qué pedazo de espalda tienes… —masculló recorriendo las manos por la espalda hasta terminar en el culo—, por no hablar de este culazo… —comentó apretándolo y al hacerlo la tremenda erección que llevaba por la refriega se le clavó a Patricia en el pubis—. Madre mía, cómo estás…

—Hablando de madres, ¿cuánto crees que le quedará a la tuya para que vuelva?

—Un ratito: tranquilo que llamará antes. Ella es muy prudente...

—Genial, porque yo sí que estoy fatal, muy mal, es que las lentejas me ponen durísimo —dijo bajando a besos desde la oreja de Patricia hasta el escote que

apartó de un tirón, hasta dejar fuera un pezón que se metió en la boca.

—¿Lentejas? —replicó Patricia, muerta de risa—. Querrás decir lentejuelas. Menos mal que acerté y descarté el vestido de plumas…

Leo se apartó un instante de su pecho, para soplarlo suave y susurrar:

—Las plumas me ponen igual…

Leo volvió al pezón y Patricia se estremeció de placer con los mordisquitos, gimiendo derretida, como si fuera la primera vez que le hacían aquello.

Luego, lanzó los tacones al aire, Leo descendió hasta colocarse entre sus piernas, le subió el vestido y le bajó las braguitas de las que Patricia terminó desprendiéndose de un puntapié.

Después, se quedaron mirándose por unos instantes en tanto que Leo le acariciaba despacio los muslos…

—No me mires así —le pidió Patricia, con el corazón a mil.

—No puedo mirarte de otra forma —repuso Leo que empezó a besarla en la cara interna de los muslos hasta terminar el pubis.

Patricia jadeó al sentir la lengua de ese tío que sabía perfectamente lo que tenía que hacer entre sus piernas.

Y cómo no se acordó de Carlos y no porque estuviese comparando la técnica de ambos, porque el cocinero rara vez se entretenía en darle placer en esa zona, sino porque se alegró de haberse librado de él y poder estar disfrutando de todo lo que Leo le estaba dando.

Y es que ese chico se estaba empeñando tanto, sabía tan bien dónde lamer, dónde demorarse, dónde acariciar y cómo chupar, que tuvo que enterrar la cabeza en la almohada para evitar gritar como una loca.

Porque el arte de ese tío con la lengua era tal bendición que aquello era como para perder la cabeza…

Y así estuvo, hasta que la penetró con los dos dedos y luego le estimuló el clítoris con la punta de la lengua con tal habilidad que le arrancó un orgasmo que la hizo llorar, y luego reír, y después llorar y luego reír otra vez.

—Ay Dios mío, estoy desbordada, este pedazo de orgasmo me lo está sacando

todo…

Leo se acostó otra vez a su lado, riendo también, la besó en la boca despacio y susurró:

—Y te voy a sacar más, hasta lo que no sabes que tienes…

Patricia respondió deslizando la mano hasta la erección de Leo que acarició y apretó a través de la tela del pantalón hasta hacerle gemir.

Acto seguido, le desabrocho el pantalón y descendió hasta la entrepierna donde se perdió de la misma forma que él lo había hecho antes.

Patricia acarició, lamió y chupó, mientras Leo tiraba suave del cabello largo que se deslizaba entre sus dedos.

Y así estuvieron hasta que él no pudo más y terminó corriéndose sobre los muslos de Patricia, que cayó exhausta y feliz a su lado…

—¡Feliz Navidad, Leo!

Leo con los ojos cerrados y todavía con la respiración entrecortada, medio jadeó:

—¡Felicísima Navidad, Patricia!

—*Siiiií,* qué narices, *siiiiií*. *Feliciiiiiiiiiii*…

Y se tuvo que quedar ahí, porque sonó el timbre del portal con una irritante persistencia.

—¿Tu madre? —preguntó Leo sobresaltado.

—Me temo que sí —contestó cogiendo un clínex que tenía en la mesilla y limpiándose a toda prisa—. Me voy al cuarto de baño de mis padres a lavarme rápido, tú pasa al de enfrente, luego siéntate en la mesa y yo abro como si lleváramos todo este tiempo comiendo… Ejem… Jajajajajajajajaja.

Patricia voló hasta el cuarto de baño, se lavó la cara y las manos, se secó de un toallazo y corrió hasta el telefonillo:

—¡Hola! ¿Quién es?

—Soy una muñeca de nieve. ¡Abre, por Dios!

Patricia abrió y, en tanto que su madre subía por el ascensor, se pintó los labios con la barra de la Barbie de su sobrina, en un tono rosa chicle. Después se

colocó bien el vestido que se le había ido para un lado, se planchó como pudo el pelo con las manos y abrió la puerta con una sonrisa enorme:

—¿Qué tal, qué tal? —preguntó en un tono cantarín.

La madre la miró de arriba abajo y comentó:

—No tan bien como tú, de repente se te ha puesto un rollo como ochentero, con esos labios y esos pelos, que te queda muy bien.

—No sé, llevo así toda la noche…

—Sí, hija, sí —replicó poniendo una mueca de: no-me-creo-nada—. Ahora aparta que llevo unas prisas tremendas, la misa está a punto de acabar y tengo que poner un montón de regalos bajo el árbol.

—Espera que te ayudo…

La madre entró en el salón y se encontró a Leo con un trozo de jamón en la mano:

—Pero muchacho, ¿aún vas por el jamón?

—Es que está afligido, mamá, por eso come despacito y porque yo le he animado que si no… —explicó sin mirar a Leo para evitar partirse de risa.

—¿Afligido por qué? —soltó la madre porque ese muchacho tenía un brillo en la mirada y una alegría en el cuerpo en el que era difícil que cupiera un atisbo siquiera de aflicción.

—Por el horror el mundo, además viene del hospital, su familia está en Ámsterdam… Todo se le hace bola…

—Ya. La vida, hijo, es lo que tiene. Solo nos queda querernos mucho, ayudar a los demás y rezar… Pero por favor, cena, que las penas con pan son menos. Tráele mi sopa de almendras —le pidió a su hija— que ya verás cómo le hace venirse arriba…

—Jajajajajajajaja. —Patricia no puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Estás achispada o contenta? —preguntó la madre, curiosa.

—Es el espíritu navideño que se me ha metido muy adentro…

Y Leo estuvo a punto de escupir el vino que estaba bebiéndose, porque eso era precisamente lo que él quería: meterse muy adentro.

—Ya era hora hija, y venga vete a por la sopa que necesito que me ayudes con los regalos.

—Yo también le ayudo… —se ofreció Leo.

—Mejor termina de cenar, majo, que se te va a hacer muy tarde.

Patricia voló a la cocina, calentó la sopa, se la llevó a Leo, que la agarró por la cintura, le dio un besazo en los labios y susurró:

—Como la sopa me ponga más para arriba, voy a reventar los pantalones.

Patricia se echó a reír y se marchó feliz al dormitorio de sus padres, a buscar los regalos de Papá Noel para ponerlos bajo el árbol…

Capítulo 19

Después de que todos subieran de la misa y de que Leo se cenara hasta el asado, del hambre que le había entrado con el fragor del encuentro en la habitación, se entregaron los regalos de Navidad.

Primero abrieron los niños los juguetes y los videojuegos, y luego los mayores los libros, los discos, las corbatas y las bufandas, Leo incluido que para su sorpresa también tenía su regalo bajo el árbol:

—Aquí pone Leo —dijo Mateo, el hijo pequeño de Iván, el hermano mayor. Un niño de seis que era idéntico a su padre…

—¿Estás seguro? —preguntó Leo con el ceño fruncido—. No creo que a Papá Noel le haya dado tiempo a enterarse de que venía. Además, para mí estar aquí ya es un regalo enorme.

—Papá Noel lo sabe todo. Y aquí claramente pone L-E-O, Leo, con una letra que se parece muchísimo a la de abuela. Qué curioso, abuela —reflexionó el niño en voz alta—, Papá Noel tuvo que estudiar en una escuela muy parecida a la tuya porque escribís igual…

—Pues seguro, no ves que soy muy vieja… Anda, ¡pásale el paquete a Leo de una vez!

Leo abrió agradecido el regalo envuelto en un papel dorado con lazo rojo y se encontró con que era una bufanda negra repleta de letras P en blanco…

—¡Papá Noel se ha equivocado! Esta bufanda es del tío Pepe, lo pone bien claro Pe, Pe, Pe, Pe, Pe… —habló Mateo, señalando las P con el dedo índice.

—Yo ya tengo mi regalo —dijo Pepe, que era el hermano segundo, muerto de risa y agitando una corbata de Tintín y Milú.

—Papá Noel es muy listo y no se confunde nunca —le recordó Paula a su primo—, la P es de Precipitado, de Príncipe y de Patricia. ¿No lo ves? Si está muy claro: Príncipe Precipitado de Patricia, Príncipe Precipitado de Patricia,

Príncipe Precipitado de Patricia… —canturreó divertida marcando todas las P con el dedo índice.

Patricia no sabía dónde meterse de la vergüenza, pero para su sorpresa Leo la cogió por la cintura y reconoció encantado:

—Sí, ese soy yo.

Luego agarró la bufanda, se la enroscó en el cuello tan feliz y preguntó:

—¿Qué tal me queda?

—¡Guay! Mi prima tiene razón, la bufanda es para ti—respondió Mateo, entusiasmado.

—Y ahora que ya están repartidos los regalos ¿qué tal si cantamos unos villancicos frente al Belén con los instrumentos musicales que os han traído? —propuso la abuela, pues entre los juguetes había musicales: dos órganos, tres tambores, dos xilófonos…

A los niños les encantó la idea y corrieron a por los instrumentos musicales, en tanto que Ángela cogió en un aparte a Patricia y le cuchicheó al oído:

—Esto no se lo perdono a mamá, lo que me faltaba ahora eran los tamborcitos de los cojones.

—No seas Scrooge, por favor…

—Para ti todo es de purpurina porque estás empezando, espera a que te haga unos cuantos niños y te despierten con tambores y xilófonos… Y te advierto que no queda mucho porque al paso que vais… —replicó Ángela, cabreada como siempre.

—¿Qué dices? —preguntó Patricia con el ceño fruncido.

—He visto cómo os miráis, ya no hay nada que hacer. Esto no tiene vuelta atrás. Tienes una química con él como jamás la tuviste con el cocinero, ni con los otros; ahora que eso no es garantía de nada. Bueno, sí, de polvos electrizantes y de un colocón hormonal que te hará creer que puedes volar, como la abeja Maya. Sigo pensando que es una locura y que como te estrelles no va a quedar de ti ni las raspas, pero se te ve tan feliz…

—¿Tú crees?

—No te hagas ilusiones, que la felicidad esa te dura tres tardes… Luego todo son marrones, te aparece una suegra que lo sabe todo, unos niños cabrones a los que hay que apuntarles a clases de tenis, de ballet, de pintura… ¿Y dices para qué? Porque se ve de lejos que estos no son campeones de nada, los pobres no pueden ser más mediocres… Son mis hijos, los quiero y tal pero tengo lucidez suficiente como para reconocer que Paula no es la Plisetskaya, ni Victorín es Nadal, por no hablar de Bruno que solo dibuja monigotes…

—Lo principal es que se diviertan.

—Es que ese es el gran problema, la obsesión con el disfrute y el pasarlo bien. Nosotros nos buscábamos la vida para no aburrirnos, a estos tienes que dinamizarlos tú, porque si no te entra una culpa terrible. Y ahí es cuando estás perdida, ya todo es un arrastrarse por la vida, de las clases de natación, a las de pintura, de la excursión al río para que vean truchas, al paseo en bicicleta para que te pongan de los nervios por si se te descuajaringan en la siguiente curva. En fin, un jodido sinvivir en el que lo más sucio que puedes hacer con tu pareja es echarte la siesta con las botas de goma llenas de barro… Así que no caigas en la trampa, follar vas a follar porque entre la química y que el tío está para follárselo desayuno, merienda y cena, va a ser un no parar: pero hazte un favor y plastificasela.

—Me encanta hablar contigo, es tan ilusionante…—ironizó Patricia, muerta de risa.

—Disfruta mientras dure. No te digo más…

—*Noche de paaaaaaaaaaz…*

Justo en ese instante los niños comenzaron a cantar *Noche de Paz* y Ángela miró a su hermana horrorizada:

—Como verás tampoco tengo a Lang Lang ni a Pavarotti en casa…

—Jajajajajaja. ¿Y qué más da? Canta y deja que quejarte que tienes unos hijos sanos y maravillosos.

—Lo sé, pero ya sabes que en *Sonrisas y lágrimas* siempre me sentí más identificada con la baronesa Elsa Schroeder que con la novicia María… Aparte

de que Eleanor Parker era maravillosa, su personaje lo tiene todo clarísimo, tiene buen gusto con los hombres, le apasiona el lujo, sabe que no hay nada mejor que un buen internado suizo…

—Y sobre todo sabe reconocer el amor verdadero, apartarse y perder con un estilazo memorable.

—Sí, como me ha pasado esta noche a mí esta noche con tu príncipe precipitado. A ver, que no es lo que quisiera para mí, que demasiado tengo con lo que tengo, aparte de que estoy enamorada de Víctor, aunque se me haya quedado calvo y tenga barriga, qué le voy a hacer… Yo tampoco es que sea Gisele Bündchen, pero reconozco que al veros juntos me he dado cuenta de que lo vuestro es algo importante.

A Patricia se le llenaron los ojos de lágrimas y, con un nudo en la garganta, balbuceó:

—Con lo que te cuesta a ti dar tu brazo a torcer…

—Ante todo soy sincera y la verdad es esa —musitó, esbozando media sonrisa.

—¡Ay Señor!

—¿Eso qué es? ¿Un lamento?

—No, no exactamente.

—Entonces, mejor cantemos… ¿No me decías antes que cantara?

Las chicas se incorporaron al coro y así estuvieron cantando, comiendo más turrón y bebiendo anís y licor de chocolate, hasta que llegó la hora de irse y Patricia le propuso a Leo, aunque no tenía ninguna gana de que se fuera:

—Voy a llamar a un taxi para que te acerque al coche: no te vayas caminando con el frío que hace.

—Y tú vete con él, todavía no son ni las tres de la madrugada. Queda mucha noche por delante, idos a tomar otra copa a algún sitio —propuso la madre.

Patricia pensó que menos mal que su madre estaba ahí, para rescatarla del estado de panfilismo en el que se encontraba, porque la idea no podía ser mejor.

—Ah, pues sí… Bueno, si a ti te apetece… —le dijo a Leo.

—Tu madre me ha leído el pensamiento, es justo lo que iba a sugerirte.

—Estupendo, hala, y no tengas prisa en volver, que mañana hasta las tres y pico no comemos —comentó la madre, mientras Patricia pedía un taxi a través de una aplicación del teléfono.

Entonces, Paula se acercó a su tía y le susurró al oído:

—¡Te vas con el príncipe! ¿Vosotros nos habréis tomado dos pastillas al día en vez de una?

Capítulo 20

Ya en el taxi, Patricia le agradeció a Leo que hubiera pasado la Nochebuena con su familia…

—Me lo he pasado genial, de verdad, ¡ha sido un placer volver a tocar el xilófono! —aseguró Leo.

—Y se te da muy bien…

—Si quieres vamos a mi casa y sigo un poco más, todavía me queda repertorio —bromeó, divertido.

—No, déjalo. Por hoy es suficiente…

—Vaya pues ahora a ver qué invento… —comentó Leo, con guasa.

—¿Invento para qué?

—Es que no se me ocurre otra excusa mejor para proponerte que dejemos el coche aparcado y nos vayamos directamente a mi casa.

—No sé… ¿Tal vez enseñarme tu decoración navideña? —preguntó Patricia, encogiéndose de hombros.

—Solo me ha dado tiempo a poner luces alrededor del ficus del salón.

—¿Tienes champán? —preguntó risueña.

—Tenía el que he llevado a tu casa.

—¿Algo con burbujas?

—¿Gaseosa te vale?

Patricia asintió con la cabeza, muerta de risa, y Leo le pidió al taxista que cambiara el destino al ático de Narváez, donde vivía desde hacía tres años.

—Mi sobrina me ha preguntado que si nos hemos tomado dos pastillas de la suerte al día en vez de una.

—En serio, si te parece muy precipitado, en la esquina de mi casa hay un local que seguro que está abierto y ponen música que le gusta a todo el mundo.

—No —replicó Patricia negando con la cabeza.

—¿No a mi casa o no a la música que le gusta a todo el mundo?

—Dale la vuelta —contestó divertida.

—¿Escuchamos música en mi casa que le guste a todo el mundo?

—Jajajajajajajaja. Genial.

Leo se rió, luego le clavó la mirada de una forma tan intensa que Patricia se estremeció entera y se acerco a ella muy despacio:

—Qué ganas tengo de besarte… —le susurró Leo al oído.

—Y yo —replicó besándole en los labios.

Luego, Leo la cogió de la mano y ella preguntó entre susurros:

—Estoy que no me lo creo, ¿esto es verdad?

Leo retiró con la mano el vaho de la ventana y apareció la ciudad, los coches, las luces navideñas, los que regresaban a casa y los que no tenían pensado hacerlo.

—Lo es —asintió con la cabeza.

—Es bonito, menos mal que has venido a casa porque habría sido una auténtica faena perderse esto —musitó, tras respirar hondo y apoyar la cabeza en el hombro de Leo.

—Por eso he ido a tu casa…

—¿Sabías que iba a pasar?

—Solo sé que me moría por verte otra vez, que quería estar contigo.

Leo la miró de nuevo de esa manera que a ella le derretía y volvieron a besarse, pero esta vez devorándose las bocas con tanta desesperación, que agradecieron que al momento llegaran a su destino.

Después, los besos siguieron en el ascensor donde se quitaron los abrigos el uno a la otra, porque ya les sobraba toda la ropa.

Muertos de deseo, llegaron al último piso, Leo empujó la puerta del ascensor con el culo y salieron sin dejar de besarse.

Ya frente a la puerta de la casa, Leo metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó la llave y abrió a tientas porque no quería perder la boca de esa chica que, a saber por qué clase de milagro navideño, estaba a punto de entrar en

su casa.

Pasaron adentro y Leo la llevó a besos hasta el salón, donde tiró los abrigos sobre un sillón de cuero blanco y luego Patricia le empujó hasta el sofá en el que cayeron el uno sobre la otra.

—Yo no es que no me lo crea —confesó Leo tumbado sobre ella—, porque te beso y lo siento por todas partes, en mi cabeza, en mi corazón y hasta en la última célula de mi cuerpo, que sabe es cierto. Pero que estés aquí, en mi casa, en mi universo, es un auténtico milagro. Para mí no es otra cosa…

—Era lo que menos esperaba, jamás imaginé que iba a pasar esto. Yo me subí a un tren con la intención de dormir y resulta que desperté a esta locura que no quiero que acabe.

—Y no va a acabar —le susurró Leo al oído.

Después, la besó en el cuello mientras ella le sacaba la chaqueta y la dejaba tirada en el suelo. Acto seguido, coló las manos por debajo de la camisa, en tanto que Leo restregaba la erección contra el pubis de ella.

Así estuvieron un rato, besándose, acariciándose y frotándose, hasta que no pudieron más y Patricia preguntó, con unas ganas tremendas de ir más allá, que si tenía condones.

Leo asintió, se fue a por uno al cuarto de baño, regresó con él, lo abrió, se lo puso, agarró a Patricia de la mano y tiró de ella para que se levantara del sofá.

Frente a frente, se besaron otra vez, Leo la tomó por el culo, la empujó contra su erección, deslizó la mano por debajo del vestido de lentejuelas, la levantó por las caderas y ella le rodeó el cuerpo con las piernas.

Así, la llevó en volandas, hasta que la empotró contra la pared, apartó la tela de las braguitas a un lado y se hundió dentro de ella.

Patricia gimió de placer y Leo le lamió la boca despacio, luego la besó con fuerza y comenzó a penetrarla a un ritmo suave y firme.

Pero ella enseguida pidió más, se aferró fuerte a la espalda de ese chico que se movía como quería, y le exigió con la mirada y con los besos que le diera más, mucho más.

Él cambió el ritmo, lo hizo más duro y más intenso, sin dejar de mirarla a los ojos con ganas de devorarla entera.

Y lo hizo, porque cuando Patricia creía que no iba a poder soportarlo más, Leo se giró un poco con ella a cuestas y la sentó sobre la mesa del comedor, le abrió las piernas, le acarició el pubis y luego se agachó para lamerla, con tal pericia, que solo tuvo lamer lo justo el clítoris para provocarle tal orgasmo que tuvo que morderse los nudillos para resistirlo.

Acto seguido, cuando Patricia todavía estaba jadeante y temblando de puro placer, Leo la llevó hasta el sofá de nuevo y se hundió dentro de ella.

Así estuvieron un rato, haciendo el amor, hasta que él deslizó otra vez la mano hasta el clítoris, lo estímulo un poco y Patricia sucumbió a otro orgasmo que él sintió con tal intensidad y fuerza que solo tuvo que penetrarla unas cuantas veces más para correrse como no recordaba.

Después, le dio la vuelta, la cogió en brazos y la llevó hasta su dormitorio donde la dejó sobre la cama.

Allí Patricia se quitó el vestido y el sujetador, quedándose completamente desnuda.

—Dios mío, eres preciosa…

Patricia sonrió y se metió dentro de la cama, mientras Leo se quitaba también toda la ropa, sin dejar de mirarla con una cara que él sintió que no podía ser de más imbécil, pero qué más daba: era incapaz de poner otra.

—Lo que acaba de pasar es tan maravilloso —musitó emocionado tumbándose junto a ella.

—Para mí desde luego —susurró Patricia con la vista puesta en el techo, fruto de un ataque de timidez repentina.

Leo la tomó por la barbilla para que girara la cabeza y le mirara a los ojos y repuso con los ojos brillantes:

—Y para mí…

Patricia se dio media vuelta y se abrazó a él, de tal forma que quedaron frente a frente, desnudos, y no solo de cuerpo porque esa intimidad iba mucho más allá

de lo físico:

—Ha sido muy especial, tú eres muy especial —dijo Patricia, sintiendo cosas muy extrañas en la tripa, para ser solo un polvo.

—Solo sé que vivo obsesionado por las estrellas, pero ahora la única que importa es esta —habló acariciando la marca en forma de estrella del rostro de Patricia.

Ella sonrió y Leo entonces besó la marca muy despacio, muy suave, casi como el aleteo de las miles de mariposas que se habían quedado atrapadas en la boca de su estómago…

Capítulo 21

Estuvieron hasta que amaneció besándose, hablando, acariciándose, riéndose y haciéndolo otra vez…

Por eso eran casi las tres de las tarde, cuando Patricia se despertó con Leo al lado y sin ninguna gana de salir de la cama:

—¡Buenos días! —exclamó Leo, abrazándola y con los ojos todavía cerrados.

—Di mejor buenas tardes, acabo de ver en el móvil que son casi las tres, y se supone que me esperan para comer en media hora.

—¿Es obligatorio que vayas? —preguntó negando con la cabeza y con los ojos ya entornados.

—Es una tradición, pero supongo que se puede hacer una excepción… Espera un momento…

Patricia llamó a su madre que descolgó cuando había perdido la cuenta de la de tonos que llevaba:

—Dime, que no vienes ¿no? ¿Es eso?

—Es que nos hemos entretenido con unas cosas aquí en la Plaza Mayor —dijo lo primero que se le ocurrió y a punto de partirse de risa— y no voy a llegar a tiempo. ¿No te importa que no vaya?

—¡Qué me va a importar! Mientras esas cosas con las que te entretienes sean legales, tú sigue y pásatelo bien.

—Lo intentaré.

—Sí, hija, sí, seguro que vas a tener que hacer un esfuerzo muy grande. ¡Feliz Navidad! —bromeó y luego colgó.

Patricia dejó el móvil en el suelo y le contó a Leo, divertida:

—Me ha pedido que me lo pase bien.

A Leo le chispearon los ojos y propuso:

—Hay que obedecer, tengo *pizza*, palomitas y *Gru 2*, que me la encontré el

otro día de oferta.

Patricia sonrió de oreja a oreja y replicó:

—¿En serio?

—¿Prefieres cine iraní?

—Otro día… Mejor… Sí… Pero es que lo de los Minions no me lo puedo creer… ¡Me chiflan! Las he visto todas con mis sobrinos yo que sé la de veces, y no me importa verla otra vez.

—Ni a mí. Los Minions me recuerdan tanto a mis sobrinos, los hijos de mi hermana, son dos mellizos gamberros, tienen dos años y hablan en idioma banana… Este año no van a venir por Navidad, los padres tienen que trabajar, son médicos como mi madre…

—Vaya…

—Me hacía mucha ilusión verlos, pero será en otra ocasión… Oye ¿pero de verdad que te apetece Minions y *pizza*?

—¡Y con palomitas y manta! Que sí, tío… Me doy una duchita y comemos que tengo un hambre… Por cierto, ¿me dejas algo para ponerme que no me apetece *lentejuelarme* nada más despertar?

Leo sacó de un su armario una sudadera verde con capucha, él se cogió una camiseta blanca de manga larga y unos pantalones de *jogging*, lo dejó encima de una silla del baño, se metió en la ducha con ella y luego tras secarse y vestirse, se fueron a la cocina para preparar las cosas para la película…

—Me encanta tu cocina —comentó Patricia, porque era grande y hasta tenía isla central, mientras se tomaba un zumo de melocotón que encontró en el frigorífico.

—Me alegro de que te guste, aquí suelo estar mucho con amigos —contó mientras se servía un vaso de leche.

—Es que es ideal, ojalá encuentre una así… Pero lo que llevo visto en Internet de pisos para alquilar es todo feo y enano.

Leo se bebió la leche del tirón y tras limpiarse con la lengua las comisuras, le propuso a Patricia como si tal cosa:

—Tengo una habitación libre que es de tamaño casi como la mía, si quieres te la alquilo. Es lo único que se me ocurre para que tengas una cocina como la mía.

Patricia le miró extrañada en tanto que Leo sacaba la *pizza* del congelador:

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, claro. Me compré esta casa grande porque como vienen familia, amigos y demás, y tengo una habitación donde se supone que hago gimnasia, pero prefiero ir a correr al Retiro… Si la quieres, es para ti… Le digo a mi asesor que redacte el contrato y el día 1 te vienes a vivir conmigo. Un contrato de alquiler, de los de toda la vida, yo no soy Grey. No tengo cuarto de juegos, solo un despacho donde diseño artefactos para la conquista del espacio, que bien mirado tiene también su punto de trastornado de la vida.

—Desde luego, pero ¿cómo se te ocurre que voy a alquilar una habitación en tu casa?

—Si prefieres te propongo que te vengas a vivir conmigo, así sin más. Soy hacendoso, domino la fontanería, la plancha, la repostería, doy unos fiestones increíbles, tengo HBO y Liga y Champions de pago y como comprobaste en el tren, puedes vomitarme a discreción tus mierdas y ni me quejo.

—Lo sé, no me recuerdes…

—Pues eso, que te puedes venir a vivir conmigo. Claro que comprendo que a lo mejor te parece el súmmum de lo precipitado y te agobias…

Leo puso a calentar el horno y Patricia, replicó risueña tras beberse el zumo del tirón:

—Yo ya no sé nada de nada.

—Tú piénsatelo, pero ¿para qué vas a estar perdiendo el tiempo buscando pisos cuando acabas de encontrar uno que te gusta?

—Sí, y el casero no está nada mal.

—Y eso que no has visto cómo me quedan las *pizzas* precocinadas en el horno. Soy todo un maestro…

Luego sacó un paquete de maíz, vertió los granos en una palomitera y esperó a que se hicieran:

—¡Y haces tus propias palomitas caseras y saludables! —exclamó Patricia con guasa.

—Ya te digo, soy un chollo de hombre… —bromeó mientras metía la *pizza* en el horno.

—Bueno, me lo voy a pensar…

Leo se puso serio y le aseguró con la mano en el corazón:

—Piénsatelo de verdad, en la modalidad que quieras, como te sientas más cómoda, pero para mí sería un sueño que estuvieras aquí.

—Es una locura total.

—Y de las que molan, así que mejor ni te lo pienses.

Patricia se echó a reír y luego se dedicó llevarse los platos, cubiertos y vasos en una bandeja al salón, y a colocar las palomitas en un bol.

Al poco, además, Leo sacó la *pizza* del horno, la troceó y la sirvió en la mesa.

A continuación, puso la película y se sentó en el sofá junto a la chica que no paraba de comer palomitas muerta de risa.

—¿De qué te ríes? —preguntó Leo, riendo también porque la risa de Patricia era muy contagiosa.

—De todo, mis pintas, esta comida, los Minions…

—Y yo que soy lo peor.

Patricia le besó en los labios y susurró:

—Tú eres lo más, como todo esto…

Y la película empezó y la disfrutaron entera con *pizza*, palomitas y besos que no dejaron de darse hasta que llegaron los títulos de créditos y sonó el teléfono móvil de Leo.

Era su madre…

—¡Feliz Navidad, Leo! ¿Qué tal la cena de anoche con tus amigos en el hospital?

—Genial, como nunca, divino. La mejor Nochebuena de mi vida…

—Caray, pues vaya si están animados los hospitales en Madrid. ¿Y el accidentado cómo va?

—Bien, en poco le darán el alta.

—Estupendo, te llamo porque mi amiga Frida tenía dos entradas para ir esta tarde a las ocho al Teatro Real a *La Bohème* y a la pobre le ha surgido una contrariedad: su chinchilla se ha indispuesto y no puede ir. Así que ha intentado colocar las entradas, pero todo el mundo tiene obligaciones navideñas, ¿tú no conocerás a alguien que pueda estar interesado?

Leo, con los ojos brillantes de expectación, ni lo dudó:

—Yo.

—¿Tú? ¿Con quién vas a ir? ¿Con algún amigote? ¡No tiene sentido! ¿Tú qué pintas ahí? Es un plan romántico, mejor pásale las entradas a algún amigo que esté enamorado y que las disfrute…

—Yo soy el que más necesitado está de planes románticos.

—¿Con quién tienes tú necesidad de ser romántico? ¿Con tu robot de cocina? ¿O con alguna de de tus criaturas satelitales?

—Mujer de poca fe… Pídele a Frida, por favor, que reenvíe las entradas a mi mail... ¡Gracias y Feliz Navidad!

Capítulo 22

Leo colgó el teléfono a su madre y le contó a Patricia lo de las entradas para *La Bohème:*

—Le he dicho que sí sin pensarlo, pero si no te apetece…

—¿Cómo no me va a apetecer si me encanta disfrutarla con lagrimones de esos que te caen por el cuello? Por favor, un drama de los buenos, pero ¿a qué hora es?

—A las ocho.

—¿Me dará tiempo a ir casa a cambiarme de ropa? No voy a ir otra vez de sardina alegre.

—Sí te da, sí. Lo mejor es que nos vayamos ya y que mientras tú te vistes, yo recoja el coche en el sitio donde lo dejé aparcado y luego acuda a buscarte a tu casa otra vez.

A Patricia el plan le pareció perfecto y media hora después apareció en su casa, cuando sus hermanos estaban recogiendo ya para marcharse.

Los saludó a todos y luego explicó con prisas:

—Me ha invitado Leo al Teatro Real a ver *La Bohème*… He venido a cambiarme de ropa, mientras él va a por el coche en El Carmen. Voy con muchísima prisa.

—¡Oh qué bonito! —exclamó la madre batiendo las manos—. Como Cher en *Hechizo de Luna*, ¡qué Navidades más románticas estás viviendo, Patri! ¡Cuánto me alegro!

—Menos cháchara que va con el tiempo pegado al culo… —intervino Ángela empujando a su hermana hasta su cuarto.

Ya a solas en la habitación, mientras Patricia abría el armario sin tener ni idea de qué ponerse, su hermana le dijo:

—Reconozco que el tío está poniendo toda la carne en el asador. Y hablando

de carne, ¿qué tal anoche? ¿Hubo chicha?

—No estoy ahora para chichas ni para que me sueltes una diatriba contra los amores exprés, solo necesito saber ¿qué me pongo? —preguntó mientras iba descartando la ropa colgada en las perchas.

—Eso, justo esto… —respondió Alejandra señalando un pantalón *palazzo* negro de terciopelo que acaba de caerse de una percha—. Es una señal…

Patricia miró a su hermana perpleja, porque ella era ante todo práctica y eso de las señales le parecían solemnes tonterías, y replicó:

—Pero tú no crees en las señales…

—Ya, pero la que tiene que ir a la ópera eres tú y crees en todas esas bobadas. Si se ha caído el pantalón tiene que ser por algo, en tú caso sí, que además no dejan de pasarte cosas raras.

—¿Cosas raras como qué?

—Pues hija que conozcas a un tío en un tren, le des mal el número, se plante en casa y a partir de ahí te vuelvas loca de remate.

—Más raro fue lo tuyo, que conociste a Víctor comprando pipa pipón en la tienda de frutos secos. Así que calla que no estás para dar lecciones de nada. Y ahora a ver qué me pongo arriba… —murmuró nerviosa con la vista puesta en el armario.

—Oye, que yo no te estoy dando lecciones, tan solo constato un hecho. Y estoy aquí para apoyarte, por si no te enteras, guapa… Yo no soy de las que se queda en la orilla esperando a que el que está subido en la tabla de surf se caiga. Yo soy una emprendedora y sé lo que es que aparezca una ola que lleva escrita tu nombre.

—¿Y Leo es mi ola?

—No hace falta más que veros juntos.

Patricia fue a replicar algo, pero entró Paula con un paquete y le dijo:

—Tía, mira, Papá Noel te ha dejado esto en casa, a lo mejor te lo puedes poner.

Patricia miró a su hermana que se encogió de hombros y murmuró:

—Ah, pues sí, sí, sí… Ábrelo que a lo mejor te sirve… Es un pijama pero es de tirantes y de raso y…

—¡Mamá, cómo lo sabes! ¿Tienes rayos X en los ojos o qué? —dijo Paula, muerta de risa.

—Pues sí, tu madre tiene de todo. Venga, Patri, abre el regalo…

Patricia rasgó el envoltorio del paquete con ansiedad y sacó de una caja blanca un pijama de tirantes azul, con pantalón corto a juego…

—Hala, mamá, es cómo lo has descrito. ¡Qué flipante! Eres una bruja…

—Pues sí, Paulita, lo soy.

Patricia, entretanto, se quitó el vestido lentejuelas y se probó la parte de arriba del pijama que era bastante escotada y que le quedaba perfecta.

—No me queda mal, ¿no? —les preguntó mientras se miraba al espejo.

—Qué va, Papá Noel es muy listo. Sabía que lo ibas a necesitar para la ópera —contestó la niña.

—Te queda ideal, venga ponte el pantalón y nosotras te vamos buscando los zapatos… —comentó Ángela, a la vez que abría el armario zapatero.

—Ya los he encontrado —habló Paula, con unos zapatos plateados en la mano —, que se ponga estos que parecen de cristal.

—Siempre me parecieron una horterada, pero con lo del cristal me has convencido.

—Claro, las princesas nunca se equivocan con sus estilismos —aseguró la niña.

—A ver… —musitó Patricia, cogiendo los zapatos que Paula le había pasado y calzándoselos—. Oye pues no quedan mal…

—Y ahora te pones mi chaqueta que es de terciopelo negro, que te estará un poco grande, pero como se lleva todo, no pasa nada, los pendientes largos que me ha regalado mi suegra, y a correr… —dijo Ángela, quitándose la chaqueta y los pendientes y ofreciéndoselos a su hermana.

Patricia se los puso, se miró al espejo y sonrió encantada porque, después de todo, la mezcla extraña funcionaba a la perfección.

—¡Estás guapísima! —exclamó Paula, que luego le cuchicheó al oído a su tía —: Pero si quieres también te doy una *pasti* para que reluzcas más aún…

—Venga, vale… —repuso Patricia guiñándole el ojo.

La niña le dio una pastilla de caramelo y justo en ese instante, el telefonillo sonó:

—Ese es Leo… ¡Me voy! ¡Gracias por todo chicas!

Patricia se puso el abrigo y bajó a toda prisa al portal, donde Leo la esperaba con una sonrisa enorme:

—¡Estás espectacular! —musitó en cuanto ella se subió al coche.

—Espera a ver el estilismo que hemos improvisado y me dices…

—Seguro que me reafirmo, pero esperaré.

Media hora después, cuando estaban a punto de entrar en el palco al que correspondía sus entradas, se quitó al fin el abrigo y Leo no solo se reafirmó sino que confesó con los ojos vidriosos:

—¿Tú sabes la felicidad que es encontrar lo que apenas intuía que existía?

Patricia sonrió emocionada y, cuando momentos después se sentó en su butaca, sintió que en cualquier momento podría salir volando con sus zapatos de falso cristal.

Luego el maravilloso telón rojo se levantó y a Patricia se le cayeron dos lagrimones enormes porque ya no podía con tanta emoción: el teatro de ensueño, Puccini, la mano de Leo en la suya…

Y se sintió feliz…

Y a pesar del drama de Mimi y Rodolfo, esa noche su corazón no dejó de cantar el vals de Musetta: *Cossì l'effluvio del desìo tutta m'aggira,*
Felice mi fa!

Porque se sentía feliz, incomprensiblemente feliz…

Y todo se lo debía a él, al chico del tren que no dejaba de mirarla, que le sonreía, que le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar y que cuando acabó la función la besó como si la quisiera.

Al menos ella sintió así ese beso y eso era lo único que importaba, después

caminaron de la mano por las calles heladas y cenaron en La Candela Restò deseando que aquella noche no acabara nunca.

Pero acabó, además los dos tenían que volver al día siguiente al trabajo, así que no les quedó más remedio que despedirse, esta vez con un beso en el coche que les supo a todo, a la espera de los próximos que vendrían.

Luego, y todavía flotando, Patricia se metió en la cama, consultó su móvil y comprobó que tenía un wasap de Carlos:

¡Feliz Navidad! Si me lo pides, me cojo ahora mismo la moto y me planto en Burgos a darte el beso que nos merecemos…

Patricia rompió a reír, antes de Leo ese mensaje equivocado, dirigido a otra, le habría trastornado por completo, le habría removido todo el dolor que tenía guardado bajo llave, sin embargo en ese instante solo le provocó risa.

Una risa que le llevó a escribir:

¡Feliz Navidad, Carlos! ¡Que te vaya muy bien!

Capítulo 23

Al día siguiente Patricia volvió al trabajo y todos la encontraron diferente, mejor que nunca le dijeron, y ella se lo creyó porque era verdad.

Leo era el culpable de que la brillaran los ojos, de que Carlos ya solo le produjera risa, de que ya no se sintiera como un geranio en el desierto, de que no solo hubiera ido al trabajo caminando sino que también hubiera subido a pie hasta la sexta planta donde estaba su despacho.

Y es que había despertado con tanta energía, con tanta vitalidad y tanto optimismo, que cuando por la tarde llegó al entrenamiento la primera de todos, se puso a brincar por el campo como Julie Andrews, como la hermana María, por la ladera de la montaña al grito de: "*The hills are alive with the sound of music, with songs they had sung for a thousand years…"*.

Cualquiera que la hubiese visto habría pensado que estaba loca, pero el que la vio fue Leo que corrió a su lado con una alegría que no le cabía en el pecho:

—*Patriciaaaaaaaaaaaaa* —chilló Leo, desde la banda moviendo los brazos y luego corriendo hacia ella.

Ella se volvió y corrió también hacia él con tanto ímpetu que, cuando se juntaron, ella lo derribó al suelo muerta de risa:

—Qué ganas tenías de verme ¿eh? —replicó Leo, besándola, entre risas.

—Oy, no lo sabes tú bien…

—Pues anda que yo, me he venido un poco antes porque no aguantaba más sin verte.

—¿De verdad?

Leo la besó para que no le quedara ninguna duda de que era cierto y luego le preguntó divertido:

—¿Y tú qué hacías? ¿Bailar?

—Y cantar.

—¿De felicidad o estabas haciendo un conjuro para ganar el partido?

Patricia se levantó, dio una vuelta sobre sí misma y canturreó:

—De repente tengo una primavera dentro. ¿Te ha pasado alguna vez?

—Me está pasando —contestó Leo, con una sonrisa enorme.

—¡Ay, es tan genial! —exclamó Patricia, tendiéndole la mano para ayudarle a levantarse—. Hasta los del trabajo se han dado cuenta y me ha ido fenomenal, me he puesto al día rápido, he currado muchísimo y me encanta, pero no sabes lo mejor: anoche me escribió Carlos…

A Leo se le demudó el semblante y tragó saliva, rezando para que lo que se le estaba pasando por la cabeza no fuera cierto.

—¿Y?

—¿Por qué pones esa cara de susto?

—¿Qué cara voy a poner? Me estás hablando de la primavera y al momento sacas a colación al cocinero… ¿Cómo quieres que esté?

—Pues tan tranquilo.

—¿Ah sí?

—Claro. Resulta que se equivocó, el wasap iba dirigido a una chica de Burgos. Carlos le decía que si se lo pedía, se cogía la moto y se plantaba en Burgos para darle el beso que se merecían...

—¿Y qué se merecían? ¿Un beso congelado como una merluza? Porque la que tenía que estar cayendo en Burgos anoche tenía que ser chica.

—¡Yo qué sé! ¡Pero qué risa me entró al leerlo! En otro tiempo, quiero decir en los tiempos antes de ti, ese wasap me habría removido hasta el último recuerdo, incluso me habría puesto nostálgica y habría cometido el error de enviarle el emoticono del besito corazón.

—Y será verdad…

—Uf. Si yo te contara… No sabes la de días que me pasé, con mi pie chungo y el corazón hecho añicos, cantando *La gata bajo la lluvia* de Rocío Dúrcal. ¿La conoces?

—Sí, la de *Ya lo ves, la vida es así, tú te vas y yo me quedó aquí*...

—Sí, ¿y recuerdas esa parte de la letra que dice: *amor si alguna vez nos vemos por ahí, invítame a un café y hazme el amor y si ya no vuelvo a verte ojalá que tengas suerte*?

—¿La letra decía eso? —inquirió Leo, negando con la cabeza.

—Sí, tío, sí. Y yo cada vez que la escuchaba pensaba que a mí me pasaría lo mismo, que si la vida me daba la ocasión de encontrarme con Carlos, le pediría que me invitara a algo y luego que me hiciera el amor, aunque no volviera a verle más.

—Joder.

—Sí, pero anoche la vida me lo puso delante y yo solo tenía ganas de partirme de risa. ¡Gracias a ti paso de él completamente! Ya no lo tengo aquí —confesó con una sonrisa enorme, llevándose la mano al corazón.

—¿No?

—Me quedo con lo bueno que vivimos, con lo que aprendí, pero ya está completamente fuera.

Leo se quedó mirando a Patricia con unas ganas tremendas de decirle que aprovechando que ya no tenía al cretino del cocinero dentro, que le metiera a él, pero no pudo decir nada, porque poco a poco ya habían llegado casi todos los compañeros y el Míster, que empezó a darles órdenes desde el banquillo.

—Me voy a entrenar, luego seguimos… Pero no sabes lo que me alegro de que ese tío ya no esté ahí —dijo colocando la mano en el corazón de Patricia.

Patricia suspiró, miró a Leo con una sonrisa enorme y susurró:

—Y yo.

Luego, se besaron en los labios y Leo echó a correr con el resto de compañeros. Patricia por su parte regresó al banquillo, donde se encontró con Alejandra, que le cuchicheó al oído para que no las escuchara el Míster:

—Lo tuyo ya veo que va viento en popa, porque ya te toca la teta en público y todo.

—¿De qué teta hablas? —preguntó Patricia muerta de risa.

—Chica, que tengo ojos en la cara. Hace un momento te ha tocado una teta y

luego te ha plantado un beso en los morros. Y tu padre mirando... Lo tuyo sí que es descaro, nena.

—Que no. Que me ha puesto la mano en el corazón, es que le he contado que ya no tengo a Carlos dentro. Me mandó un mensaje anoche por equivocación que iba para otra y me partí de risa… Ya lo tengo totalmente arrancado.

—Jo qué suerte, porque yo quiero hacer lo mismo con Ernesto y es que no puedo. ¿Te puedes creer que no me mandó ni un wasap para desearme Feliz Navidad?

—Estaría liado…

—Sí, desatascando las cañerías de Matilde… Y yo mientras en casa de mi madre, atiborrándome a mazapán y a sidra. ¡Qué asco de vida!

—No pierdas la esperanza.

—Qué fácil es decirlo cuando estás bien follada, porque ¿hubo tema, no?

—Sí —respondió, sin demasiada efusividad, por respeto a la abstinencia de su amiga.

—Uy qué sí más raro. ¿Qué pasa que se precipita o que no hay forma de que se le ponga dura?

—Jajajajajajaajaja. Mi hermana le ha puesto de mote El Precipitado, pero por las prisas, no porque padezca ninguna disfunción eréctil.

—¿Entonces por qué le pones tan poco entusiasmo al relato?

—Mujer, por solidarizarme contigo. No voy a estar hablándote de polvazos increíbles, cuando tú te has pasado la noche comiendo mazapán.

—Uf. Qué cabrona —masculló Alejandra, mientras se colocaba bien las medias—. Pero ya te tocaba, tía… Igualito que el otro cerdo…

—Fue genial, apareció a eso de las once y pico, estuvo con mi familia como si llevara toda la vida y luego nos marchamos a su casa.

—Y tracatá.

—No, el tracatá fue antes, cuando nos quedamos solos y nos encerramos en mi cuarto.

—Y eso que no sabías qué hacer, pero ya veo que bien que seguiste mi

consejo, amiguita.

—Fue muy romántico, nos despertamos tarde, vimos la peli de los Minions, comimos *pizza*, me llevó a la ópera… Y besa como quiere… —suspiró Patricia.

—¡Chicas, dejad la cháchara! ¡Y vamos al lío! —interrumpió el Míster, que de pronto se acercó a ellas, haciendo aspavientos con las manos.

—Sí, ya vamos, Míster —dijo Patricia.

—Sí, sí, ya vamos. Me alegro tanto por ti… —habló Alejandra dirigiéndose a Patricia otra vez—. Y en cuanto a mí, no me hace ni pizca de gracia estar cerca de ese *cuelgacortinas* sin escrúpulos —le comentó señalando a Ernesto con la cabeza—. Pero lo hago por la fundación, por los niños, por el Míster, por ti, por el equipo, bueno, por todo el equipo menos por ese asqueroso apestoso al que *destestooooooooooooooo.*

Capítulo 24

Los días siguientes transcurrieron de la misma forma: Alejandra despotricando durante todos los entrenamientos que tuvieron hasta el día del partido, y Patricia marchándose con Leo a tomarse algo y a acabar en su casa, día sí y día también, aunque todavía no hubiera decidido dónde iba a vivir de ahí para adelante.

Tan solo se dejaba llevar con el chico del tren y no se planteaba nada más, se reía hasta llorar, bailaban en la ducha, hacían el amor donde les pillase, improvisaban cenas y seguían conociéndose, aunque los dos tuvieran la sensación de que ya sabían lo importante del otro.

No había nada que ocultar, no tenían que fingir que eran lo que no eran, ni aparentar sentir lo que no sentían, porque era como si siempre estuvieran desnudos ante el otro, por más vestidos que estuviesen.

El caso fue que llegó el día del partido y amanecieron también juntos, como los últimos días:

—A la una de la tarde llegan mis padres y mi abuela, pero no hace falta que te vayas —le susurró Leo, abrazado a ella.

—¿Me estás pidiendo que me quede aquí?

—Sí, como hasta ahora. No tiene que cambiar nada porque ellos vengan.

—No, qué va… ¿Y me presentas en calidad de qué?

—Te presento como Patricia y ya está. Mis padres no son de hacer muchas preguntas, mi abuela tal vez un poco más, pero tú le dices que eres mi novia y ya está.

—Jajajajajajajajajaja. Qué vergüenza, madre mía…

—¿Vergüenza de qué? ¿Tú sabes lo felices que les vas a hacer? ¡Si están locos porque tenga novia! Claro que igual ni se lo creen, mi madre el otro día, cuando le dije que tenía un plan romántico, me preguntó que si era con una de mis criaturas satelitales.

—Jajajajajajajaja. Ay, me da mucho reparo, ¿no te importa? ¿O te importa?

Leo la besó despacio y le respondió con una sonrisa enorme:

—A mí lo que me importa es que tú estés bien. Lo demás me da lo mismo.

Patricia entonces le devolvió el beso, pero mucho más largo, intenso y húmedo, y se enredaron las piernas y se pegaron los cuerpos y terminaron, otra vez, irremisiblemente, haciendo el amor hasta quedar exhaustos.

Tan exhausto que a Patricia le entró miedo a que ese hombre no rindiera en el terreno de juego dos horas después:

—A lo mejor no teníamos que haber tenido sexo antes del partido…

—Buah, qué dices, al revés, soy como los brasileños, a mí esto me da la vida. Con tus besos te gano la Champions si hace falta… Ya verás qué partidazo te voy a hacer. Esto te lo gano sí o sí…

Patricia se lo tomó a guasa, hasta que cuando apenas llevaban tres minutos de partido, vio a Ernesto Gordo coger la banda izquierda a la velocidad de Usain Bolt, ganar la línea de fondo y desde ahí pasarle la pelota a Leo que, con una energía y fuerza tremendas, se elevó por encima de los dos centrales, pegó un cabezazo alucinante y marcó tal golazo que no le quedó más remedio que creérselo.

—*Goooooooooooooooooooooooool* —gritó Patricia, abrazada a Paula, que había acudido con el resto de la familia a ver el partido y que estaba sentada en el banquillo con ellos.

—¡Qué salto ha pegado! ¡Si parecía que iba en *flyboard*! —exclamó la niña alucinada.

—¡Este Leonardo está enchufadísimo! —comentó el Míster, aplaudiendo.

Patricia sonrió encantada de ser la responsable del estado de gracia en el que se encontraba Leo, y más cuando después de celebrar el gol con el resto del equipo, él se dirigió a ella con la mirada y formó con corazón con las manos.

—Uy, uy, uy… que te está poniendo un corazón, *tíaaaaaa*… Le gustas pero mogollón —comentó Paula por si acaso su tía no se había percatado.

—Ya, ya… Y él a mí… —murmuró devolviéndole el corazón y fingiendo

después un ataque de tos, al sentir todas las miradas puestas en ella.

No obstante estaba feliz, el gesto era una pastelada total, pero no podía dejar de suspirar como una idiota.

Además el equipo estaba haciendo tal partidazo que aquello tenía toda la pinta de que iba a ser un paseo.

Sin embargo, en el minuto 45, cuando nada hacía presagiar que aquello podía complicarse, un delantero del equipo contrario tomó ventaja, Gordo llegó tarde al balón y cometió penalti.

—¡*Noooooooooo*! —gritó Patricia, desesperada—. Y encima lo tira Natalia…

—¿Es buena? —preguntó Paula.

—La llaman la Destroyer… Imagina…

Y La Destroyer cogió el balón, tiró alto, fuerte y cruzado y empató el partido…

Jarro de agua fría. Pero no pasaba nada, todavía quedaba el segundo tiempo para hacer la remontada, eso al menos fue lo que les aseguró el Míster, que confiaba completamente en ellos:

—¡Vamos chicos, que esto está ganado! —les jaleó, convencido, en el descanso.

—Como no sientes a Ernesto, lo tenemos crudo. ¡Menudo patán! Hay que ser gilipollas para meter así la pierna —aseguró Alejandra, con una mirada cargada de desprecio.

—¿Te recuerdo quién le ha dado el pase de gol a Leo? —replicó Ernesto con el ceño fruncido.

Después de un tenso tira y afloja, regresaron al campo sin cambios en el equipo, entre otras cosas porque no había con quién hacer los cambios.

El segundo tiempo resultó bastante disputado, sin ocasiones de gol, hasta que en el minuto 75, Leo perdió un balón que agarró el defensa contrario, dio un pase de treinta metros a la Destroyer que, viendo que estaba adelantado el portero, pegó tal zapatazo que clavó la bola en la portería. Golazo.

—¡Todavía hay tiempo! Vamos, chicos, vamos… —gritó el Míster desde la

banda.

Había tiempo, pero la cosa se puso complicadísima: los contrarios se replegaron, y colocaron una defensa de dos líneas de cuatro, que logró que llegaran al minuto 90, sin que fuera posible franquear la barrera.

—¡Tenemos que hacer algo, yo le voy a dar una pastilla mágica a Leo! Creo que la necesita más que nunca —cuchicheó Paula al oído de su tía.

Y sin más, aprovechó que Leo pasaba junto al banquillo para darle la pastilla y decirle:

—Tú puedes, Leo. Confiamos en ti y mi tía más que te *amaaaaaaaaaa.*

Leo tras escuchar aquello, se metió la pastilla en la boca, esperó a recibir el balón y, cuando lo tuvo en los pies, entró como un kamikaze en diagonal en el área contraria donde fue derribado, haciéndole penalti…

—¡*Penaltiiiiiiiiiiiiiiiiii*! —gritaron todos, todos los del equipo del Míster, claro.

El árbitro lo pitó, para alegría de Paula que estaba llorando abrazada a su tía, de los nervios que tenía…

Y más aún lloró cuando después de que Leo colocara el balón en el punto de penalti, lo picara a lo Anelka y marcara un gol que casi los dejó afónicos a todos.

2-2 y todavía quedaban dos minutos de partido, todo podía pasar…

El equipo contrario sacó a la desesperada, y se marcaron una buena jugada de ataque que terminó con el balón golpeando el palo de la portería.

—¡Ahora es la nuestra! —chilló Paula, convencida de que la pastilla iba a funcionar.

—Siiiiiiiiiiiiií —gritó Patricia, lanzándole a Leo besos con las dos manos.

El guardameta sacó largo y después de un par de pases de cabeza, le llegó el balón a Leo que tiró a puerta, si bien el portero milagrosamente la sacó fuera.

Un *uyyyyyyyyyyyy* se escuchó en el campo.

El árbitro pitó córner y, como iba a ser la última jugada del partido, el Míster pidió al portero que subiera. La tensión era ya insoportable, pero Leo recordó las palabras de Paula: Patricia le amaba, y sacó de esquina convencido de que iba a

suceder el milagro.

Entonces ocurrió que el defensa contrario no logró interceptar la bola que se quedó en el borde del área chica, momento que Alejandra aprovechó para meter la punta del pie, empujar el balón al palo más alejado del portero y encajarla en la portería.

—¡*Goooooooooooooooooooooooooooool*! —gritaron todos.

Y sobre todo gritó Ernesto Gordo, que corrió a abrazar a ese portento de mujer a la que, con la euforia del momento, le plantó un beso en la boca y al fin pudo decirle lo que llevaba toda la vida atravesado en la garganta:

—¡Te amo, joder! ¡Te *amooooooooooooooooooo*!

Capítulo 25

El partido fue un exitazo y no solo porque ganaron, sino sobre todo porque acudió mucha gente y recaudaron incluso más de lo que esperaban.

La Destroyer estaba tan contenta, a pesar de la derrota, que los invitó a todos a que se pasaran en Nochevieja por su local de copas.

Casi todos se apuntaron, incluido Ernesto que, muy nervioso, se marchó excusándose con que tenía algo urgente que hacer.

Lo urgente que tenía que hacer era huir de ahí como fuera, porque no soportaba ni un segundo más estar junto a Alejandra, después de declararse de esa forma tan impetuosa y loca.

Declaración de la que no se arrepentía ni un ápice, pero necesitaba al menos que pasara un día para hablar abiertamente del tema con ella.

Y desde luego qué mejor que un fiestón de Nochevieja para sobrellevar un rechazo de los que hacen historia, porque eso era lo que Ernesto estaba convencido de que iba pasar.

De momento, se quedaba con el sabor de ese beso épico y de ese te amo gritado desde lo más profundo de su corazón. Eso ya no se lo podía quitar nadie, eso lo guardaría para siempre en su memoria y a ese recuerdo pensaba aferrarse cuando esa mujer le mandara a la mierda con todas sus letras.

Leo, por su parte, también tenía prisas por ir a recoger a sus padres y a su abuela al aeropuerto, pero antes de marcharse habló con Patricia un momento a solas:

—La remontada solo ha sido posible gracias a tu sobrina Paula —reconoció Leo, mirando a Patricia con una cara de enamorado que se podía ver a kilómetros.

—Jajajajajajajaja. Las pastillas de la suerte, claro…

—Las pastillas de la suerte y sobre todo lo otro que me ha chivado —confesó

Leo con una sonrisa enorme.

—¿Qué te chivado? —preguntó Patricia, pestañeando muy deprisa, y sin tener ni idea de qué estaba hablando.

—Que me amas.

—¿Qué? —replicó Patricia, mientras daba un respingo.

—Ya no podía más, estaba derrengado pero ha sido escuchar esas palabras y te juro que podía haber estado jugando hasta mañana…

—Esta niña es… —farfulló sin saber qué decir, desbordada por la situación, asustada, agobiada y loca por huir como Ernesto.

Leo la tomó por la barbilla, la besó en los labios y susurró cerca de su boca:

—Le agradezco tanto el chivatazo, porque yo también te amo.

Luego la cogió por el cuello, le plantó otro besazo en la boca y se despidió feliz como no recordaba:

—¡Hasta muy pronto! Esta Nochevieja va a ser lo máximo, ya lo verás…

Sin aliento, como petrificada, Patricia se despidió con la mano de Leo y luego regresó con su familia que estaba a pie de campo celebrando la victoria con sidra de Villaviciosa.

—Este Leonardo se ha dejado la vida en el campo por ti, bandolera, que lo tienes loquito de amor —le dijo su hermana, tendiéndole un vasito de plástico con sidra.

—¿Qué? —replicó Patricia que todavía seguía en *shock*.

—Pues eso, que está loco por ti y tú igual, ¿te saco un espejo para que veas la cara de mema que tienes ahora mismo?

Patricia se bebió la sidra del tirón, porque con lo intenso de la situación se le había quedado la garganta seca, y le comentó a Ángela:

—Paula le ha dicho a Leo que le amo… ¿De dónde se habrá sacado eso?

—¿Tal vez del corazón que le has hecho con las manos o porque le lanzabas besos a dos manos?

—Ya —musitó Patricia, tragando saliva y sin saber qué decir.

—No te preocupes, mujer. Si más pronto que tarde se lo ibas a tener que soltar,

Paulita solo te ha hecho un favor.

—¿Favor con qué?

—Patri, estás empanada. ¿Con qué va a ser? Pues el favor de decirle que le amas. Si esto ya no tiene más que un camino, lo vuestro no tiene remedio. Ha surgido así, pues así lo tienes que tomar, hija mía. Asume, acepta y disfruta, porque caray qué piernas tiene el nene… Y una espalda… y cómo le acaba la espalda… Oy… Este Leonardo tenía a las espectadoras con babero, no te digo más, así que chica tú gózalo… Anda, tómate otro poco de sidra, a ver si espabilas…

Ángela se fue a por un vaso y en estas que apareció su amiga Alejandra, la estrella del partido, que tenía una cara similar o muy parecida a la de ella:

—Enhorabuena, Alejandra. ¡Qué golazo! —exclamó Patricia, como alelada.

—Gracias a tu Leo que me la puso en el pie.

—No te quites mérito, que había que meterla…

—Somos un equipón. Oye, ¿pero a ti qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara de panoli?

—Calla, que me ha dicho que me ama.

Alejandra se horrorizó por completo y, llevándose las mano al pecho, replicó:

—¿A ti también?

—¿Cómo, que a ti también te ha dicho que te ama?

—Cuando he marcado el gol, ¿no has visto el beso que me ha dado en todos los morros?

—Ah, Ernesto —masculló dando un manotazo al aire.

—¿Quién va a ser si no?

—A mí me lo ha dicho Leo, pero…

—¡Nada de peros que lo tuyo es más que evidente, no da lugar a dudas! Sin embargo lo de este, me temo que me lo ha soltado por la alegría del momento. Creo que ha sido como una descarga de adrenalina porque he resuelto el partido. Nada más…

—Perdona pero ¿tú has visto alguna vez que a Messi o a Ronaldo les digan

sus defensas que los aman y luego los besen en la boca? Si te ha dicho eso es porque es verdad. Tanta cena y tanto cine, tenía que ser por algo y con Matilde no debe tener nada, este está enamorado de ti y espera que no lleve muchísimo tiempo amándote en secreto.

—¡Qué dices! ¿Cómo va a ser tan pánfilo? ¿O sí? ¿Tú le ves capaz?

—En el amor todo puede ser —respondió Patricia, encogiéndose de hombros.

—Pues de esta Nochevieja no pasa, en la fiesta de la Detroyer voy a salir de dudas de una vez por todas. Vamos a Zara que necesito comprarme algo con lo que me sienta divina, para cuando me dé calabazas.

—Buah, va a ser llegar y triunfar. Como hoy… Estás en racha, tía… Ya verás…

—No sé yo, no sé yo.

Y así estuvieron con el intercambio de: lo vas petar versus me voy a quedar a dos velas, hasta que llegaron en Metro al Zara de Goya, en el que como era la hora de la comida no había demasiada gente, y Alejandra tuvo un flechazo inmediato con un vestido largo, negro y brillante, con escotazo de pico y cierre con lazo en el cuello.

—Esta es mi elección… Si pasa algo solo puede ser con este vestido, ¿te imaginas el morbo de que tire del lazo del cuello y de repente se me queden los pechos fuera? Y si no pasa nada, me quedo luciendo como una diosa griega y después a llorar a casa con mi perrilla Chas que me lo aguanta todo.

—Que no vas a llorar…

—Me da lo mismo, yo lo que quiero es saber a qué atenerme de una vez por todas.

—Perfecto… Mira, creo que me voy a probar esto… —indicó Patricia, mostrándole un mono de flecos largos, de escote en pico y tirante doble cruzado en la espalda.

—¿Tanto fleco no te hará parecer una puercoespín? Yo es que lo veo como rollo Espinete total.

Patricia no había caído, porque ella solo buscaba algo elegante y sin

brillibrilli, pero la imagen le pareció estupenda:

—Genial, ese efecto me gusta.

—¿Tan cagada estás, tía? —preguntó Alejandra sin dar crédito.

—Es que no veas el vértigo que te da cuando te dice te amo alguien que conoces de tan poco tiempo.

—Pues mejor no te cuento el que da cuando el que te lo suelta es alguien que conoces de toda la vida…

Patricia la miró, las dos se echaron a reír, y así muertas de la risa se metieron en los probadores…

Capítulo 26

Apenas pasaban quince minutos de las doce de la medianoche, cuando Leo aparcó en doble fila frente a la casa de Patricia y la llamó para pedirle que bajara.

—¿Ya estás aquí? Jajajajajajajajaja. ¿Dónde te has comido las uvas en el coche? —preguntó Patricia, mientras se calzaba un tacón cómodo, pues pensaba pasarse bailando toda la noche.

—Me las he tomado y he salido pitando antes de que me pillara el tráfico. Por cierto, ¡Feliz Año!

—¡Feliz Año, Leo! Me pongo el abrigo y voy…

—Discúlpame con tus padres, me habría encantado subir a saludarlos, pero es imposible aparcar.

—Tranquilo, no pasa nada. Ahora les felicito el año en tu nombre...

Patricia colgó y tres minutos después, en cuanto Leo la vio salir por el portal, se apeó del monovolumen, un BMW de siete plazas, para abrirle la puerta:

—¡No sé cómo lo haces, pero cada año estás más guapa! —exclamó Leo fascinado al verla y luego la besó suave en los labios.

Patricia se había recogido el pelo en un moño alto, se había maquillado de fiesta y lo cierto era que sus ojos brillaban más que nunca.

—Pues como tú —replicó Patricia, divertida.

Y lo dijo de verdad porque le pareció que Leo, que esa noche llevaba un traje de terciopelo negro, estaba más guapo que nunca.

Y justo en ese instante, de improviso, estallaron unos fuegos artificiales sobre sus cabezas que a Patricia la sobresaltaron…

—¡Qué susto! —dijo ella llevándose la mano al corazón.

Leo la abrazó con fuerza y después la chica se giró, pero sin despegarse de él para ver las palmeras de colores que dibujaban el cielo estrellado de esa noche tan fría.

—Qué bonito, esto es por nosotros, están celebrando que estamos juntos otra vez —comentó Leo, risueño—. Anoche te eché mucho de menos…

—Y yo a ti.

—Dejaste un vacío tan grande en mi cama, menos mal que la habitación aún huele a ti.

Leo se pegó a ella más todavía y el corazón de Patricia comenzó a latir con la misma fuerza con la que los fuegos artificiales reventaban de colores en el cielo.

Pero no dijo nada, ni siquiera se atrevió a confesarle que esa noche había dormido abrazada a la almohada para mitigar en vano su ausencia, tan solo se limitó a mirar los fuegos en silencio, sintiendo a Leo en su espalda.

Luego, cuando acabaron, él le pidió que subiera al coche:

—Pasa por favor…

Patricia entró, se puso el cinturón y Leo hizo lo mismo tras coger un par de cosas que tenía en el asiento trasero.

—¿La cena qué tal? —preguntó Patricia que estaba muy nerviosa.

Porque por un lado, se moría de ganas de estar con Leo, pero por otro el maldito vértigo la tenía totalmente trastornada.

—Muy bien. Además a mi amigo le han dado el alta esta tarde, así que todo genial. Y ahora toma, esto es para ti —comentó entregándole los dos paquetes que tenía en la mano.

—¿Esto qué es? ¿Han llegado los Reyes a tu casa con antelación o qué? —bromeó Patricia, sorprendida.

—Abre primero este —le pidió Leo señalando algo que tenía toda la pinta de ser una bandeja de pasteles.

Patricia dejó el otro paquete en el regazo, que era una especie de caja cuadrada y siguió las instrucciones de Leo:

—Pero ¿y esto por qué? No me tenías que regalar nada —aseguró mientras abría el paquete con cuidado.

—Por supuesto que tenía que hacerlo —insistió Leo, en el momento en el que Patricia desenvolvió al fin y comprobó que eran unos buñuelos.

—Madre mía, qué pintaza. ¿Puedo?

—Por supuesto, son *oliebollen*, los hemos hecho mi abuela y yo, es lo típico que se toma en Holanda en estas fechas.

Patricia probó un buñuelo y aquello estaba delicioso:

—*Mmmmm*. ¿Por qué no me has hecho pelotas de estas antes? Qué rico, por favor…

—Son buñuelos con pasas y cubiertos con azúcar glas, como mejor están es así, fríos.

—Te agradezco que me los hayas traído porque están buenísimos. ¿Esto es lo que se toma en Holanda en vez de las uvas?

—¿Podrías tomarte un buñuelo por segundo? —replicó Leo muerto de risa.

—No me tientes.

—Allí se hace la cuenta atrás, diez, nueve, ocho, siete… hasta que llega el Año Nuevo y nos besamos, nos abrazamos y demás. Los buñuelos nos los comemos antes y después. Por cierto, ahora que lo pienso no nos hemos dado un beso de Año Nuevo como Dios manda.

—¿Y cómo es?

Leo la agarró por el cuello, deslizó los dedos en el cabello de Patricia y luego la besó con tanta pasión que a los dos le entraron unas ganas terribles de arrancarse toda la ropa.

—¡Feliz Año! —susurró Leo, después del beso, casi sin aliento.

—Lo mismo digo —suspiró Patricia.

—Ahora sí que está todo en orden…

Y para celebrarlo, Leo cogió un buñuelo, se lo metió en la boca y le pidió que abriera el otro paquete.

—Qué detalle de verdad, y yo que no te he traído nada. ¡Qué mal! —dijo Patricia, todavía traspuesta por el beso, a la vez que rasgaba el papel y levantaba la tapa de la caja.

—¿Mal? ¿Te parece poco tu presencia? —replicó Leo, mientras Patricia sacaba de la caja una bola de nieve casera con unas casitas dentro, hecha con un

tarro de conservas de cristal.

—¡Oh, es preciosa! —musitó Patricia, emocionada.

—Es de mi abuela, pero dale la vuelta…

Patricia dio la vuelta a la bola y vio que tenía pintado un corazón fucsia casi tan grande como la tapa.

—Es un corazón —susurró Patricia, acariciándolo.

—Dice mi abuela que es mi corazón, ya sé que suena terriblemente cursi, y me da mucho apuro contarte esto, pero después de hablarle sobre ti, me ha visto tan enamorado que ha pintado mi corazón en la tapa y me ha pedido que te lo entregue.

Patricia se metió un buñuelo en la boca de los nervios que tenía y con una ansiedad tremenda dio la vuelta otra vez a la bola para que cayera la nieve.

—Es muy bonita… La bola… —farfulló con la boca llena.

—Si lo del corazón te parece una horterada, puedes ponerle encima una pegatina o pintar la tapa entera con otro color.

Patricia tragó, negando con la cabeza y repuso:

—Ni hablar, a mí me encantan los corazones...

—Ya, pero es que este es el mío —replicó Leo mordiéndose los labios.

—Vale, pues así se queda. No pienso cubrirlo con nada…

—¿De verdad? —preguntó Leo ilusionado.

—Claro, no pienso estropear la tapa con un manchurrón.

—Ah, o sea que lo haces por una cuestión estética…

—Y también porque es tu corazón —repuso Patricia, divertida.

—De acuerdo, ya me quedo más tranquilo. También te quería comentar que mi abuela tiene tantas ganas de conocerte que me ha pedido que te invite a que vayas en primavera a conocer los jardines de Keukenhof.

—Los famosos jardines de *Keukeké* —precisó Patricia con guasa.

—Esos mismos…

—Dile que es muy amable y que estaría encantada de ir...

—¿Y con el nieto también? ¿O sea conmigo?

Patricia cogió otro buñuelo y respondió con una sonrisa traviesa:

—Si no hay más remedio… Bueno… ¿Por qué no?

Leo arrancó el coche feliz y eso que la noche solo acababa de empezar…

Capítulo 27

Pasaron a recoger a Alejandra a su casa y lo primero que esta comentó mordaz al subir al monovolumen fue:

—¿Tienes este coche tan grande porque piensas ampliar la familia pronto?

Leo soltó una carcajada en tanto que Patricia no sabía dónde meterse…

—Siempre he sido el que no bebe de mis amigos.

—Ya lo pillo. Eres ese amigo UBER que todos queremos tener —habló Alejandra, con guasa.

—Algo así, además tengo a mi familia de Ámsterdam que suele venir a visitarme y no descarto en el futuro tener al menos cinco críos. ¿Qué menos que un equipo de baloncesto? ¿No te parece? —preguntó divertido mirando a Patricia.

—Pues sí que van avanzadas vuestras cositas desde ayer que ya estáis pensando en niños. ¿Qué capítulo me he perdido? —inquirió Alejandra, muerta de risa.

Patricia se volvió, miró a su amiga con cara de que dejara de decir tonterías, y le exigió apuntándola con la bandeja de buñuelos:

—Toma, come, que es típico de Holanda…

—Seguro que está delicioso, pero tengo unos nervios que apenas he probado bocado durante la cena. Guárdamelos para luego, para cuando Ernesto me confiese que a quien ama de verdad es a Matilde.

—¿Quién es Matilde? —quiso saber Leo con curiosidad, cuando estaban parados en un semáforo.

—Una compañera de trabajo de Ernesto, con la que esta se ha emparanoiado —explicó Patricia—. Pero vamos, estoy segura de que no hay nada entre ellos.

—Ayer te besó cuando metiste el gol —recordó Leo.

—Sí, y me dijo que me amaba, pero es que en los momentos de gloria la gente

se confunde muchísimo y pierden el control de lo que dicen y hacen con la lengua.

—Pues mira que yo estaba contento, pero solo me entraron ganas de besar y decirle que le amaba a Patricia —aseguró Leo mirando a Patricia que se ruborizó de una forma que ella consideró que era patética.

—Sí, tío, qué gusto. Ojalá Ernesto lo hubiese tenido tan claro conmigo y se hubiese tirado a la piscina como tú lo estás haciendo con ella: así centrado, sin miedo, derechito y con buena letra… Pero esta pava dice que tiene vértigo.

—¿Vértigo? —replicó Leo arqueando una ceja.

A Patricia le entraron ganas de salir corriendo, pero justo en ese momento el semáforo se abrió.

—Sí, como cuando te subes a un rascacielos miras para abajo y dices: ay qué vértigo, pero luego miras al horizonte y dices: ay qué maravilla, que lo diviso todo.

—Ya… —masculló Leo, aliviado.

—Sí, tú tranquilo, que Patri siempre ha querido vivir en un ático.

—No sabía —murmuró Leo, divertido.

—Sí, sí, de toda la vida —confirmó Alejandra, asintiendo con la cabeza.

Patricia respiró hondo y con ganas de meterle en la boca a su amiga la bandeja de buñuelos, a ver si así se callaba de una vez, replicó con sorna:

—Sí, mis dos grandes deseos de siempre han sido: vivir en un ático y tener una amiga discreta.

—¡Qué aburrimiento! ¡Una amiga discreta! Anda, pon un poco de musiquita para amenizar el ratito que me queda de estar contenta, porque en cuanto llegue tengo pensado plantarle a Ernesto la tostada. Y a partir de ahí, todo van a ser lágrimas…

—Si tú lo dices… —bufó Patricia conectando la radio, más que para complacerla para que se callara de un vez. Y entonces, sonó *Sonríe* de Luis Miguel—: Mira, una señal para ti, *Sonríe*… Eso es que no va a haber lágrimas por mucho que te empeñes.

—Te equivocas porque la señal no es para mí sino para ti. —Y Alejandra se puso a cantar a voz en grito, haciendo unos gallos horribles—: *Si ese amor terminó/otro amor puede llegar/nunca es tarde para amar/volver a ser feliz/Sonríeeeeeeeeeeee…*

Y así cantando y cantando, llegaron al local en la calle Ibiza, donde milagrosamente encontraron aparcamiento en un hueco que otro monovolumen acababa de dejar libre, en la calle de detrás.

Una vez en La Destroyer, porque el garito se llamaba así, como la dueña, una especie de pub irlandés, inspirado en las calles de Dublín, con decoración en madera y fotografías y pósters relacionados con el mundo fútbol, les recibió la misma Destroyer con unas gafas enormes de purpurina rosa, una boa de plumas, un minivestido tan escotado que llevaba los pezones casi afuera y unas botas mosqueteras rojas de unos doce centímetros.

—¡Aquí llegan los campeones! —anunció la anfitriona agitando las manos al aire, al ritmo de Romeo Santos que en ese momento estaba sonando.

—Espérate a que acabe la noche, Destroyer, que de momento hoy no he ganado nada —comentó Alejandra, al tiempo que la saludaba con dos besos.

—¿El partido no será con Gordo? —preguntó la Destroyer, mientras saludaba a Patricia y a Leo.

—Sí, ¿por?

—Porque te pegó un buen morreo cuando nos metisteis el gol. ¡Eso lo tienes más que ganado, tía!

—No sé yo. Te lo digo después, porque va a ser rapidito. En cuanto llegue, se lo planto. Porque ¿no ha venido, verdad? —inquirió Alejandra y la Destroyer negó con la cabeza—. No quiero que me den las nueve de la mañana con el chocolate, los churros y la intriga.

—Ya verás como no… —aseguró la Destroyer, subiéndose las gafas.

—No la hagas ni caso, que es una pesada —le pidió Patricia—. Oye, me encanta tu local, no lo conocía como he estado viviendo en Alicante…

—Lo puse después de que cerrase la empresa de publicidad en la que

trabajaba. No me salía nada y dije: tengo que hacer algo. ¿Qué me gusta? Los irlandeses y el fútbol, pues hala… Engañé a tres amigos y montamos el pub irlandés de temática futbolera y la música que me da la gana. ¡Y nos va muy bien! —exclamó colocándose el vestido bien—. Este vestido tiene vida propia, se me va para todas partes, pero bueno: lo que no se enseña se pudre, que decía mi abuela. ¡Pasadlo muy bien, chicos!

La Destroyer se marchó a saludar a un grupo de recién llegados, momento que Patricia aprovechó para quitarse el abrigo, colocarlo encima de un taburete y dejar a Leo con la boca abierta:

—¡Estás divina! —exclamó, tomándola de la mano, echando un paso hacia atrás y luego haciendo que diera una vuelta sobre sí misma para que los flecos volaran al aire.

Después, bailaron abrazados mientras sonaba de fondo, Dani Martín: *Que se mueran de envidia*, decía la letra de la canción.

—Desde luego que me muero de envidia… —confesó Alejandra quitándose el abrigo.

—No te quejes tanto, bonita y baila conmigo —bromeó Patricia, separándose de Leo y agarrando a Alejandra de los hombros para que bailaran juntas.

—Fenomenal, mientras me voy a pedir algo. ¿Qué queréis? —preguntó Leo.

—Champán, celebremos que hoy, pase lo que pase, es el día —respondió Alejandra, mientras bailaba con su amiga.

Y así, siguieron hasta que regresó Leo con las copas y se encontró con Patricia dando vueltas sobre sí misma como una peonza loca, al ritmo de *Feel* de Robin Williams y fascinada con el efecto de los flecos al viento:

—Y pensar que eligió el mono de flecos para espantarte… Pero ahora mírala cantando que solo *quiere sentir amor de verdad*… —confesó Alejandra.

—¿Y por qué me habría de espantar un mono de flecos? —habló Leo, perplejo, entregándole la copa de champán a Alejandra.

—Porque parecen pinchos de puercoesp…

Alejandra no pudo terminar la frase ya que en ese mismo instante se percató

de que Ernesto acababa de entrar al local y que caminaba hacia ella con paso firme, clavándole la mirada, una mirada absolutamente salvaje que la dejó petrificada…

Capítulo 28

Ernesto saludó a Patricia y Leo y luego le preguntó a Alejandra que le pareció como siempre que era la chica más *sexy* del planeta:

—¿Podemos hablar a solas un momento?

Alejandra sin pestañear, aferrada a la copa de champán, tragó saliva y respondió:

—Sí, cómo no.

—Lo que tengo que decirte puede ser muy corto o muy largo, todo depende de ti.

—¡Ah, mira, pues como yo! —replicó Alejandra, a la vez que sentía que ya no había nada más que hacer: la hora de la verdad había llegado.

—Perfecto —dijo Ernesto, agarrándola de la mano, y llevándola hasta el fondo de la sala, donde había una escalera que subía al piso de arriba en el que todavía apenas había gente.

Allí, junto a una foto del gol de Iniesta en el Mundial de Sudáfrica, los dos se miraron sabiendo que se lo estaban jugando todo.

—Empieza tú —le pidió Ernesto, deseando decirle toda la verdad.

Y Alejandra, que no estaba para rodeos, le soltó la mano y decidió ir directa al grano:

—¿Estás liado con Matilde? —le soltó así, a bocajarro.

—¿Cómo voy a gritarte que te amo estando liado con Matilde? ¡Qué cosas tienes! —exclamó llevándose la mano al nudo de la corbata.

—¿Pero me amas de verdad o fue la euforia del partido? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Me estás hablando en serio?

—¿Qué quieres que piense después de infinidad cenas y cines de casta amistad, si de repente me sueltas eso, ahí, después del gol de la victoria? Pues

que se te ha ido la olla por la locura del momento y punto.

—Pero si ya te había confesado en el entrenamiento que me gustaba otra.

—Otra, pues eso, Matilde… Porque si te gustara yo, lo normal habría sido que dijeras: Me gustas, tú, Alejandra.

—Yo no soy normal, ni tú tampoco.

—¿Ah no? ¿Entonces qué somos? ¿Idiotas? —replicó Alejandra, tras dar un sorbo a su copa.

—Puede ser —reconoció Ernesto y acto seguido, soltó la bomba—: Llevo toda la vida enamorado de ti.

Alejandra a punto de atragantarse con el champán, y creyendo no haber escuchado bien, replicó:

—¿Toda la vida qué?

—Enamorado de ti, hasta las trancas, hasta lo más profundo de mi ser, hasta que me duele incluso cuando respiro. Así…

—Uf. Joder, tío, pues va a ser que sí que eres idiota. ¿Pero tú no estabas enamorado de Patricia, que te rechazó por tu apellido? —preguntó, alucinada con lo que estaba escuchando.

—Fingí estarlo para darme un halo de inaccesibilidad, como te gustan los difíciles y los canallas y yo no era ni una cosa ni otra.

—No, desde luego que no, tú eras simplemente lerdo. ¿Pero por qué no me dijiste que te gustaba a pecho descubierto?

—Porque temí que me lo cosieras a balazos con tu rechazo. Pero ya me da todo igual, no puedo callarme ni un segundo más esto que siento. He intentado olvidarte con otras personas, pero siempre vuelvo a ti, una y otra vez, no te puedo sacar de mi cabeza ni de mi corazón. Ni hoy ni nunca, así que qué más da que me rechaces, te seguiré teniendo aquí —dijo dándose un manotazo en el corazón—, por siempre jamás.

—Y yo a ti —reconoció tras apurar su copa.

—¿Me vas a llevar siempre en tu corazón, pero cada uno por su lado? ¿Es eso lo que tenías que decirme? —preguntó Ernesto, con los ojos llenos de lágrimas.

Entonces, Alejandra miró la foto de Iniesta y sintió que había llegado el momento de marcar el gol de su vida. Por eso, dejó la copa en una mesa que tenían al lado, agarró a Ernesto por el cuello y lo besó como llevaba deseando hacerlo desde que tenía quince años y empezó a quererlo en secreto.

Ernesto con el corazón a punto de estallar de felicidad, la estrechó contra él y siguió besándola de la misma forma que ella lo estaba haciendo, con todas las ganas que llevaba guardadas desde que vio por primera vez a esa pelirroja que le robó el corazón para siempre.

Luego, tras besarse, ella le confesó:

—Me hice defensa del equipo para poder estar más tiempo contigo.

—Y yo me he tragado un montón de películas de terror que lo aborrezco solo por sentirte cerca, por aspirar tu aroma, por rozarte apenas en la oscuridad.

—¿Y qué coño estamos haciendo aquí? Quiero decir, ¿cómo hemos podido llegar así hasta aquí?

—Ya da lo mismo hacerse esos planteamientos, ahora lo único que nos queda es pensar en la remontada y en que tenemos el resto de la vida para recuperar el tiempo perdido.

Alejandra volvió a besarlo y, muy pegada a él, le susurró:

—¿Y qué tal si empezamos ya?

Ernesto ni se lo pensó, la cogió de la mano, bajaron las escaleras, se despidieron de Patricia y Leo que estaban bailando comiéndose a besos y salieron a la calle, donde parecía que estaba a punto de nevar, en dirección a la casa de Ernesto que vivía muy cerca de allí.

—Tengo en casa el helado de menta y chocolate que compramos el otro día y me quedan Boca Bits, refrescos de Kombucha, Coca-Cola de la mala…

—Con eso nos hacemos un fiestón que ni te cuento.

Ernesto iba a replicar algo, pero se dio cuenta de que Alejandra no podía seguirle el paso porque llevaba las sandalias de tacón que se había comprado en un mercadillo de Londres y con las que veía las estrellas, el Sol y Luna cada vez que se las ponía:

—¿Cómo te has puesto esas sandalias con este frío? Además, dijiste después de que llegaste coja de la boda de tu prima Gloria que jamás te las volverías a poner, ni como penitencia en Semana Santa.

—Calla, no me hables, que si lo pienso me duele más. Háblame de otra cosa, por favor.

—¿Miri cómo está?

Miri era una galga que Alejandra había operado el viernes de urgencias, a la que ella tenía mucho cariño.

—Mucho mejor, esta mañana fui a verla y creo que va a salir adelante.

—Genial, eres una *crack* —dijo Ernesto con una sonrisa enorme.

—Si fuera tan *crack*, llevaríamos juntos desde los quince.

—Pero nos habríamos perdido este momento, no me digas que no es alucinante ligar con tu mejor amigo. Para mí tiene un encanto increíble llegar un garito y salir de la mano de la chica más guapa de la fiesta, que además me conoce perfectamente. Si es que sabes que tengo los metatarsos caídos, tres endodoncias, un arte para hacer macarrones que te mueres… No me digas que esto no es bonito, Ale… ¡Esto no lo vive todo el mundo!

—No, afortunadamente, la gente en general no es tan idiota como nosotros —repuso entre dientes, por el frío y porque el dolor que tenía de pies era insoportable.

—Ven aquí…

Ernesto la cogió en volandas y la cargó los cincuenta metros que quedaban para llegar a casa…

—Tío, ¿qué haces?, que soy una valquiria *sexy* y voluptuosa de más de setenta kilos de peso.

—¡Bah, eso no es nada para mí!

Y así llevó a su valquiria a cuestas hasta los pies de la cama de su dormitorio, donde la dejó con cuidado, le quitó el abrigo y luego le desanudó el lazó del vestido que cayó dejándola con los pechos al descubierto.

—Qué belleza, creo que me voy a desmayar —susurró Ernesto, mirándola

extasiado.

—Ni se te ocurra, que no hemos esperado tantos años como para pasarme la noche abanicándote.

Luego, le empujó contra la cama y empezó la mejor Nochevieja de sus vidas…

Capítulo 29

Mientras tanto, en el bar de la Destroyer y a eso de las cuatro y media de la mañana, Leo le propuso a Patricia que se lo estaba bailando todo:

—Tengo una sorpresa para ti.

—Dame una pista… —susurró abrazada a él.

—*Mmmm*, pétalos de rosa, bombones, champán, terraza con vistas…

—¡Ni lo sueñes! ¿Estás loco? —le preguntó horrorizada.

—Pensé que te gustaría.

—¿Con tus padres y tu abuela en casa? No, por favor, me da algo…

—No entiendo por qué. Estaría genial que desayunáramos juntos los buñuelos que hayan sobrado… Y mi abuela te puede enseñar a hacer bolas de nieve…

—Deja, deja, mejor en otra ocasión…

—¿Estás segura? —preguntó mordaz—. Piénsatelo bien que es un planazo.

—No, gracias. Prefiero seguir bailando hasta mañana —contestó moviéndose al ritmo de una de Depeche Mode.

—Jajajajajajajajaja. He reservado una habitación en el H10 Puerta de Alcalá, está muy cerca de aquí.

Patricia abrió los ojos como platos y preguntó sin creérselo:

—¿De verdad?

—Es que como no tenemos casa, pensé que estaría bien que durmiéramos juntos la primera noche del año. Pero si prefieres que hagamos otra cosa…

—Otra cosa sí, pero en el hotel…

Media hora después estaban en el hotel, en una habitación enorme, decorada en blanco y negro, con suelos de madera, vistas al parque del Retiro, pétalos en la cama y champán.

—¡Lo del champán y los pétalos era verdad! —exclamó Patricia descalzándose nada más entrar.

—¡Todo es verdad!

Patricia se quitó el abrigo, lo dejó sobre una silla y se arrojó sobre la cama:

—¡Me duelen los pies pero me da lo mismo!

—No será porque no te haya dicho que pares —comentó Leo, al tiempo que se quitaba el abrigo y la chaqueta.

—No quería, necesitaba bailar, necesitaba cantar, necesitaba reírme, además me duelen como a una persona normal. Mi pie ya está curado —aseguró trazando círculos en el aire con la punta del pie.

—¿Solo tu pie? —preguntó Leo, tras tumbarse a su lado.

Patricia le miró, sonrió y respondió llevándose la mano al corazón:

—Esto también…

Leo colocó la mano encima de la de Patricia, la apretó un poco y luego susurró:

—No sabes cuánto me alegro.

—Y yo, pensé que tardaría muchísimo más.

—Para cuando cumplieras 105 años y siendo optimista —le recordó Leo.

—Así era. Sin embargo, esta noche puedo volver a creer en el cuento otra vez, contigo es imposible no hacerlo.

—Espero que no sea solo esta noche —susurró Leo, acariciándole el brazo y luego besando el tatuaje de la alcachofa.

—Esta noche y la siguiente y la siguiente… —aseguró Patricia, suspirando.

Leo bajó el tirante del mono de Patricia, luego la cremallera de la espalda y le desabrochó el sujetador.

Ella hizo con lo mismo con la corbata y la camisa y se quedaron frente a frente, medio desnudos, envueltos por una luz mágica que hacía más difícil convencerse de que aquello era real.

Pero lo era, Leo acarició el pecho de Patricia y luego lo besó, mientras las manos de ella se deslizaban por la espalda.

—La noche pasada eché tanto de menos tu espalda y tu olor —musitó aspirando el aroma del cuello de Leo.

—No soportaba estar otra noche sin ti y más en Nochevieja —confesó Leo, al tiempo que descendía a besos hasta el ombligo de Patricia.

—Ni yo —repuso mordisqueándole el cuello.

—Sí, pero te has puesto estos flecos disuasorios…

Leo dio un tirón de los pantalones que cayeron al suelo, luego Patricia sacó los pies y se liberó de ellos:

—Era por el vértigo, pero ahora no tengo ninguno…

Leo ascendió hasta los labios dulces de Patricia que besó desesperado, lamiéndolos, mordiéndolos, hundiéndose en su boca…

Después, acarició con la punta de sus dedos el flequillo largo que tanto le gustaba y musitó:

—Porque no hay vacío, porque no hay caída posible, porque solo podemos volar muy lejos y muy alto…

Patricia suspiró, sonrió con el corazón, que latía muy fuerte y confesó:

—Estamos en el último piso y estoy bien, incluso podrías haber reservado la habitación en alguna de las estrellas a las que apuntas con tus nanosatélites y no sentiría nada de eso.

—Incluso podría decirte que te quiero…

—Dilo —susurró Patricia, asintiendo con la cabeza.

—Te quiero.

Patricia respondió: y yo, no con palabras, sino incorporándose y deshaciéndose el moño de tal forma que el cabello ondulado cayó sobre su pecho con la misma cadencia con la que los primeros copos de nieve comenzaron a precipitarse sobre la ciudad.

Luego se sentó a horcajadas sobre Leo, le acarició el torso fuerte y musculado, los abdominales marcados y le desabrochó los pantalones.

Él la tomó por los hombros, la atrajo hacia su boca y la besó apasionadamente hasta quedarse sin aliento.

Acto seguido, Leo se despojó de los pantalones y de los *slips* y sacó de de la cartera que llevaba en el bolsillo un condón que le pasó a Patricia.

Ella lo abrió con cuidado, a la vez que las manos de Leo se perdían por debajo de las braguitas rojas que esa noche Patricia se había puesto para que le dieran suerte.

Y se la habían dado, tanta que ya ni las necesitaba, por eso se las quitó y volvió a la misma posición, sentada sobre Leo que ahora trazaba dibujos con el dedo índice sobre el pubis de Patricia.

Ella gimió de placer y luego acarició el miembro durísimo de Leo, que cerró los ojos para sentir más todavía.

Tras el jugueteo, Patricia le colocó el condón y, después de que él la acariciara para humedecerla más todavía, se sentó encima de la tremenda erección y comenzó a mover sutilmente las caderas.

Leo abrió entonces los ojos porque necesitaba mirar a la boca que adoraba, a los pechos que se agitaban trémulos al ritmo de sus caderas, al vientre que había lamido y al todo en el que quería fundirse para recuperar la cordura.

Así, la agarró fuerte por las caderas y comenzó a empujarlas para que el movimiento fuera más intenso y profundo, sin dejar de mirarse y sin dejar de pensar que aquello era un sueño que merecía no acabar nunca.

Perdidos el uno en la otra, estuvieron haciéndose el amor en esa postura, hasta que Leo descendió con la mano hasta la vulva que acarició dándole tanto placer, que solo tuvo que darle unos toquecitos con el pulgar en el clítoris para que ella se corriera tan fuerte que él lo sintió.

Feliz, descansó en el pecho de Leo por unos instantes, justo hasta que él la apartó a un lado con cuidado, se quedó tumbada bocarriba, él se situó entre sus piernas y volvió a hundirse dentro de ella, haciéndola gemir otra vez.

Aquello era maravilloso, electrizante y romántico, excitante y dulce. Y así de esa manera, siguieron haciendo el amor hasta que los dos necesitaron más, ella colocó las piernas sobre los hombros de Leo y todo fue más profundo y más intenso.

La locura se desató para los dos, tanto que llegó un momento en el que el placer se hizo ya casi tan insoportable, que ella se tocó y se corrió otra vez de

una forma tan potente, que él fue detrás sucumbiendo también a un orgasmo salvaje…

Capítulo 30

A la mañana siguiente, se ducharon juntos y pidieron el desayuno en la habitación, mientras fuera el sol de invierno había derretido la nieve que había caído durante la noche.

Antes de irse, salieron a la terraza a disfrutar de las vistas del Retiro y hacerse fotos que no subieron a ninguna parte.

—Durante mi convalecencia del pie, fantaseé muchas veces con que algún día sería feliz, como ahora, y que estamparía el instante como foto de perfil en mi wasap para que Carlos viera lo maravillosamente bien que podía estar sin él —contó Patricia, con Leo pegado a su espalda—. Sin embargo, ahora que lo que tengo supera con creces a lo que imaginaba, no tengo necesidad de hacer alarde de nada. Y mucho menos me importa lo que él piense o deje de pensar. Quién me lo iba a decir…

—Me pasa al revés, no tengo foto de perfil en wasap, pero ahora me apetece ponernos a nosotros y *que se mueran de envidia…* —confesó canturreando la canción de Dani Martín.

—Jajajajajajajaja. Ay no quiero irme de aquí, ¡qué vistas más increíbles!

—Si quieres nos quedamos otra noche.

—Tu familia se marcha mañana, tienes que estar con ellos. Ya habrá más días…

—Ojalá —musitó Leo, besándola en el cuello.

—Por supuesto que los habrá…

—¿Te apetece que demos un paseo por el Retiro antes de volver a nuestras respectivas casas? —propuso Leo.

A Patricia le pareció fenomenal, y tras abandonar el hotel se dirigieron al Retiro, cogidos de la mano hasta que Leo sacó el tema de la mudanza y ella se soltó de él…

—¿Sabes ya dónde vas a vivir?

—He estado muy liada, no me ha dado tiempo a ver nada…

—Mi propuesta sigue en pie, en sus dos versiones —dijo Leo con una sonrisa enorme.

—Tú es que eres muy valiente.

—No, no lo soy. Solo sé lo que quiero y lo tengo delante.

Luego entraron al parque por la Puerta de Madrid y Patricia se sentó en el primer banco que encontró al sol, Leo hizo lo mismo y ella de echó un poco a un lado, para dejar un espacio entre ellos.

—Yo también sé lo que quiero, pero no es tan fácil —musitó Patricia.

—¿Y qué es fácil? Con mi trabajo me pasó algo parecido: ni era el más brillante de mi promoción, ni nadie daba un céntimo por mí, cuando decidí dedicarme a algo que era una locura para todos. Ni te figuras la cara que pusieron mis padres cuando les dije quería lanzarme a la conquista espacial con nanosatélites *low cost*. Mi madre hasta me pidió cita con un compañero suyo psiquiatra…

—Por eso te digo, tú eres muy valiente. Yo no.

—Yo solo fui detrás de mi sueño, y al principio fue muy duro, tuve que trabajar muchísimo y sin ver apenas resultados. Pero fui perseverante, insistí, no me rendí y aquí me tienes enviando alcachofas al espacio.

—Pero en las relaciones es mucho más complicado todavía, reconozco que estoy muy a gusto contigo, pero todavía me siento frágil y vulnerable.

—¿Crees que yo no? Te miro y pienso: ¿qué hace esta chica conmigo? ¿En qué momento despertará, se dará cuenta de que soy un petardo de tío y saldrá corriendo?

Y tras decir esas palabras, un gato blanquinegro, de ojazos verdes, mirada perspicaz y porte aristocrático, apareció orgulloso y elegante, y se acercó hacia ellos, con paso firme.

—Ese gato viene directo para nosotros, voy a darle unas galletitas de las que he cogido en el hotel, del desayuno… —habló Patricia, abriendo su bolso.

—Creo que no tiene hambre, parece un gato bien cuidado y alimentado y lleva una chapa…

Cuando el gato estaba justo a sus pies, los dos leyeron que, en la chapa roja en forma de corazón, ponía:

—Blas, pone Blas.

—Sí, ¿estás perdido, Blas? —le preguntó Patricia, y Blas lo que hizo fue subirse al banco y pegarse a Leo.

—A ver si aparece algún teléfono en la chapa —murmuró Leo, intentando echar mano a la chapa.

Sin embargo, Blas lo que hacía era como empujar a Leo para que se pegara más a Patricia.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Patricia, perpleja—. ¿Es como si quisiera todo el banco para él? ¿Será suyo? A lo mejor era el banco donde solía venir con su dueño. ¿Nos levantamos?

—Su dueño debe seguir vivo y coleando, ¿tú has visto lo bien que luce?

A Blas le agradó mucho el comentario y Patricia se dio cuenta:

—Oy, mira qué ojillos ha puesto. Parece que le ha gustado tu comentario…

—Sí, yo creo que le caemos bien, no quiere que nos marchemos. Solo que estemos más juntitos…

—Jajajajajajajajaja. ¿Qué dices?

—Lo que oyes, creo que me empuja para que me pegue a ti… Mira…

Leo se levantó y acortó la distancia que los separaba, de tal forma que sus cuerpos podían tocarse.

Y justo en ese instante, Blas se bajó del banco y se quedó mirándoles de frente.

—Y ¿ahora qué hace? ¿Mirarnos? Creo que quiere comida…

—Que no, que lo quiere es que estemos bien pegados.

—¿Qué es, un gato casamentero? Jajajajajajajajajaja. Vamos, sí, lo más normal…

—Voy a hacer una prueba: me voy a separar de ti, a ver qué pasa…

Leo se levantó y se sentó a medio metro de ella, entonces a Blas le faltó tiempo para regresar otra vez al banco y empujarle con las patas para que se acercara de nuevo a Patricia.

—¡Te está empujando hacia mí!

—¡Ya te lo he dicho! ¿No has visto la cara de listo que tiene el tío?

—A lo mejor es porque intuye que yo tengo las galletas.

—En ese caso se pondría por tu lado, no perdería el tiempo conmigo.

—Voy a sacar las galletas a ver qué pasa… —Patricia extrajo el paquete de galletas del bolso, lo abrió, sacó una y agitándola al aire, canturreó—: *Blaaaaaaaaas*, mira lo que tengo, qué *ricooooooooooo*…

Blas la miró con cara de aburrimiento, bostezó y luego se quedó como dormitando sin separarse de Leo.

—Lo que te decía, este tío pasa de galletas. Lo que quiere es que estemos juntos —aseguró Leo, mirando divertido a Blas.

—Yo voy a llamar a Alejandra, que es veterinaria y seguro que sabe qué es lo mejor que podemos hacer para encontrar a su dueño —dijo Patricia, buscando el móvil en el bolso.

Pero justo en ese momento, apareció una pareja de la mano, que al verles gritó:

—¡*Blaaaaaaaaaaaaaaaaas*! ¡Ya estamos aquí! Vamos a casa…

—Blas ha tenido suerte —habló Leo, en tanto que Patricia guardaba el móvil en el bolso otra vez.

—¡Hola, soy Soraya! ¡Y él es Edu! Somos…

—¡Los dueños de Blas! —exclamó Patricia, contenta de haberlos encontrado.

—Blas no tiene dueño —replicó Edu, harto de explicar siempre lo mismo.

—Los papás, perdonad…

—¿Acaso nos ves rabo y bigotes? Perdona, tú, pero tienes que ir a visitar al oculista… —repuso Edu, mientras los demás se partían de risa—. Verás, Blas y yo nos escogimos por libre elección —explicó Edu que siempre soltaba la misma perorata—. No es ninguna posesión, somos compañeros de viaje, amigos,

colegas, cómplices…

—Se nos ha escapado hace un rato, a veces lo hace, es un gato celestino… —contó Soraya—. Si os ha elegido es porque tenéis todo el futuro del mundo como pareja.

—¡Lo sabía! —exclamó Leo—. Si es que no hacía más que empujarme hacia ella…

—Fiaros de Blas, que tiene un ojo infalible para las parejas —aconsejó Soraya.

—¿Tú crees? —preguntó Patricia, risueña.

—¡Ya te digo! —resopló Edu dando un manotazo al aire—. Me encontró novia a mí, que era la misión más imposible del mundo…

Capítulo 31

Después del encuentro con Blas y sus amigos, y de irse a tomar el aperitivo con ellos, cada uno se marchó a su casa.

Cuando Patricia llegó a la suya, se encontró con su padre que estaba poniendo la mesa para comer:

—¡Feliz Año, hija! Tu madre ha ido donde tu hermana, está a punto de llegar. ¿Leonardo no viene? —preguntó mientras ponía los cubiertos en la mesa.

—Se ha ido a su casa, su familia regresa mañana a Ámsterdam y tiene que estar con ellos.

—Le di recuerdos para su madre, ¿te ha comentado algo?

—Sí, claro, se acordaba perfectamente de ti —respondió al tiempo que colgaba el abrigo en el perchero.

—Tenemos que organizar algo, los seis, ya para la próxima vez que vengan. Me gusta mucho este Leonardo… —reconoció apuntándola con un tenedor.

Patricia estuvo a punto de responder que a ella también, pero en su lugar dijo:

—Qué bien.

—¿Cuándo te vas a ir a vivir con él? ¿Mañana? —preguntó el Míster, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—No lo he pensado todavía…

—¿Y qué tienes que pensar?

—Es una decisión importante, no es para tomarla así a la ligera. Necesito tiempo.

El Míster sacó las servilletas de un cajón y replicó:

—Yo no necesité más de cinco minutos para saber que quería pasar el resto de la vida con tu madre.

—No todos somos como tú.

—Tú siempre has sabido perfectamente lo que quieres —repuso el Míster,

colocando las servilletas en la mesa.

—¿Ah sí?

—Por supuesto, eres la más parecida a mí. ¿O no te acuerdas la que liaste hasta que llevamos a ver la película de *Anastasia*? ¿Y cuánto tardaste en decidir que querías ser segunda entrenadora?

—Bueno, sí, esto no tiene nada que ver. Y más de dónde vengo, no estoy como para cometer más errores.

—Solo se trata de querer, quien ama nunca se equivoca —le recordó el Míster encogiéndose de hombros.

—Hablas de una forma que pareciera que estuvieras compinchado con Leo…

—No, pero sí estoy pensado que este año podíamos competir en la categoría de la Destroyer con el equipo mixto. Y necesito a Leo, sí o sí.

Patricia le miró alucinada, mientras caía a plomo, en el sofá:

—¡No me lo puedo creer! ¿Me lo estás metiendo por los ojos para asegurarte un fichaje en el equipo?

—Por supuesto, quiero a ese chico en mi equipo, en el de fútbol y sobre todo en el de mi familia. Sí o sí… No sé si me explico…

—Perfectamente —resopló Patricia, agarrando un cojín y enterrando en él la cabeza.

El Míster se marchó a la cocina a por el pan y la jarra de agua y entonces el teléfono móvil de Patricia sonó. Era Alejandra.

—¡Feliz Año, amiga! —canturreó feliz.

—Uf. ¡Feliz Año! —replicó Patricia, apagada.

—¿Por qué bufas? ¿Terminó mal la noche?

—No, fue genial. Pero ahora me has pillado hablando con mi padre que está todo loco, espera que voy a mi cuarto para poder hablar a gusto.

Patricia se encerró en su habitación, se tumbó en la cama y siguió hablando:

—¿Todo loco por qué? —preguntó Alejandra.

—Se ha obsesionado con Leo, quiere que compitamos como equipo mixto y agárrate bien: ¡dice que lo quiere también en la familia!

—Qué maravilla que tengas la bendición de tu padre para liarte con él. ¿Qué problema tienes con eso?

—No es normal. Esto os pongáis como os pongáis, no es nada normal. Y encima me pregunta que si me voy a vivir con él mañana, que él no necesitó más que cinco minutos para saber que quería compartir con mi madre el resto de su vida.

—Tiene razón, de hecho te llamo también para preguntarte si estás interesada en alquilar el piso de Ernesto.

—¿Y él adónde se va?

—¡A mi casa, con Chas y conmigo! Se ha bajado un momento a comprar algo de comer al Rodilla y he aprovechado para contarte. ¡Jo qué noche! Me llevó a la segunda planta y debajo de un póster del gol de Iniesta me confesó que llevaba toda la vida enamorado de mí. Y no te lo pierdas, me contó también que como me pone lo complicado, se inventó que tú le gustabas.

—¿Para hacerse el difícil?

—Sí, tía, sí. Y no se metió a atracador de bancos, con la cosa de que me gustan los malotes, de milagro. El caso es que para que no le quedara ninguna duda de que era correspondido le di un beso que, no es porque se lo diera yo pero es que, fue como para colgarme cincuenta medallas olímpicas, todas de oro, por supuesto. Él me lo devolvió igual, de morirse ahí mismo, yo le pregunté que cómo podíamos haber sido tan idiotas y él me contestó que lo importante era recuperar el tiempo perdido. Y ahí fue cuando yo dije ¿sí? Pues vamos *pallaaaaaaaá*… Y nos vinimos para su casa… Y ojo que el último tramo se lo hizo conmigo a cuestas, como un campeón, porque las sandalias me estaban matando. Pero con todo, a pesar de llegar el hombre reventado porque yo peso lo mío, fue desanudarme el lazo del cuello y desatarse la tormenta de pasión. Es que fue igual a como yo lo había soñado. ¡Y qué mambo tuvimos, nena! Una cosa que ni se puede contar… Pero imagina que te dé el viento con amor en todas las direcciones, sin parar, pico y pala, una vez y otra vez y otra vez... ¡Y a lo grande! ¡Éxtasis puro y duro! Placer condensado en lata, desbordando por

todos los poros de mi piel. Oy, si es que solo de recordarlo se me estremecen hasta los pendientes de perlas falsas. ¡Más que hacer el amor, lo inventamos otra vez! ¡Qué delirio! Ya me puedo morir a gusto, porque después de esto te aseguro que no hay más. Es que no puede haberlo…

—¡Madre mía! Por algo dicen que lo bueno se hace esperar.

—Sí, pero yo no espero ni un segundo más. Ya no estoy para perder el tiempo, así que me lo llevo para casa ya mismo que tenemos que vivir esto mientras el cuerpo nos aguante. Y como te decía, si te interesa su piso, tuyo es… Que sepas que tienes esa opción, aunque vamos tonta serías si pudiendo estar con Leo, te quedaras con el piso de Ernesto: pero decidas lo que decidas, lo respeto.

—Sí, bueno, ya me has llamado tonta, pero me respetas.

—Con toda mi alma. Y tú sabes que siempre te digo lo que pienso. Carlos Munster nunca me cayó bien, pero por amor a ti me lo comía con patatas. Sin embargo, Leo es tan rico que me lo comería hasta si te odiara.

—¿Sabes que hace un rato nos hemos encontrado con un gato celestino?

—Jojojojojojojo. Déjame que adivine, ¿Leo, en su desesperación, ha entrenado a un gato para que saque una pancarta que ponga: *Es este tu hombre, no lo pienses más*?

—Escucha que no es broma. Esto es completamente en serio. Estábamos sentados en un banco del parque, un poco separados, porque él había sacado el tema de "vente a vivir a mi casa" y yo estaba tensa, y de repente ha aparecido el gato, se ha subido al banco y se ha puesto a empujar a Leo para que se pegara a mí.

—Muy bien hecho. A mí no me extraña para nada, porque estas criaturas son sabias. Fíjate mi Chas que se percató antes que yo que de que Ernesto estaba pillado por mí.

—Es verdad. Pero lo de este gato que no nos conocía de nada, era raro. Yo pensaba que quería comida, pero no. Leo hizo la prueba de apartarse a propósito y Blas, porque el gato se llama Blas, volvió a empujarle para que estuviéramos juntos. Luego aparecieron los dueños, bueno, los colegas, porque a Edu no le

gusta que le digan dueño, y nos contaron que es un gato casamentero, que todo empezó una Navidad en que decidió escaparse de casa para que nunca más estuviera solo y le encontró una novia, que es Soraya, la chica con la que estaba en el parque. Y mira tú por dónde, no se equivocó con la elección, porque nos han asegurado que son muy felices.

—Patri, pues ya no sé qué necesitas más, tienes la bendición de tu padre, la del gato Blas, la mía: ¡Tú misma!

Capítulo 32

Llegó el día de Reyes y Patricia seguía igual, se había visto con Leo un par de veces, pero no habían vuelto a tocar el tema de la mudanza.

Él había dejado la puerta abierta para lo que quisiera y ya poco más podía hacer, hasta que finalmente se decidiera.

Lo que no sabía era que apenas quedaba nada para que lo hiciera, porque el día de Reyes, después de entregar los regalos a sus sobrinos, Paula le preguntó a su tía:

—¿Los Reyes no han traído nada de tu parte para Leo?

—Sí, lo tengo en mi cuarto.

Patricia le había comprado la última de Gru, unas botas de fútbol y un jersey gordo para cuando fuera a la sierra.

—¿Y qué es?

—Son tres paquetes…

—¿Puedo verlos? —preguntó la niña que llevaba la falda de tul rosa que los Reyes le habían traído de parte de Patricia.

—Si quieres…

Patricia acompañó a su sobrina a su habitación, donde la niña se puso a palpar los paquetes y luego los puso bajo la bombilla para ver algo más a través del papel:

—Esto es una peli… ¡Es Gru! ¡Mira, aquí se puede ver la carita de un minion! Toma, sujeta… Ahora, pásame la caja… *Mmmm*… Esto es algo de Nike. ¿Ves el símbolo? Y pásame lo otro… Es blandito como un jersey y la etiqueta es de… ¡H&M!

—Vaya ojo que tienes…

—Sí, ¿te cuento un secreto? —Patricia asintió—: Los Reyes este año se adelantaron como quince días, encontré los regalos en el armario de papá, lo

primero que vi fue la Play Station 4, no me hizo falta ni ponerlo bajo la bombilla —susurró muerta de risa.

—Menudo trasto estás tú hecho…

—¿Crees que a Leo le van a gustar tus regalos?

—Supongo que sí…

—¿Lo supones o has leído su carta?

—Su carta no la he leído, pero…

—¿Tú crees que se ha pedido un jersey de lana picadora?

—Es una lana muy suave, no pica para nada. Lo sé porque lo pedí así y los Reyes siempre me hacen caso.

—¿Y a él le hacen caso? ¿Tú crees que esos son sus deseos, aparte de que se acaben el hambre, las guerras, la contaminación, las enfermedades y el paro?

Patricia miró a su sobrina y pensó que no, pero de repente le sobrevino una certeza absoluta: todavía estaba a tiempo de enmendarlo.

Sin pensárselo ni un segundo más, cogió la maleta que tenía encima del armario, la puso sobre la cama, la abrió y le pidió a Paula:

—¡Ayúdame a hacer la maleta!

—¿Adónde te vas?

—Me parece que Leo ha puesto después de lo de las guerras y tal que yo me vaya a vivir con él.

—Eso me cuadra más, y tiene toda la pinta de que le va a gustar más que el jersey —aseguró Paula con una sonrisa enorme.

—¿Tú crees?

—¡Y tanto! Tú eres muy divertida… Yo siempre estoy loca por estar contigo y a él seguro que también le pasa lo mismo, le va a hacer mucha ilusión verte aparecer. ¡Se va a poner cantidad de contento! Ya lo verás… —A Patricia se le cayeron dos lágrimas de emoción, que se apartó rápido con los dedos—. ¿Ahora por qué lloras? ¿Te da nervios?

—Estoy bien… No es nada…

Paula abrió el bolsito fucsia que llevaba colgado en bandolera, lo abrió y sacó

el bote de las pastillas de la suerte:

—Toma, te doy una, porque más no vas a necesitar. ¡Si lo tienes chupado! Leo te quiere.

—Y yo, a él —replicó Patricia, cogiendo la pastilla y metiéndosela en la boca.

—Jolines, pues díselo y ya está. ¡Es superfácil!

Patricia confió en su sobrina, hizo a toda velocidad la maleta con su ayuda, le pidió que le deseara suerte, aunque según ella no la necesitara, y se despidió de todos:

—Que no se te olvide preguntarle a Leonardo con qué número quiere jugar, que el lunes voy a encargar las camisetas —le pidió el Míster, tras darle dos besos en la puerta.

—Descuida, Míster…

—Y tú, no olvides mi consejo, plastifícasela… —comentó Ángela, muerta de risa.

Luego cuando estaba a punto de entrar en el ascensor, Paula la abrazó, abrió el bolsito otra vez y le susurró mientras le daba otra pastilla:

—Esta ya sí que es la última que te doy que la semana que viene empieza el colegio y al paso que voy me voy a quedar sin suerte para mí.

—Gracias, Paula. Te prometo que es la última…

Paula le metió a su tía la pastilla en la boca, cerró la puerta del ascensor y se despidió de ella diciéndole adiós con la mano.

Ya en la calle, con la maleta a rastras, paró el primer taxi que pasó y al poco, porque se le hizo cortísimo el trayecto, apareció en el portal de Leo con el corazón a mil y una ansiedad tremenda.

Después, llamó al timbre y Leo abrió al verla por el videoportero, pero sin percatarse de que iba con la maleta:

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¡Sube, por favor!

Patricia entró en el portal, llamó al ascensor, y mientras ascendía comprobó que, a pesar de que se moría de los nervios, le brillaban los ojos como nunca.

Y sonrió…

Luego al llegar a la última planta, Leo fue el que abrió la puerta y al verla con la misma maleta con la que le había visto alejarse en Atocha, creyó que solo podía ser un sueño.

—¿Tu maleta es de verdad?

—Y las que me quedan por traer…

Leo la miró con los ojos llenos de lágrimas, la agarró por la cintura y la estrechó contra él para besarla como no lo había hecho nunca.

—¡Felices Reyes! —susurró Patricia sin dejar lo de besarlo y después añadió —: ¡Te quiero!

—¿Qué? —inquirió Leo, pues no sabía si había escuchado bien.

—Que te quiero… —respondió Patricia, porque lo sentía y porque su sobrina tenía razón: decirlo era mucho más fácil de lo que pensaba.

—¿De verdad? —replicó negando con la cabeza—. No creo que haya sido tan bueno como para merecer semejante regalo, pero prometo esforzarme para merecerlo.

—Con que sigas siendo tú, me basta.

Leo volvió a besarla y le aseguró, tras coger la maleta y entrar en casa:

—Va a salir todo bien, de verdad, no tengas vértigo. Además, te recuerdo que nos hemos conocido en un tren que iba a más de 300 km/h y la velocidad nos ha dado mucha suerte.

—Y te recuerdo que llevo tatuada una alcachofa en el brazo —comentó Patricia, risueña.

Leo cerró la puerta, dejó la maleta en el suelo, se subió la manga del jersey y, mostrándole la cara interior de su brazo, le dijo:

—Y yo…

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Patricia, mirando alucinada el tatuaje—. ¿Cómo has sido capaz?

—Lo necesitaba, ahora somos el Equipo Alcachofa. ¿Qué te parece?

—Un horror, pero supongo que le acabaré cogiendo cariño con el tiempo.

Leo muerto de risa, se bajó la manga del jersey, cogió la maleta otra vez y le

preguntó a Patricia:

—¿Y dónde dejo la maleta?

Patricia sonrió y, con la maravillosa sensación de que por fin estaba en casa, respondió:

—¿Dónde va a ser? En tu habitación que es la que tiene mejores vistas.

—Buena elección, vamos para allá que te tengo que enseñar algo.

Patricia siguió a Leo hasta el dormitorio, donde abrió uno de los dos armarios empotrados que tenía, el más grande además, y ella se quedó boquiabierta:

—Lo has vaciado para mí… —musitó.

Leo asintió con la cabeza y, solo pudo decir, feliz:

—Llénalo todo, los armarios, mi casa, mi vida… Todo…

EPÍLOGO

Al día siguiente, Leo le confesó al Míster que solo podía jugar con un número: el 21, el día que conoció a Patricia.

Esa misma primavera, Patricia conoció los jardines de Keukenhof y disfrutó del mejor picnic de su vida.

Por supuesto, no hizo caso a su hermana y en diez años llenó el monovolumen de niños.

Además, alcanzó con éxito la dirección del Departamento de Recursos Humanos de la multinacional en la que continua trabajando, en tanto que Leo, está a punto de colocar una constelación de nanosatélites en Marte.

Paula, gracias a las pastillas de la suerte, no solo logró la remontada sino que diez años después se sacó la Selectividad con una nota de 9.4.

Alejandra y Ernesto continúan con el mambo, la salsa y lo que se tercie…

El equipo de fútbol mixto del Míster comenzó a competir y diez años después, todavía logran victorias épicas como aquella en la primera Navidad en la que llegó el medio holandés con buenas piernas.

La abuela de Leo sigue haciendo bolas de nieve, pero la que continúa ocupando un lugar preferencial en la estantería del salón de Patricia y su nieto, es aquella en la que dibujó un corazón.

El corazón de Leo que Patricia decidió cuidar para siempre…

Y él el de ella, que por algo llegó a su vida para poner una estrella y darle por fin la vuelta a todo.